Una novela muy bestia y políticamente incorrecta

MERCEDES DE MIGUEL

LAS HORMIGAS NUNCA DUERMEN

Diario de un justiciero poliédrico



Las hormigas nunca duermen

(Diario de un justiciero poliédrico)

MERCEDES DE MIGUEL

Título: Las hormigas nunca duermen (Diario de un justiciero poliédrico)

Edición publicada en febrero de 2024

Diseño de cubierta: Alexia Jorques
Maquetación: Alexia Jorques

Una novela muy bestia y políticamente incorrecta

MERCEDES DE MIGUEL

LAS HORMIGAS NUNCA DUERMEN

Diario de un justiciero poliédrico

PRÓLOGO

«Mi madre era hormiga; mi padre, cucaracha».

Con esta contundente aseveración, nuestro protagonista comienza a narrarnos la historia de una vida llena de retos y decisiones pintorescas que le hacen llegar, de forma casual, a ser pieza indispensable para restablecer el equilibrio internacional.

¿Podrían los servicios secretos españoles, en connivencia con los países aliados, detener el inicio de la tercera guerra mundial?

¿Son los sátrapas dictadores, como nos venden en los medios?

En esta, su décimo tercera novela, Mercedes de Miguel, con pluma afilada, nos lleva en clave de humor a contemplar una visión distinta y, por qué no decirlo, muy bestia, de aquellos que dominan el mundo, a través de los ojos de su protagonista, testigo de cómo las cucarachas abusan de las hormigas.

«Las hormigas nunca duermen» es una sátira que, de forma magistral, nos muestra el lado más humano y bufo de Vladimir Vladimirovich, un auténtico hijo de la gran putina.

Escrita en primera persona, de la mano de su narrador convertido en justiciero, ofrece la visión de un dictador que, lejos de parecerlo, nos muestra de manera mordaz al hombre; torpe, incluso.

Una auténtica parodia de cómo se mueven las cloacas del espionaje y contraespionaje desde un punto de vista chusco. Donde lo que parece, es, y lo que no, también.

Mercedes de Miguel consigue recrearse en una novela atrevida. Sin duda, sumirá al lector en una atmósfera llena de situaciones chistosas, con un humor muy serio que le hará plantearse, de manera dramática, en manos de quién estamos y le permitirá reflexionar en profundidad sobre cómo sería el mundo si, en lugar de cucarachas, gobernaran las hormigas.

Angel Gutierrez

I



UNO ES UNO
Y SUS CIRCUNSTANCIAS

Cuando me encuentro una cucaracha, la aplasto sin piedad. Me parecen seres repugnantes. No digamos ya las que vuelan. Como el pisotón no sea certero, se quedan un rato aletargadas, disimulando, y al menor descuido, algo en su genética las hace reponerse y salir pitando para ocultarse en cualquier sitio. Generalmente, ese sitio suele ser el más molesto que puedas imaginar. En alguna ocasión se me han colado en un zapato. La sensación de deslizar el pie hasta el fondo y pisar algo que suena como un crujido me resulta insoportable, hasta el punto de que tiro los calcetines a la basura. Nunca más quiero utilizarlos. Admiro su instinto de supervivencia, pero no puedo mostrar la menor empatía hacia ellas. Es como si les fuera dada por naturaleza, no por vocación. Tal vez sea por eso por lo que las aborrezco.

En cambio, adoro las hormigas. Son discretas, laboriosas e inteligentes a la hora de resolver problemas complejos. He pasado mucho tiempo observándolas y haciendo experimentos con ellas. Por ejemplo, si les impido el paso a su hormiguero, compruebo poco después que buscan una alternativa. Nunca descansan, y eso es algo que me fascina. También he visto que se saludan, siquiera brevemente. Tú ves una procesión en un sentido, y otra en el contrario, y algunas (no todas), se detienen un instante con la que tienen enfrente para intercambiar información antes de proseguir su camino.

Así que, para mí, las personas se dividen entre hormigas y cucarachas. A las primeras las respeto y venero; con las otras no tengo compasión.

Mi madre era hormiga; mi padre, cucaracha. Por eso lo aniquilé. Bueno, realmente pareció un accidente. Nada extraño dados sus antecedentes. El perito del seguro hizo muchas preguntas, claro está, lo normal en estos casos para ver si se podían ir de rositas. Pero todo estaba bien calculado. Al milímetro. ¿Quién podría desconfiar de un niño de nueve años, aunque fuese el único presente en la escena del crimen? La cucaracha se bebió un buen trago de gasolina mientras trasteaba en el garaje. Tras semanas de investigación, se dio carpetazo al asunto. Borracho como estaba después de ventilarse una botella entera de bourbon, buscó algo más que llevarse al gaznate y lo

confundió con whisky de Kentucky, resolviendo que, en sus condiciones físicas y mentales, se debió a un desgraciado error. Porque mi madre se encontraba trabajando en aquel momento en la fábrica de conservas y, por lo tanto, quedaba descartada. Impensable sospechar de mí, que hacía mis deberes en el piso de arriba y que, alarmado por lo que tardaba en subir, bajé a buscarle para comprobar que yacía en el suelo entre estertores. Por supuesto, tardé bastante en llamar a urgencias con voz trémula para informar de que mi padre sufría convulsiones y parecía encontrarse realmente mal. Lo cierto es que, hasta que no me aseguré de que dejaba de moverse, no realicé esa llamada. Yo había rellenado días antes con gasolina una de las innumerables botellas vacías de whisky que el innombrable ni siquiera se molestaba en llevar al contenedor porque para eso estaba la hormiga: para limpiar toda la mierda que dejaba por la casa.

Mi madre se llevó las manos a la cabeza cuando llegó y vio que dos policías me custodiaban y luego querían hacerle a ella unas preguntas. A mí me mandaron a mi habitación, pero yo escuché la conversación desde detrás de la puerta entornada. Ella sollozaba todo el tiempo. No sabía qué habría podido ocurrir. Su marido bebía un poco, sí, pero tampoco de forma excesiva. Sí, le gustaba meterse en el garaje a reparar un coche que había comprado hacía tiempo y con el que decía que iba a competir en un rally cuando lo preparase bien. Que, cuando hacía eso, se tomaba alguna cerveza que otra. Sí, puede que también algún whisky. Que le gustaba poner música a todo volumen mientras tanto. ¿Cuál? Pues no sabría decir exactamente, pero sí que era rock duro. Ella no entendía de eso porque era más bien de boleros y canción melódica y esas cosas. Que al niño lo cuidaba él cuando ella estaba trabajando. Que él llevaba en el paro unos años. Que nunca habían tenido broncas fuertes, más allá de alguna discusión por tonterías domésticas. Que no era mala persona.

En ese momento, tuve que convencerme a mí mismo de que no sería buena idea intervenir en la conversación para contarles que sí lo era. Que en alguna ocasión había presenciado como la cucaracha le ponía las manos encima y la agarraba del pelo, arrastrándola por el suelo simplemente porque le había puesto sobre la mesa un plato de comida que no le gustaba. Y eso que la hormiga venía de trabajar y él se había estado rascando la barriga todo el día. Que a mí me daba palizas cuando le venía en gana y sin motivo, eso sí, nunca en presencia de la hormiga, que habría intervenido en mi favor, y él lo sabía. Yo siempre decía que me había peleado en el colegio para evitarle problemas a ella.

Tendría que haber intervenido, pero no lo hice. La habría perjudicado con mi testimonio. Mucho mejor mantenerme al margen para dar pábulo a lo del accidente.

El caso es que, cuando contaba lo de las peleas con los compañeros de clase, mi madre invariablemente me miraba con el entrecejo fruncido, desconfiando. Estaba convencida de que yo no era pendenciero por naturaleza, y que si volvía a casa molido a golpes sería porque me acosaban. Más de una vez me dijo que iría a hablar con el director para que expulsase a los culpables. Porque yo era un niño tranquilo, nada beligerante, siempre estudioso y obediente. Y que el hecho de presentar una brecha en la frente solo podría deberse a la chulería de algunos. Otras tantas tuve que hacerla desistir de sus intenciones bajo el pretexto de que eso solo lo habría empeorado todo: me tomarían por un chivato y la emprenderían conmigo de forma mucho más agresiva. No se mostraba muy convencida. Quería hacerlo. Y yo le soltaba el órdago a la grande: «Está bien. Si lo haces, que sepas que igual un día no vuelvo porque pueden matarme y dejarme tirado en cualquier cuneta». Solo entonces reculaba y se lo pensaba mejor. Y no iba. Y menos mal, porque entonces todo habría quedado en una investigación absurda que no conduciría a ningún sitio, y yo, en cambio, que nunca había tenido problemas en el colegio, empezaría a tenerlos.

Lo fácil habría sido confesarle que los labios partidos, la ceja rota, el pantalón nuevo destrozado, eran obra de su marido, mi padre. Habría sido lo más fácil, pero para mí lo más difícil porque ya desde muy pequeño me di cuenta de que eso no habría sino agravado las cosas para ella. La cucaracha pensaría que estábamos conchabados los dos contra él, y los golpes se duplicarían en ambas direcciones.

Hoy lo recuerdo y me felicito. Si no hubiera abortado mi impulso, las cosas serían distintas, y mi madre no habría podido rehacer su vida sin ese tábano clavado en sus costillas.

La cosa es que el fallo multiorgánico provocado por la ingesta de gasolina no le permitió ni siquiera llegar al hospital para un lavado de estómago. Lo tenía ya tan delicado a causa de sus muchos vicios, que el tiempo jugó en su contra y a nuestro favor.

DEP en el puto infierno.

II



EL SENTIDO
DE LA JUSTICIA

A los doce años tuve que pisar otra cucaracha. Era un abusón que en el colegio se metía sin descanso con una niña tímida del curso inferior que no se atrevía a plantarle cara. No recuerdo su nombre, solo que era extremadamente introvertida y acomplejada a causa de un sinfín de circunstancias. Sus padres fallecieron en un incendio y la habían acogido sus tíos, por lo que se incorporó a medio curso. No era especialmente agraciada, aunque tampoco fea. Un poco larguirucha y desgarbada, eso sí. Saberse la más alta de la clase, con diferencia, le hacía caminar con los hombros encorvados para disimular su altura. Sus ojos, grandes y de mirada melancólica, eran de un azul intenso. Si alguna vez sonreía, cosa que ocurría en contadísimas ocasiones, se apreciaba un ligero diastema en sus paletas, que a mi modo de ver le confería un aspecto interesante. Sus compañeros de clase no hacían mucho por acercarse a ella, por lo que en los recreos buscaba el lugar más alejado para leer, tratando de pasar desapercibida.

Pero la cucaracha la asediaba constantemente para humillarla.

—Eh, *Bugs Bunny,* ¿te gustan las zanahorias? Pues cómete esta.

Dicho esto, la cucaracha meó delante de ella contra un abeto. Acto seguido, se subió la bragueta con chulería y la miró con desprecio. La chica no desviaba la vista del libro, demostrando con ello ser mucho más inteligente que él. Pero yo, que lo estaba viendo todo, tenía que hacer justicia. Cuando se hubo alejado lo suficiente como para que ella no se percatase, lo llamé, siseando desde detrás del árbol. *«Quién coño…?»*, le escuché murmurar, irritado, avanzando en busca del sonido, cada vez más cercano. Cuando lo tuve a un metro, de espaldas a mí, le hice la zancadilla, con tan mala fortuna que, al caer, su cabeza fue a dar de plano contra una piedra. Poco después, comenzó a manar un reguero de sangre formando un pequeño charco a su alrededor. Todavía fascinado por lo que acababa de ocurrir, y cuyas consecuencias no había previsto, comprobé que su corazón no latía y regresé por el lado contrario con la pelota de fútbol que deliberadamente momentos antes había lanzado fuera de los límites del patio. Apenas habían transcurrido tres minutos y nada podría relacionarme con el desgraciado accidente. Dio un traspiés, se golpeó contra una piedra y se acabó la historia. A saber lo que estaría haciendo solo, en ese rincón apartado. Seguro que liarse un canuto.

Eso pensarían todos. Y, de hecho, eso fue lo que pensaron. No hubo investigación alguna.

III

QUID PRO QUO

No es que fuera un estudiante brillante, de esos de matrícula y demás, pero lo llevaba bien y nunca había suspendido. Por eso, cuando el profesor de Historia cantó las notas de viva voz en clase a los dos días del examen y mi nombre no estaba entre los aprobados, mis dientes chirriaron de rabia. Esa calificación desbarataría mi media y me impediría acceder a la carrera elegida tras la prueba preuniversitaria. Descarté de entrada pedir una revisión porque sabía que no serviría de nada. Ese hombre había dado sobradas muestras de soberbia en clase cuando alguna vez me había permitido rebatirle. Seguro que me tenía inquina desde entonces. Ahora bien, nunca podría ir contra sus propios actos, precisamente por culpa de su amor propio, así que le daría toda clase de facilidades para que lo reconsiderase. Al fin y al cabo, un error lo comete cualquiera.

Las dos putas que contraté para magrearse en la parte posterior del instituto consiguieron atraer la atención del vigilante aquella madrugada, que salió hecho un basilisco tan pronto como se apercibió, dejando abierta la puerta por la que me colé yo entretanto. La consigna que les di la cumplieron con creces. Primero se hicieron las sorprendidas, después le provocaron prometiéndole el paraíso gratis, si no se iba de la lengua y no llamaba a la policía. El tipo no se hizo de rogar. Ni en sueños habría imaginado una situación así, tan al alcance de su mano. Cuando se lo contase a sus colegas, no le creerían.

Aproveché la confusión para buscar el despacho del profesor, que, por supuesto, estaba cerrado, si bien de forma casi infantil. Una simple horquilla de pelo bastó para abrir la cerradura sin forzarla. Por el contrario, el cajón de la mesa donde guardaba los exámenes no presentaba obstáculo alguno. Busqué mi hoja, y el mismo rotulador de color rojo que había utilizado él para hacer anotaciones en los márgenes de las respuestas fue el que me sirvió a mí para hacer algunos cambios en ella y en el listado de calificaciones. Rectificarla fue coser y cantar.

Cumplida la misión, salí sin el menor disimulo. El vigilante estaba demasiado distraído en aquel *menage a trois* como para prestarme atención.

En los días que transcurrieron después, contuve el aliento por si se hubiera descubierto el pastel, pero nada ocurrió. Aprobé el examen y

esa cucaracha tuvo suerte de no haber sido aniquilada. Sopesé preguntarle más adelante si tomaba sustancias estupefacientes cuando corregía exámenes. Lo descarté. Las cosas, cuando han salido bien, es mejor dejarlas estar.

IV

DETERMINACIÓN

Mi madre falleció de un infarto fulminante nueve años después que mi padre, sin haber disfrutado de su libertad e independencia. En ese dilatado lapso de tiempo, y pese a que la indemnización del seguro nos dejó en una situación holgada, ella continuó trabajando en la conservera, ahorrando para mi futuro. Nunca me faltó de nada. Disfrutaba dándome dinero para que me comprase ropa o saliera con los amigos, cocinaba para mí con tanta maña como siempre, pues, además de buena persona, su satisfacción consistía en verme crecer y convertirme en un hombre de provecho, como gustaba de decir. Por el contrario, ella no buscaba la diversión fuera de casa, su único objetivo era atender mis necesidades. Era cariñosa, su voz nunca me reprendió, aplaudía mis progresos estudiantiles, pero jamás la vi sonreír, vivía de forma maquinal. De pensar en rehacer su futuro no quería ni oír hablar, pese a que le decía que debería echarse un novio que la quisiera como se merecía. Aunque me cueste reconocerlo, creo que la muerte de la cucaracha, lejos de liberarla, la volvió más introvertida. La fotografía de su boda que presidía la vitrina del comedor nunca quiso quitarla. En ella salía, joven y guapa, con una media sonrisa. Puede que esa sonrisa no tan radiante como debería lucir ese día ocultase la sospecha prematura de la mala vida que iba a tener después. Pero también puede que la hormiga, pese a todo, nunca hubiera dejado de querer a la cucaracha, pensando, tal vez, que algún día podría cambiar. Yo se lo arrebaté, y no me arrepiento de ello. De lo que sí me arrepiento es de no haberle insistido en que viviese un poco, de haberle abierto los ojos para que dejase de guardarle la ausencia y de reprocharse que fue culpa suya. Ay, madre, qué equivocada estabas. Si yo te hubiera contado lo que me hacía a mí también, no habrías pasado los últimos años reconcomida. Ojalá lo hubiera hecho. Mi silencio ahora me conturba. ¿Cómo volver atrás? Imposible. Nunca hay vuelta atrás, ni para lo bueno ni para lo malo.

Intenté no defraudarla. Terminado el bachillerato con buenas calificaciones, inicié el grado de Derecho. Vivió lo suficiente como para saber que terminé el primer curso. Me había matriculado ya en el segundo cuando murió de forma sorpresiva. Al regresar de clase a mediodía, el silencio me resultó opresivo al entrar en casa e intuí que algo pasaba porque la cocina estaba como cuando me había marchado a la facultad, sin signos visibles de que hubiera estado cocinando

momentos antes. Esa semana tenía turno de tarde, y lo habitual era que, al llegar, el aroma de sus guisos me llegase desde la puerta. Mi madre estaba tumbada en el cuarto de baño en una postura anómala, como si fuera un muñeco de trapo. Aborté el grito que subía a mi garganta e hice acopio de todos mis arrestos para tomarle el pulso, que no latía. Su cuerpo estaba frío. Puede que llevase muerta varias horas, tantas como yo me había ausentado. Quise darme de cabezazos contra la pared por no haber estado allí. Llamé a emergencias para que utilizasen un desfibrilador, pero, aún antes de intentarlo, los sanitarios me dijeron que sería inútil porque mi madre ya había dejado este mundo y sería inútil.

No asistí a la facultad en una semana. Lloré hasta que se me agotaron las lágrimas. Una vez repuesto de la tremenda tragedia que significaba para mí haber perdido a la única persona a la que había querido de verdad en mis dieciocho años de vida, supe que debería renacer de mis cenizas y hacer que se sintiera orgullosa de mí desde donde quiera que estuviese.

Lo cierto es que las circunstancias me dejaron en una posición económica desahogada que pensaba aprovechar. El seguro de vida de mi padre tuvo que abonar una considerable cantidad al descartar el suicidio o el asesinato, dinero que mi madre nunca quiso tocar. Y la prematura muerte de mi madre, que también había contratado otro, sumó más dividendos a mi cuenta corriente.

Cogí la foto de boda y rasgué la mitad con rabia. Aquella donde aparecía mi padre, la rompí en mil añicos que tiré a la basura. Tendría que haberlo hecho mucho antes. No sé por qué la conservé tanto tiempo. Tal vez por respeto hacia ella, que quería tenerla. Los recuerdos, a menudo, distorsionan la realidad y la suavizan. Lo cierto es que, cada vez que la veía, me revolvía las tripas. Al final hice justicia: en esa foto ya solo queda la única persona que merece ser recordada.

V



CUANDO TODO PUEDE SALIR MAL…

Me concentré en finalizar el grado de Derecho, sin atender invitaciones de compañeros a fiestas ni consentir que nada desviase mi atención. Es evidente suponer que me consideraban un tío raro. Me daba completamente igual lo que pensaran. Lo cierto es que mi objetivo no era otro que terminar los estudios sin que mi impulsividad innata, tan proclive a resolver causas perdidas, me distrajera. En el supuesto de que, pese a mi actitud pasiva, presenciase alguna situación que requiriese mi intervención, debería considerar si realmente valía la pena. Porque no bastaba un mal gesto o una tontería: eso se podría solventar con una hostia bien dada. Si alguna vez volvía a intervenir, sería porque no quedaba otro remedio.

A pesar de mis propias prevenciones, estuve a punto de cagarla en mi primer trabajo, recién graduado. Mi jefe era un completo idiota. Supongo que todos los que trabajábamos con él lo sabíamos. Él era el único ignorante al respecto. Cuando terminé Derecho, busqué trabajo en bufetes, ya que no me planteé en ningún momento establecerme por mi cuenta, pese a que podría habérmelo permitido. Algo del espíritu ahorrador de mi madre me había contagiado, y por eso prefería trabajar como asalariado a hacer un desembolso para iniciar un negocio que podría no salir bien. Me costó cinco meses y un día que me admitieran en este. El insufrible jefe solo venía un día a la semana (generalmente, los viernes), para que le contásemos los pleitos que habían entrado. Las reuniones las hacíamos en una sala acristalada que tenía una mesa en el centro, alrededor de la cual nos sentábamos. Él adoptaba una actitud como de estar de vuelta de todo, y las respuestas que le dábamos le resbalaban. Aseguraría que ni conocía los asuntos ni le importaban lo más mínimo, porque lo más probable era que tuviese otros negocios y este fuera una mera tapadera.

El momento en el que pude montarla bien gorda fue de lo más inocente. Yo hablaba con una de las secretarias en tono festivo y él nos sorprendió. Su gesto denotaba un cabreo supino, aunque no hacíamos nada que pudiera considerarse anormal. Inmediatamente la llamó a su despacho con gesto desabrido, como llamándola al orden, y del que tardó en salir más de media hora. Al cruzarse conmigo, y yo preguntarle qué había pasado, ya que venía cabizbaja, ni siquiera me

contestó. Cogió su abrigo del perchero y se largó. Salí tras ella, pero no la abordé. Me limité a seguirla hasta el parking donde tenía estacionado su coche. Paré un taxi a la salida y le pedí al conductor que no perdiera de vista el vehículo. El trayecto fue de unos veinte minutos, durante los cuales me pregunté varias veces por qué cojones estaba siguiéndola.

El coche se detuvo ante una casa de las afueras. Le pedí al taxista que aguardase lo que fuera preciso, que le pagaría bien.

Nada más bajarse, abrió con su propia llave y se introdujo en el interior. Yo seguía dentro del taxi. Ni el conductor ni yo intercambiamos palabra alguna entre tanto. Por el retrovisor le vi escrutándome con gesto desconfiado: puede que sospechase que yo era un delincuente o un acosador, o incluso un agente de la secreta, aunque estoy por asegurar que esta última hipótesis le parecía la menos plausible. Crucé los dedos para que no se le ocurriese contactar con su base o con el 112, pero no hizo nada de eso. Tal vez la mirada que yo le devolvía a través del espejo le hiciera no desear cabrearme, en el supuesto de que efectivamente fuera un tipo indeseable que podría estar apuntándole con un revólver desde el asiento trasero.

La espera se hacía larga y tediosa. Una hora después, estacionó otro coche, del que vi salir al odioso jefe. Lo conducía él mismo. Abrió la puerta con parsimonia, se atusó el flequillo y penetró en el interior. Los siguientes minutos se me hicieron eternos. Me planteé qué demonios hacía allí, por una cuestión que ni me iba ni me venía. Estaba a punto de largarme cuando escuché un grito, juraría que femenino. Y, a menos que hubiera otras mujeres en la casa, solo podría proceder de mi compañera. Ese malnacido con probabilidad la estaría maltratando, simplemente porque tuvo la desfachatez de hablar con alguien que no fuera él. Sentí un hervor en mi sangre similar a cuando la cucaracha pegaba a la hormiga. Salí del taxi y di una patada a la puerta. Naturalmente no se abrió porque era blindada y solo consiguió que me retorciera de dolor. Recorrí todo el perímetro de la casa, esperando encontrar una ventana abierta o medio cerrada. Estadísticamente, siempre hay alguna que se ajuste a esas características. La que me permitió acceder al interior era muy pequeña y apenas cupe por el hueco. En ese momento no me permití pensar que el taxista pudiera recabar el auxilio de los agentes del orden o, cuando menos, comunicárselo a la base, ante lo anómalo de mi comportamiento. Supuse que no se atrevería, si estimaba en algo su vida. Hay personas que, ni a gritos, consiguen hacerse respetar. Y luego están los que, como yo, infunden respeto con su sola presencia. Es algo parecido al concepto de *autoritas*.

Los gritos seguían sucediéndose, aunque los de ella cada vez eran más débiles. Gracias a ellos pude orientarme hasta tener una amplia

panorámica. Mi chica (no mi chica, sino la chica del jefe), que teóricamente pedía auxilio, estaba disfrutando lo indecible con la puesta en escena de su amante. Reculé en silencio y me largué por la puerta. No tenía mucho sentido volver a trepar por la ventana, ya que estaba dentro. Le di al taxista una dirección cualquiera para que no me tuviera localizado y guardé silencio hasta que me dejó allí.

Me dije que, a partir de aquel momento, solo rescataría a personas que estuvieran en riesgo real. Porque no todo lo aparente era real.

Esa noche me dieron ganas de darme de hostias contra la pared, por imbécil.

VI

A VECES SALE BIEN

El jefe parecía mirarme mejor desde entonces. Puede que la escenita de hablar con su chica le pusiera tan cachondo que me agradeciera la oportunidad de demostrarle a ella lo macho que era. Yo intenté ignorarle todo lo que pude y cumplir con mi trabajo de la mejor manera posible, aunque era inevitable sentir una pulsión homicida cuando lo tenía delante. Por lo demás, en el engranaje del bufete era el nuevo y se me asignaban asuntos de poca monta. Mi frustración fue en aumento cuando comprobé que, transcurrido un tiempo prudencial en el que el idiota tendría que haberse percatado ya de mi dedicación y valía, no ocurría nada. Ni palmaditas en la espalda, ni felicitaciones de ningún tipo.

Pronto empecé a pensar en establecerme por mi cuenta. Hice números y me vi en la tesitura adecuada para permitírmelo. Reformando el vestíbulo de mi casa como sala de espera y montando el despacho de atención a los clientes en la que fue la habitación de mi madre, que era la que más cerca estaba de la entrada, me ahorraría el alquiler de una oficina. Decidí esperar un par de meses para cabrear un poco más al jefe y provocar que me despidiera con una indemnización que no pensaba pelear. En cada ocasión que se me presentaba, soltaba indirectas que llevaban implícito el mensaje de que me iría de la lengua a las primeras de cambio. Hice mis pesquisas y supe que estaba casado, con una mujer de fortuna, además. No resultaba difícil suponer que le habría molestado mucho renunciar a su estatus por un capricho pasajero con una empleada del bufete, entre otros líos de faldas de los que tuve constancia. No era difícil porque, siendo como era, jactancioso y fanfarrón, en lugar de guardar la debida discreción, gustaba de alardear de sus aventuras.

El muy cretino me despidió verbalmente, alegando que le había faltado al respeto de manera reiterada, algo que le sería muy difícil probar porque me cuidé de que nunca hubiera testigos, aunque era rigurosamente cierto. Cuando me dijo que pasase por administración para que me dieran el finiquito, le advertí de que tendría noticias mías si no recapacitaba. Exigió que le pidiese disculpas como condición previa a reconsiderarlo. Que, si lo hiciera, puede que no me despidiera. Salió toda su prepotencia, pretendiendo que me rebajase, algo que de ninguna manera estaba dispuesto a hacer. Por el contrario, y con la intención de llevarle a perder los nervios, adopté

una actitud de falsa humildad, contraatacando. Le dije de forma lastimera que las faltas de respeto eran las que él había tenido conmigo desde el principio. Que tendría que ser él el que se disculpase, no yo. De lo contrario, tendría que contestar a su propia demanda por acoso laboral. Eso no se lo esperaba, acostumbrado como estaba a pisar fuerte y a que nadie se atreviese a llevarle la contraria. Me miró con los ojos inyectados en sangre, hecho una furia, y sentenció:

—Entonces está todo dicho.

—Está todo dicho entonces.

Cuando recogí mi chaqueta antes de abandonar su oficina, me chistó.

—Supongo que no hablarás en serio.

—Tan en serio como hablas tú.

—Te ofrezco un buen finiquito si no me buscas las cosquillas —propuso.

—Tengo el umbral de las cosquillas muy alto, amigo. Dependerá de la cifra de la que estamos hablando.

Llegamos a un acuerdo. Un acuerdo que me permitiría no contar billetes durante al menos un año si no conseguía que entrasen los clientes por la puerta del nuevo negocio que proyectaba, ya que no tenía la menor intención de tirar de mis ahorros. Claro que no resultó tan fácil. Tuve que exasperarle un poco más para que intentase agredirme. Un traspiés tratando de esquivar su derechazo directo a mi mandíbula y mi cabeza dando de lleno contra el canto de una mesa fueron suficientes. Cuando pude incorporarme, apretando con la mano mi sien derecha para detener la hemorragia, se asustó. Ese fue el momento que consideró oportuno para hacer su mejor oferta. Oferta que acepté, por supuesto, a cambio de no denunciarle por agresión, lesiones, abuso de superioridad y todo eso. Lo quiso plasmar por escrito, el muy estúpido. Y yo pensé que me convenía: no siempre la víctima puede renunciar cuando se trata de un delito perseguible de oficio, como era el caso. Guardé mi copia por si tuviera que hacer uso de ella más adelante.

VII



LABRANDO MI PORVENIR
A PICO Y PALA

Los primeros días de mi nueva andadura en solitario fueron tediosos porque apenas llegaba algún cliente, ya que carecía de contactos, aunque tampoco me importaba porque tenía el riñón bien cubierto. Así que para matar el aburrimiento cursé estudios de criminología a distancia, lo que me permitía gestionar mi tiempo con comodidad, y conseguí graduarme en dos años, todo un récord por el que fui felicitado en la entrega de diplomas. Lo cierto es que no me costó gran esfuerzo. Eso de hacerme detective privado y vigilar comportamientos ajenos me parecía más interesante que defender en los tribunales a sujetos indeseables en cuyas causas no creía. Porque soy muy visceral, no puedo evitarlo. Salvo que el individuo en cuestión me pagase bien, claro está, en cuyo caso podría hacer de tripas corazón.

Cambié la placa de la puerta de la oficina en la que rezaba «Abogado» por otra más grande de «Abogado/Investigador Privado». Pensé que eso duplicaría las posibilidades, pero tampoco fue así. Fui consciente de que el rodaje para hacerme un nombre en cualquiera de los dos campos me llevaría demasiado tiempo. Y dándole vueltas a la cabeza, decidí entrar en la Policía Nacional. Cierto que no contaba con enchufes para las pruebas eliminatorias, pero sabía que mi doble grado en Derecho y Criminología, amén de unas aptitudes físicas innegables, me abrirían las puertas. En la primera convocatoria a la que me presenté no conseguí entrar. Cuando se convocó la segunda, meses después, logré entrar en el Cuerpo con grado de subinspector.

Soportar vigilancias tediosas en las que no pasaba nada, acudir a falsas alarmas o llegar tarde a redadas que ya estaban coordinando los GEOS resultaba decepcionante. Nada que ver con la preconcebida idea de una dinámica labor policial que me había forjado.

Los compañeros me llamaban *Chucky* por mis ademanes socarrones y un punto chulescos. No me molestaba, al contrario. Incluso sonreía de medio lado cuando a alguno se le escapaba el mote y luego se tapaba la boca como pillado en un renuncio. En esos casos, le daba una palmada en la espalda que le hacía crujir la espina dorsal y restaba importancia al asunto.

Chucky.

Chuky no era nadie comparado conmigo.

Durante dos años no se me presentó la ocasión de sacar un arma.

En los seis meses siguientes la desenfundé dos veces, pero no llegué a apretar el gatillo.

VIII



MI PRIMERA MEDALLA

Fue al tercer año cuando estuve a punto de disparar, pero tampoco ocurrió en esa ocasión. Habíamos recibido un aviso por radio de un posible caso de violencia doméstica en el barrio de Vallecas. Los vecinos, alertados de los gritos que escuchaban, llamaron al 112. El piso era un segundo exterior. Desde abajo, donde estacionamos el coche patrulla, se oían golpes y voces estridentes. Solo estábamos Fonsi, el novato, y yo. Le pedí que solicitara refuerzos, pero mientras venían había que hacer algo, así que sin pensármelo dos veces trepé por el tubo de la chimenea para acceder a la vivienda y sorprender al tipo antes de que cometiera una atrocidad.

Desde el lavadero podía ver lo que se cocía dentro. Era como un *déjá vu:* una cucaracha intentando aniquilar a la hormiga, a la que tenía arrinconada en una esquina mientras dos niños de apenas tres y cinco años miraban la escena con terror.

Atravesé el cristal impulsándome con el cuerpo, notando como las esquirlas de vidrio se me clavaban en el hombro derecho y ambos brazos. Los pequeños me miraron estupefactos, pensando que era Superman o algún otro héroe de la factoría Marvel.

La cucaracha tenía un cuchillo alrededor del cuello de la hormiga y me miraba con gesto triunfal. Un paso en falso y esa mujer estaría muerta.

—No tienes que hacerlo —le dije en tono apaciguador—. Deja el cuchillo en el suelo y no pasará nada. Mira, yo voy a tirar mi pistola para que estemos en igualdad de condiciones.

La cucaracha se reía con los ojos inyectados en sangre. No soltaba el cuchillo, el muy cabrón. Traté de que la imagen no me trajese recuerdos indeseables.

—Sé sensato. Yo he cumplido mi parte del trato.

—¿Por qué voy a hacerlo? A esta puta me la llevo por delante, y luego me pego un tiro.

—No puedes pegarte un tiro porque no tienes pistola, gilipollas.

En ese momento, la cucaracha sacó del bolsillo trasero de su pantalón un revólver y me apuntó.

—Está bien, está bien —acepté, poniendo las manos en alto—. Eres más listo que yo. Pero piensa que cuando todo acabe, acaba todo. ¿Y luego qué? No habrá servido de nada.

Solo trataba de ganar tiempo.

—Habrá servido para que esta zorra se entere de que conmigo no se juega —dijo.

—Ya —convine, frunciendo el labio en gesto conciliador—. Pero piensa en tus hijos. Supongo que esto no tiene nada que ver con ellos, ¿verdad? Estoy seguro de que los quieres. Sin embargo, si ven como su padre se carga a su madre, los habrás perdido para siempre.

La cucaracha me miró dubitativa durante unos segundos. Por su belfo inferior comenzó a caer un hilillo de saliva, calibrando el alcance de mis palabras. Aproveché su momento de debilidad y, de un salto, lo neutralicé, esposándole.

Mientras lo introducían en el coche patrulla, me dirigió una mirada que no sabría precisar si era de odio o de agradecimiento por haberle abierto los ojos e impedido que cometiera un acto irreparable para el que no habría vuelta atrás. Quiero pensar que fue esto último, aunque no pondría la mano en el fuego. Lo que tuve claro fue que me habrían dado ganas de darle tal paliza que no le quedasen arrestos para hacer lo mismo en lo sucesivo. Porque los maltratadores lo siguen siendo toda su vida. Es lo mismo que pasa con los agresores sexuales: ni se reeducan, ni cambian. Al primer permiso penitenciario vuelven a reincidir. Son escoria.

Mi labor de negociador y la rapidez de reflejos con los que atajé la situación me hicieron ganar muchos puntos en la escala policial, granjeándome el respeto de los compañeros. Hasta me concedieron una medalla y todo. Si hubieran sabido lo que pasaba por mi cabeza, se la habrían guardado para mejor ocasión. Pero es evidente que los pensamientos son libres, y que lo que cuenta son los actos.

IX

BLASA

Los compañeros de viaje suelen ser impredecibles. Me gustan los perros y los gatos. En realidad, respeto a todos los animales, excepto a las cucarachas, claro está. Pensándolo bien, ellas no tienen la culpa, nunca me han hecho nada, pero es algo que tengo fijado de manera obsesiva desde mi más tierna infancia por asociación de ideas con el malnacido de mi padre biológico. Y digo padre biológico porque eso es un hecho objetivo. Llamarlo padre denigraría el sentido del término. Injusto para esos insectos, lo sé, pero no se me ocurre otra manera de vencer la fobia como no sea acudiendo a terapia. De momento no me lo he planteado.

Lo que nunca podría haber supuesto es que acabaría adoptando una rata por mascota.

Después de reducir a la cucaracha maltratadora y ponerla a disposición judicial, me fui a casa. Estaba cansado, exhausto más bien. Me tumbé sobre la cama sin tan siquiera desvestirme. Minutos después escuché un ruido que provenía del balcón, como si alguien estuviera rasgando las persianas. Me incorporé de un salto, con la mano presta a agarrar el arma. No di crédito a lo que veía. Una rata del tamaño de un gato pequeño pretendía entrar por la ventana entreabierta. Al principio me provocó cierta repugnancia. Luego, al observar sus evoluciones, consiguió intrigarme. Era lista. Con sus patitas intentaba empujar el cristal para abrirse paso. Al ver que la empresa se le antojaba difícil, se sentaba, como meditando, y luego volvía a la carga, afrontando la tarea de forma distinta. Confieso que durante unos minutos quedé absolutamente hechizado por su inteligencia. Estaba a punto de culminar la hazaña cuando se lo puse más fácil: le abrí la ventana para que entrase. Entonces, la rata me miró, y juro por lo más sagrado que esa mirada fue de igual a igual. No se asustó de verme. Simplemente, se quedó sentada en medio del salón con total tranquilidad. Pude ver sus ojos astutos escrutándome. Con probabilidad calibraría dónde estaría la trampa que le había puesto para acabar con su vida. Me enterneció su capacidad de raciocinio e hice algo que podría considerarse absurdo: fui a la cocina a por algo de comida y volví para ofrecérsela de mi mano. Dudó unos segundos. Luego se acercó, olfateó, y, con gran corrección, decidió confiar en mí y cogerla con sus patitas. Eso me conmovió. Vi como la comía en el suelo, inmóvil yo para no molestarla, limitándome a observarla.

Cuando terminó de deglutir, volvió a mirarme con sus penetrantes ojillos negros en los que se leía el agradecimiento y, por qué no, algo ya de confianza, reclamando otras viandas. Volví a la cocina, y esta vez le di algo más sustancioso. Tras comerlo, se atusó los bigotes con satisfacción, sin dejar de mirarme. Ese fue el punto de inflexión y el momento en el que me percaté de que acababa de establecerse una extraña conexión entre nosotros.

La bauticé como Blasa, el primer nombre que se me ocurrió.

X

BLASA Y CRISTINA

Blasa era impredecible. A veces llegaba a casa y no la veía, pensando que se habría largado; otras, me sorprendía apareciendo de repente, con el consiguiente sobresalto. Un día la llamé a capítulo.

—Blasa, hazme el favor. Cuando llegue, estate a la entrada, que me puedes provocar un infarto, mujer.

Algunos pensarán que me drogaba o sufría de alucinaciones, pero lo cierto era que, a raíz de esa súplica, la rata estaba cada vez que entraba por la puerta presta a recibirme.

Pensé en más de una ocasión llevármela a Comisaría aupada al hombro, para que la conocieran, pero lo descarté porque sospechaba que no lo entenderían. La fama de chalado que me consta tenía, ganaría un peldaño más. Sería mi secreto mejor guardado.

Sin embargo, fue descubierta antes de tiempo.

Me asignaron a Cristina como becaria. Era joven, avispada e inteligente, un poco borde y tremendamente atractiva. Tenía el pelo de un rojo intenso, ojos verdes de mirada astuta y una tez nívea salpicada de pequeñas pecas. Tan pronto se presentó ante mí, con un saludo marcial no exento de socarronería, pude percatarme de que habría algo entre nosotros. Así fue, pero no enseguida. No se me escapaba que la atraje desde el primer momento. Ella no podría decir lo mismo de mí porque mi actitud fue desde el principio de simple condescendencia. Pero las horas tediosas de vigilancia y las confidencias que se comparten entretanto, terminan por lograr una camaradería que no se consigue solo tomando unas cervezas en el pub. Además, Cristina era muy hábil en los operativos. Bastaba un gesto imperceptible para que captase lo que quería transmitirle. Así, no fue extraño que nuestra relación profesional desembocase en un conocimiento más profundo, que nos llevó a plantearnos tener un vínculo de índole personal.

Tardé en llevarla a mi casa. Temía que Blasa no la aceptase, lo cual habría supuesto un cataclismo porque no quería renunciar a ninguna de las dos. Sin embargo, una noche, después de un servicio anodino en el que decidimos dejarlo hasta el día siguiente, le propuse pedir unas pizzas y tomar unas cervezas escuchando jazz. Aceptó con una sonrisa arqueando la ceja izquierda en un gesto goloso, no sé si por la perspectiva de las pizzas o de comprobar mis artes en la cama.

Blasa no estaba tras la puerta, como era su costumbre. Supuse que

no le agradaban los intrusos y que, desconfiada, permanecería oculta. No fue así. Esperó a que yo fuera a la cocina para sacar las birras de la nevera y presentarse a la invitada en mi ausencia. Lo normal habría sido que en ese momento escuchase un grito estridente, pero nada más lejos de la realidad. La escena que me encontré cuando volví al salón me dejó atónito. Cristina y Blasa estaban frente a frente, la primera sentada en el sofá, y la segunda en el suelo, a sus pies. En el momento en el que hice mi entrada triunfal, Cristina cogía a la rata y la aposentaba en su regazo.

—¿Pero cómo es que no me habías contado que tenías a esta ricura por mascota?

Si dijera que aluciné, me quedaría corto. Blasa estaba tan contenta. Y Cristina, por completo embelesada.

Miré a la rata, pero ella estaba también hechizada con mi amiga y no me hizo ni caso. Me senté en el sofá. Entonces me miró un momento, pero enseguida desvió la atención hacia Cristina, ignorándome. Solté una carcajada; un poco picajosa, la verdad sea dicha.

—Mira que eres peculiar, Cris. Debes de ser la única chica en el mundo que podría haber traído a mi casa y que no hubiera chillado horrorizada por haberse encontrado un roedor.

—¿Pero por qué? ¡Es fantástica! La adoro. ¿Cómo se llama?

—Blasa.

—Pues encantada de conocerte, amiguita —dijo Cristina, tendiéndole una mano para agarrar una de las suyas—. Me caes muy bien, ¿sabes? Oye —dirigiéndose a mí—, tú sí que eres peculiar. Tener a una rata por mascota no es nada común. Eso te hace ganar muchos puntos en mi escala de valoración de la gente, por si no fuera poco con lo que ya conozco de ti. ¿Cuándo se la vamos a presentar a los demás?

Negué con la cabeza.

—Ni se te ocurra. Estas cosas no están bien vistas. Guárdame el secreto, por favor.

—Te lo guardaré, pero no lo entiendo. A mí me parece fantástico. Esta chica es tan lista que hasta nos puede ayudar en el trabajo. No veo por qué tienes que tenerla escondida. Si fuera mía, me la llevaría a todas partes. Seguro que le gustaría salir de aquí y ver mundo. ¿A que sí, Blasa?

Por toda respuesta, la rata se frotó el hocico para mirarla después fijamente, como si prestase una atención extrema a sus palabras.

—Júrame que no le hablarás a nadie de ella —insistí suspicaz.

—Sigo sin comprender tu punto de vista, pero lo juro.

Tendría que haber sospechado que su juramento era en vano.

XI



LAS TRAIDORAS
BLASA Y CRISTINA

Cris y Blasa se hicieron inseparables. A veces me daba la impresión de que quería venir a casa para verla, más que para tener momentos de intimidad conmigo. Confieso que sentí celos de ambas y tomé la determinación de ignorarlas. Dejé de invitar a mi compañera, dándole excusas absurdas. Blasa, que la echaba de menos, parecía echármelo en cara mostrándose poco comunicativa y apenas interactuaba conmigo cuando llegaba. Hasta que un día le dije a Cristina que se la regalaba. Que, puesto que se llevaban tan bien y yo les importaba poco, podría prescindir de ellas. Que viniese a buscarla cuando quisiera. No me contestó al mensaje de whatsApp. Al día siguiente tampoco la vi porque era su día libre. El tercero, entró en comisaría muy circunspecta y apenas me dirigió una mirada de soslayo. Había pedido cambio de pareja. De eso me enteré después. Tengo que reconocer que la noticia me dejó tocado. Tocado y hundido. No obstante, sería estúpido por mi parte renunciar a ella por un malentendido. Tenía que replantearme mi sentido de la justicia y ofrecerle la oportunidad de darme una explicación. Sin embargo, no respondía a las llamadas, incluso me bloqueó el número privado de contacto. Mi única oportunidad de verla se ceñía al puesto de trabajo, y era difícil porque nuestros horarios ya no coincidían. Pasado el furor y la rabia, medité en que la culpa había sido mía y no suya. Si me sentía molesto por esa camaradería en la que en cierto modo me sentía excluido, tendría que haber sido yo el que diera el primer paso para aclarar las cosas. No tenía sentido haberme dejado llevar por unos celos estúpidos que nos habían conducido a una situación tan absurda. Pero mi acto de contrición llegó demasiado tarde.

Blasa permanecía oculta cuando llegaba a casa y hacía caso omiso a mis llamadas, tentándola con suculentos manjares. Simplemente había decidido pasar de mí, como Cristina. Una noche, cansado de buscar por todos los rincones, fui consciente de que no estaba. Apenas tardé unos minutos en concienciarme de que Cristina se la había llevado. Al fin y al cabo, era lo que le había dicho con muy mala baba poco antes.

Una ocurrencia genial haberle dado una llave de mi casa cuando todavía nos movía la confianza mutua. Llave que, por cierto, tuvo el detalle de depositar en el buzón. Dudo que se tomase la molestia de hacer antes una copia. ¿Para qué habría de querer tenerla?

Ni siquiera podía conservar el cariño de una rata.

Se apoderó de mí una irritación tan intensa que me vi forzado a pedir una baja médica para no entrar en un bucle obsesivo. Me conocía bien y sabía que en ese estado lo mejor era poner tierra de por medio.

XII

GIROS DEL DESTINO

Dos meses después de mi reincorporación casi había logrado olvidarlas. De vez en cuando, un runrún me martilleaba las sienes, pero nada que no consiguiera doblegar con las pastillas que el psiquiatra me pautó y que me aconsejó ir rebajando paulatinamente tras cada sesión hasta llegar a prescindir por completo de ellas, puesto que el episodio había sido puntual, nada que precisase de medicación de por vida. Lo mío no dejaba de ser un trastorno obsesivo-compulsivo que iría remitiendo con el tiempo, como así fue.

Tras el breve lapso en el que había estado ausente lo encontré todo distinto, aunque el escenario fuera el mismo, máxime porque justo antes de mi baja fui ascendido a inspector por méritos, aunque apenas me había dado tiempo a disfrutar de mi nuevo estatus. Así, pues, a mi retorno, los compañeros me miraban de forma diferente, como si perteneciese a una casta superior. Nunca se atrevieron a intimar conmigo con la camaradería que sería propia dentro de la profesión, y después de eso menos aún. Era consciente de que imponía respeto, pero quería pensar que no infundía temor, al menos no deseaba causarlo a quien no lo mereciera. Tampoco es que fuese la alegría de la huerta. Aparentemente demasiado serio, las bromas solían ser ácidas, no aptas para mentes que no supiesen apreciar un sentido del humor algo negro y corrosivo. Eso no me convertía en el más popular. Y cuando se empezó a rumorear que, a ese paso, llegaría a comisario en poco tiempo, la distancia podría decirse que se hizo insalvable.

Elegí como compañero habitual de patrulla a Néstor, un barbilampiño tímido que se sintió muy honrado por ello y no dejaba pasar la oportunidad de demostrármelo, dando los parabienes a todo cuanto le indicaba. Que iba a aprender mucho conmigo, decía cada dos por tres. Su inmerecida admiración por mí era palpable. Yo, en cambio, y debido a su extremada palidez, le regalaba con el mote de Morticio, que al principio le molestaba y luego terminó por aceptar. Pero solo si se lo decía yo. Cuando los demás se dirigían a él por tal apelativo, fruncía el ceño, molesto, aunque no protestaba. Al muchacho le faltaban agallas, y yo se las iba a proporcionar para que se curtiese. Algo en él me inspiraba ternura, pese a que nunca se lo demostré. Por el contrario, lo trataba con dureza, como se espera de un jefe.

Tener más autoridad, la perspectiva de un nuevo ascenso y la

misión de desasnar al pardillo supusieron un punto de inflexión. Mi vida estaba hecha de puntos de inflexión a partir de los cuales el devenir suponía cambios más o menos drásticos. Se hacía necesario madurar, conseguir mantener la cordura y la frialdad. Nada fácil ninguna de las tres premisas.

De Cristina no volví a tener noticias. En realidad, sí, pero de forma indirecta, no porque ella contactase conmigo para darme una explicación. Preguntando sibilinamente, me enteré de que había pedido destino a muchos kilómetros de distancia, y obviamente se habría llevado a Blasa con ella. Seguro que pensó que, cuanto más lejos de mí, mejor. Supuse que me consideraba poco menos que un sociópata. Pues que les fuera bonito a las dos. Deseé con todas mis fuerzas que Blasa, pasado el momento inicial de excitación que acompaña a todo cambio, me extrañase y se plantease que quizás no había hecho bien aceptando que la apartasen de mi lado. Al fin y al cabo, había sido yo el que la había rescatado de una vida abocada al hambre y la persecución.

Cualquiera a quien le contase el motivo de mi ruptura con Cris me tomaría por un chiflado. Y si supiera también los razonamientos que habría deseado pasasen por la mente del roedor, directamente habría recabado el auxilio de los servicios psiquiátricos para que intentasen tratar mi desequilibrio nervioso a base de electroshock. Yo mismo me daba cuenta de que lo mío no era del todo normal, quien sabe si por cuestión genética o por mor de las circunstancias en las que se había desarrollado mi infancia.

Tal vez lo fuera. Un sociópata. Un tío raro.

Tras una operación antidroga en la que me asignaron el mando del operativo, en colaboración con la UDYCO, y que se saldó con un buen número de detenciones y la aprehensión de un importante alijo, mi ascenso a inspector jefe no se hizo esperar, coincidiendo con la jubilación del que había detentado el cargo hasta ese momento. El operativo había sido tan impecable que se saldó sin un solo herido en ninguno de los dos bandos, algo que hasta el mismísimo secretario de Interior consideró un éxito sin precedentes y me llamó personalmente para felicitarme. Morticio, que participó como agente de apoyo, estaba exultante y no cesaba de repetirme que daba gracias al cielo de haberse cruzado conmigo porque lo que yo le había enseñado no lo habría aprendido en ningún otro sitio. Después de eso, y de unas cuantas rondas más en compañía de mi pupilo, adoctrinándole como si estuviera tallando una escultura para sacar todo lo que sabía podría dar de sí, este ya no parecía el mismo. Actuaba con aplomo, no

toleraba las bromas tendenciosas de los colegas e incluso se permitía rebatirme, eso sí, en ocasiones contadas. Supe que ya estaba listo para volar sin mí.

Sin embargo, compañeros con más antigüedad que yo me consta que no se lo tomaron muy bien, lo que me hizo sentir incómodo hasta cierto punto. Y digo hasta cierto punto porque igual lo que ocurría es que no se dejaban la piel como yo y pensaban que el mero transcurso del tiempo o el peloteo podrían causar el mismo efecto. Lo cierto es que yo no me postulaba, simplemente las oportunidades venían a mí como llovidas del cielo. Sería que el destino me tenía reservadas sorpresas que no buscaba o que mi autoestima estaba tan baja entonces que no me permitía reconocer que méritos no me faltaban. Que, en suma, nadie me regalaba nada, sino que era una consecuencia lógica de mi meticulosidad y buena disposición para hacer mi trabajo de la mejor manera posible.

Y como si los hados que manejan el cotarro hubieran adivinado mis intenciones, empecé a percibir una serie de señales que me aconsejaban variar el rumbo. Un día era una conversación trivial con un desconocido en la calle, otro una invitación depositada en el buzón de mi casa para asistir a tal o cual conferencia y que invariablemente iba a parar al cubo de la basura.

El caso es que el trabajo, más allá de los operativos puntuales en los que se mascaba la tensión y había acción, se me hacía aburrido, tedioso y falto de alicientes, por lo que pronto di pábulo a los avisos de los que mi mente me alertaba.

Tras uno de esos coloquios a los que asistí por mera curiosidad y porque no tenía cosa mejor que hacer, me abordó a la salida un tipo enjuto de aspecto enigmático que me saludó con una media sonrisa que parecía esculpida a cincel. No se anduvo por las ramas. La pregunta que formulé había atraído su atención y quería cambiar impresiones conmigo. Me mostré sorprendido por su interés, pero no me negué a tomar una cerveza para charlar. A fin de cuentas, era temprano y nadie me esperaba en casa. Perder el tiempo con un tipo que podría estar tan chalado como yo no me robaría horas de sueño; sueño que, dicho sea de paso, desde el abandono de Cris y Blasa era más bien escaso. Me vendría bien tener compañía por un rato y olvidarme de otras cosas.

Salí del bar reclutado para el CNI. Así ocurren estas cosas. Un día dices algo de forma casual, y alguien que está con la oreja pegada decide que eres apto como espía y te lo propone. Por supuesto, no era solo eso. Dejó caer que la Organización conocía mi andadura. No especificó —ni quise preguntarle— qué, cuánto y hasta qué punto la conocían. Dudaba que se remontase a mi infancia y a hechos luctuosos que ni fueron investigados entonces ni lo serían ahora. Más bien se

debería a un barrido entre los agentes de la Ley para buscar los más aptos. Y aunque mi nombre nunca salía en los medios tras un operativo cualquiera, como mucho las siglas, Inteligencia contaba con medios más que suficientes para recabar los datos que precisasen acerca de su objetivo.

Lo cierto era que mi mente me pedía un cambio, y, como en una suerte de sinergia, ese cambio se me vino a estampar en la frente. Podría haberlo rechazado, pero supe que no debería hacerlo porque en esa nueva andadura podría realizar cosas grandes. Mi madre siempre creyó en mí. Cuando era un tierno infante que todavía no conocía la maldad, ella solía decirme que yo estaba destinado a ser alguien importante. Que estudiase mucho, que me preparase, que fuese el mejor en todo, y, sobre todo, buena persona. Nunca sabré si estaría orgullosa de mí, como yo lo estuve de ella. Si hubiera sabido que fui yo el que la liberé de la cucaracha, eso la habría horrorizado. Su hijo querido no podría haber sido de ninguna manera un asesino. Puede que, si las almas van a algún sitio tras la muerte del cuerpo físico, lo sepa después de todo.

No quise entrar en barrena preguntándome mil cosas acerca de la metafísica y el más allá. Si ella, donde quiera que estuviese, no me lo había recriminado con alguna señal como abrir armarios o dejar caer utensilios al suelo, eso solo podría significar que, o bien no hay más allá, o que los muertos no se pueden comunicar con los vivos. Cuestiones para las que la ciencia todavía no tiene respuesta.

Tras un período largo de pruebas y entrevistas, entré en el CNI de pleno derecho. Conservaría mi puesto de trabajo en situación de excedencia, pero desde ese momento formaría parte de los servicios secretos, todo ello con el beneplácito de mis superiores, que sabían de ello, pero guardaron sigilo en aras de la seguridad nacional.

Antes de abandonar la comisaría por tiempo indefinido, quise infundir confianza a Morticio y asegurarle que él sería el próximo subinspector porque tenía madera y sabría hacerse valer. Se mostró emocionado, tanto como le permitía su nuevo estatus de tipo duro, que además había empezado a curtirse en el gimnasio haciendo pesas. De hecho, poco quedaba ya del tipo enclenque que fue cuando era mi subordinado. Su rictus se había tornado taimado, sus ademanes más jactanciosos. Me parecía, al verlo, como si me viera a mí mismo unos años antes reflejado en un espejo. Crucé los dedos para que su nueva actitud no se le fuera de las manos. Quise recomendarle que la justicia era primordial, que la justicia lo era todo, y que nunca, nunca, bajo ningún concepto, actuase con desproporción de medios.

Morticio, en ese momento, me miró, y su mirada ya no era la del subordinado que debe una obediencia ciega al jefe, sino la del pupilo que ha asimilado las enseñanzas del maestro. Me sentí muy orgulloso de él. Si algún día volvía al Cuerpo, querría tenerlo otra vez de ayudante o de compañero. Eso en el supuesto de que el pupilo no superase al maestro y me hubiese adelantado para entonces.

La verdad era que pensaba que sería mucho más divertido. Sin embargo, al principio tan solo tenía que entablar relación con personas sospechosas de cualquier actividad ilícita que comprometiese la seguridad nacional y que habitualmente no eran más que provocadores o simpatizantes de partidos marginales. De lo más aburrido todo. Las conversaciones no arrojaban ninguna información de interés que pudiera trasladarle a mi jefe inmediato. Más de una vez estuve tentado de inflar a hostias al interlocutor al que tenía que sonsacar información. Me contuve otras tantas. Un miembro de los servicios secretos no puede ser un matón, y menos cuando hay testigos. En esas ocasiones, me contentaba con morderme el labio imaginando que se lo estaba partiendo de veras al mamón con el que estaba hablando.

Sin embargo, las tonterías que conseguía sonsacar al tarado de turno solían tener cierta importancia para mi superior. Por ello recibía felicitaciones continuas. Algo agradable, porque la palmadita en la espalda siempre resulta grata, pero seguía encontrando mi trabajo falto de alicientes. Lo mío era la acción pura y dura, es decir, algo primitivo: si hay que cambiar cosas, empecemos por convencer al adversario, aunque no sea de una forma, digamos, pacífica. El fin justifica los medios. Maquiavelo siempre fue mi principal inspirador. Y, en esa tesitura, empecé a añorar mi trabajo anterior en la policía, porque de vez en cuando conseguía esa descarga de adrenalina que me resultaba tan vital.

Pero, claro, el Estado de Derecho lo supervisa todo. Harina de otro costal son las cloacas del Gobierno de turno, donde hay un olor nauseabundo en el que no apetece entrar. Todo vale en función de lo que intentes convertir, subvertir, tapar o cambiar. Después de ver tantas películas americanas en las que la CIA aparecía como lo peor del hampa, saber lo que se cocía en las alcantarillas de mi país me hizo menospreciar los métodos de los yanquis. Aquí contamos con esa cosa tan española como es la picaresca. Los de la CIA primero te muelen a palos y luego preguntan. Si eres capaz de decir algo coherente entre el amasijo de dientes destrozados que no sea un silbido impotente, tal vez te perdonen la vida. Los nuestros primero

preguntan, y si la respuesta no les satisface, te dan de hostias, con lo cual no sacan nada en limpio y, mucho menos, la información que buscan, porque te han dejado K.O. El resultado podría parecer el mismo, pero no lo es. Alguien apaleado suelta lo primero que se le viene a las mientes, y que puede ser verdad o una manera de salir del paso, que tampoco suele ser una salida honrosa, como no sea directo al anatómico forense, en el supuesto de que no lo arrojen al mar con un saco de piedras atado a los pies. Cuando primero te preguntan y luego disparan, ya no tienes esa opción.

Yo pretendía ser mucho más diplomático que en cualquiera de esas dos variantes, aunque hay muchas más posibles. Los israelíes y su dominio del *krav magá*, por ejemplo, pueden hacerte cantar la Marsellesa aunque seas mudo de nacimiento. A mi modo de ver, hostias las justas. Lo primero sería obtener información. Es obvio que para los guantazos no tendría que rezar antes un padrenuestro de arrepentimiento previo porque las ganas me venían de serie, pero es cierto que a todo el mundo hay que darle la oportunidad de defenderse cuando no es pillado in fraganti en acto delictivo, y lo que sea que se tiene contra él aún no ha sido contrastado. Otra cosa es, desde luego, teniendo la certeza, lo que liberaría de escrúpulos al ejecutor.

XIII



UNA INICIATIVA CIERTAMENTE SUICIDA

Por eso, cuando el pirado del ex agente del KGB invadió Ucrania, solicité ser enviado a Rusia para matarlo. Por amor al arte.

Mi superior me miró con unos ojos como platos, que luego achinó al tiempo que esbozaba una sonrisa que se transformó en mueca y luego en estridente carcajada.

—Gracias por alegrarme el día —dijo entre estertores histriónicos, que se acompañaban de genuflexiones hasta el punto de parecer un cartabón, sin dejar de reír—. Es lo más gracioso que he escuchado en mucho tiempo.

Yo le miraba impávido porque mi propuesta me parecía de lo más normal y lógica. Desde luego, nada digno de ser tomado a chirigota.

Tras unos minutos en los que el jefe parecía incapaz de decir nada coherente por mor de la risa, tomé la palabra, muy serio. La ocasión lo requería.

—Disculpe si le ha parecido una tontería, pero lo he dicho sin ningún ánimo de tomarle el pelo. Todo el mundo piensa que la única manera de pararle los pies a ese perturbado es matándolo. Pues bien, yo me ofrezco para intentarlo.

Por fin, el mando detuvo sus movimientos espasmódicos y se puso firme, mirándome con detenimiento, tratando de mantener la compostura, aunque de vez en cuando las comisuras de los labios se le curvaban en una sonrisa.

—RJ (ese era mi nombre en clave), es muy generoso por su parte lo que propone, pero, ¿se ha planteado que puede morir en el intento incluso antes de conseguir llegar al subalterno del subalterno del subalterno del subalterno del hijo de la gran putina? ¡Lo envenenarán o lo partirán en cachitos, o ambas cosas a la vez, si lo descubren! ¿No es consciente de que la CÍA ya está trabajando en ello y que el Kremlim se ha llevado por delante a varios de sus mejores agentes? No tengo que recordarle que esta misma semana siete de sus espías de confianza se han caído por las escaleras y uno por la borda de un barco donde supuestamente estaba contemplando el atardecer, y que…

—Lo soy, por supuesto —le interrumpí—. Pero la CÍA adolece de muchos defectos; entre otros, que se les nota mucho la procedencia americana: pelo al uno, estatura de dos metros, traje de corte

impecable… Y yo, señor, tengo una fisonomía estándar que podría pasar por nativo de cualquier lugar. Además, en estos meses desde que empezó la invasión, he hecho un curso acelerado de ruso y creo poder hablarlo con la suficiente soltura como para poder pasar por un español con ancestros rusos, o viceversa. De la Agencia depende que me provean de una identidad falsa que lo acredite. Tenga esto presente: nadie tendrá más ganas de cargarse a ese tío que yo, porque si algo odio en esta vida es la arrogancia gratuita. Y no necesito decirle que el hijo de la gran putina es un prepotente, imperialista, comunista de mierda para su pueblo, pero no para él, y, en suma, un hijo de la grandísima puta al que me gustaría tener el honor de cargarme, ya que nadie parece ser capaz de hacerlo.

El jefe se sentó, más bien se desplomó sobre la silla. Pasado el momento de estupor, estaba valorando la enorme generosidad que demostraba el agente que tenía de pie frente a él, y también que le faltaba una tuerca y era carne de frenopático.

—Déjeme consultarlo. Le haremos llegar nuestra decisión en breve —concedió finalmente.

Transcurridas dos semanas desde nuestra conversación sin haber tenido noticia alguna, comencé a sospechar que no solo no la había tenido en cuenta, sino que se habría carcajeado a gusto con sus colegas a mi costa. Sopesé volver a mi puesto anodino a detener a viejos verdes que acosan a colegialas, a ladronzuelos de poca monta a los que se les cae el carnet de identidad en el lugar del crimen y a reducir a gamberros que se mean en las papeleras y destrozan el mobiliario urbano. Me daban arcadas solo de pensarlo. A lo mejor tenía otra salida apuntándome como voluntario para ir a combatir a Ucrania. Desde esa perspectiva sería bastante más complicado acceder al hijo de la gran putina, aunque no imposible. Si se me cerraba la puerta grande, ese ventanuco me daría la posibilidad de intentarlo al menos.

XIV



LA DECISIÓN

Fui declarado apto, al menos para considerar mi propuesta. Me convocaron a una reunión urgente en la sede del CNI un martes por la mañana, un mes después de haber mantenido la conversación relatada con mi superior inmediato.

En la junta se encontraban, además de este, varios mandos militares de alta graduación, el ministro de defensa y el presidente del gobierno.

Me senté en la silla vacía que estaba reservada a mí en la mesa oval y, casi sin tiempo para las presentaciones, el Jefe de Estado Mayor se levantó, situándose junto a una pantalla gigante en la que apareció una amplia panorámica de Rusia con lucecitas intermitentes de diversos colores. Así, pues, parecían haber decidido todos ellos con carácter previo a mi llegada que me enviarían allí, y que solo restaba darme las coordenadas precisas. Sentí un mareo similar al que provoca tirarse en paracaídas.

Pero no era así: tan solo me habían citado para echar por tierra mi generoso ofrecimiento.

—Este es el plano de Moscú y alrededores —dijo el JEME trazando un círculo sobre el mapa, para después posar un dedo en un punto que casi taladra la pantalla de LED—, y aquí está el palacio donde vive Putin, en el cabo Idokopás, Praskovéyevka, distrito de Galendzhik. Es completamente inexpugnable, así que me parece una completa estupidez mandarlo allí. Tiene una guardia personal de cien hombres, amén de que llegar a las inmediaciones sería absolutamente imposible. Por no hablar de que los agentes del Kremlin están por todas partes y cualquier sospechoso de espionaje va directamente a los calabozos, si no lo despachan antes para no perder el tiempo. Y, por si esto no fuera poco disuasorio, cambia constantemente de residencia porque es un paranoico que teme emboscadas por parte no solo de sus enemigos, sino de sus propios allegados y subordinados.

Le miré con gesto de suma decepción. ¿Toda esta puesta en escena solo para decirme que no? Iba a abrir la boca para explicar que siempre hay maneras cuando se quiere y se tienen los medios cuando el JEME continuó su exposición.

—Ahora bien, el tipo —dijo señalándome a mí, pero sin mirarme, como si no estuviera presente— tiene unos huevos como dos cañones de artillería, permítaseme la expresión, por lo que, señor presidente

—se dirigió entonces a Luzdivino Gómez, el presidente del Gobierno—, yo diría que hay que aprovechar este activo que se nos ha presentado de forma espontánea.

El jefe del ejecutivo se mordió el labio, dubitativo.

—¿Está usted seguro? —me interpeló, y luego, dirigiéndose al resto de los presentes—: Me parece una temeridad enviar a este hombre allí, sin preparación, sin medios, sin…

No me quedó otra opción que interrumpirle y lo hice. Con gesto ceñudo y voz teñida de rabia contenida.

—¿Cómo que sin preparación y sin medios? Preparación tengo, señor presidente: Grado en Derecho, Grado en Criminología, inspector de policía… O sea, para que usted lo entienda: abogado, detective titulado, inspector de Policía en excedencia, experto en artes marciales, y además hablo francés y ruso nivel medio-alto, aparte del español, claro está. Y, lo que es más importante: me ofrezco de forma altruista. Pero si mis créditos no le parecen suficientes, que seguramente serán más de los que lo acreditan a usted como presidente del gobierno, con ese dudoso doctorado en el que más vale no entrar, me enrolaré como voluntario y cumpliré la misión por mi cuenta. Porque tenga esto seguro, señor Gómez: yo me cargo a Putin o muero en el intento.

El máximo dignatario de la nación no reparó en la ironía de mis palabras y pareció sopesar mi alegato de forma introspectiva, es decir, mirando sus zapatos de corte estupendo y rascándose la mejilla con un dedo.

Cuando parecía decidirse a hablar, un agente de Inteligencia entró atropelladamente en la sala y, tras cuadrarse ante los mandos presentes, exclamó de forma tan alta y clara que todos quedamos atónitos:

—¡Rusia acaba de lanzar una amenaza inminente a Europa de poner en marcha la guerra nuclear! Parece que cuenta con el apoyo de China, que se ha mantenido neutral hasta este momento, pero que ahora pretende cobrarse la ayuda militar y política con la contraprestación de que se contrarresten los intentos separatistas de Taiwan por una vía nada pacífica. Sin contar con el resto de sus aliados, que están calentando motores a la espera del pistoletazo de salida. ¡Señores, me temo que estamos a las puertas de la tercera guerra mundial!

Tras la noticia, se produjo un alboroto en el que todos hablaban a un tiempo. Minutos después, el presidente los acalló con un gesto enérgico de manos.

—RJ, calienta que sales —dijo con una risita no exenta de nerviosismo y pasando al tuteo. Y por si alguien no se hubiera enterado de que era una de sus bromas, parafraseando a los

entrenadores deportivos, apostilló—: Que vas, vaya. Lo que tú querías, ¿no?

Me apuesto el cuello a que, sin otros recursos para marcarse un tanto, pensó en ese momento que si España (o sea, yo encarnado) le paraba los pies a Rusia, tendría una ventaja para salir victorioso en las próximas elecciones, revalidando lo que solo había conseguido mediante una moción de censura rastrera y un puñado de votos envenenados para lograr su investidura.

Entonces me pareció razonable puntualizar algunas cuestiones, un poco molesto por su tono despectivo y condescendiente.

—Efectivamente. Pero no es que yo sea un imbécil que busque morir sin necesidad, sino porque sé que, si nadie lo hace, esto seguirá imparable y ese tipo acabará por hacerse el dueño del mundo. Por lo tanto, es necesario que sepan que no soy un paranoico suicida, ni tampoco un irreflexivo. Necesito logística, no ir a la buena de Dios. Quiero tener a un equipo de apoyo y cobertura de comunicaciones en todo momento, por lo que pudiera pasar.

El presidente miró al JEME y le cedió la palabra a este.

—Por supuesto, RJ, con todo eso puede contar. Pasado mañana preséntese en la base de Torrejón a las dos del mediodía. Necesitamos ese margen para darnos tiempo a coordinar el operativo. Le facilitarán allí un pasaporte acorde con su nueva identidad y un dossier que deberá memorizar y que se autodestruirá en quince minutos a partir de su lectura. Su equipo de apoyo también estará allí, aparte de los que tenemos desperdigados por todo el mundo y que, en el caso que nos atañe, también se encontrarán en Rusia y países limítrofes.

—Otra cosa —dije, ya por completo envalentonado y marcando paquete—. El equipo de apoyo, sea de la graduación que sea, estará bajo mi mando. Es decir, que desde que pisemos suelo ruso, el jefe del operativo seré yo.

Los presentes se miraron entre sí y me dieron el *placet*, unos con más convencimiento que otros. Los ojos del presidente brillaban con codicia, enturbiados por la emoción de anticipar lo que sin duda sería una victoria por la que sería recordado por los siglos de los siglos, amén. Él, no yo. Yo le importaba una mierda. Lo único que a él le importaba era él mismo.

XV



EMPIEZA LA FIESTA

A las doce cuarenta y cinco, es decir, hora y cuarto antes del embarque, ya estaba yo pululando por el aeropuerto militar de Torrejón de Ardoz. Apenas llevaba una maleta con algunas mudas, un par de chandals, tres camisas y dos pantalones, amén del neceser con cepillo de dientes, espuma de afeitado, cuchillas y poco más. Cuando quise darme cuenta de que en Rusia era invierno, y de que además de las camisas necesitaría algo de ropa de abrigo, ya era demasiado tarde. Bueno, ya me lo agenciaría allí. Tan pronto como lo pensé, me dieron ganas de machacarme la cabeza contra una pared. ¿Allí, dónde? ¿En medio de un bombardeo? Iba a pasar más frío que en Siberia por mi precipitación.

El JEME tuvo la deferencia de despedirnos en la base, y lo hizo con solemnidad, llevándose dos dedos a la frente que bajaba con gesto enérgico después de estrechar las manos de todos nosotros a pie de escalerilla, no sin antes habernos presentado y dirigirnos una breve arenga en la que apreciaba nuestra abnegación y patriotismo, y mostraba la confianza y certeza de que regresaríamos a casa sanos y salvos tras culminar la encomienda con éxito.

En el avión militar tomé contacto con mis compañeros, que eran de lo más variopinto. Todos ellos se mostraban eufóricos y durante un rato hablamos a un tiempo, interrumpiéndonos, soltando chascarrillos y carcajadas, supongo que fruto de la excitación que nos embargaba ante lo desconocido. Después cada cual se concentró en sus pensamientos o en la música a través de los auriculares, y prácticamente no volvimos a cruzar palabra hasta que aterrizamos en Estonia tras un par de escalas técnicas, una de las cuales aproveché para aprovisionarme de ropa de abrigo en una de las tiendas *duty free*. Allí tomamos un vuelo comercial rumbo a Moscú en el que viajamos por separado, sin mantener contacto durante todo el trayecto por precaución. Íbamos en clase turista para dar la impresión de que nuestro viaje era meramente turístico. Algo así como los que van a un lugar donde acaba de explosionar un volcán. Para Rusia, todos los que entraban eran bienvenidos. A los que salían, que se contaban por millares, se les vigilaba, se les reducía, y, si se terciaba, se les mandaba de vuelta a casa con cualquier excusa. Por supuesto, quedaban sometidos a estrecha vigilancia en sus lugares de origen. Nuestras credenciales eran de ciudadanos rusos de diversas

profesiones que volvíamos a casa por patriotismo. La valija fue camuflada convenientemente y se nos facilitó por el contacto de forma discreta al tomar tierra. Fuera del aeropuerto cogimos un taxi colectivo. Hacía un frío que cortaba el cutis.

El piso franco facilitado por la Agencia se encontraba en una zona apartada, a las afueras de Moscú, dentro de una nave industrial abandonada en cuyas paredes exteriores e interiores no cabía un *graffiti* más. Para evitar la suspicacia del taxista que nos condujo hasta allí, tuvimos que hacerle parar antes en un supermercado para adquirir botellas diversas de licores, pretextando una fiesta en ese lugar apartado. Algo así como una *rave.* Incluso le invitamos a acompañarnos, si quería. Se excusó, aduciendo que su esposa, Irina, le tendría preparada la cena y se enfadaría mucho si llegaba tarde a casa, ya que justo en ese momento terminaba el servicio y estaría esperándole. Porque era como un gendarme, y, al mínimo retraso, lo sometía a un interrogatorio que dejaría en pañales al KGB. Si la excusa no le parecía convincente, no lo molería a palos, pero le daría una brasa que le haría desear estar muerto. Eso nos contó entre elocuentes aspavientos. Sin embargo, fue nombrar la palabra mágica «vodka» y empezar a salivar. Todos nos percatamos y tuvimos que reprimir una carcajada. Nos despidió con un gesto que no dejaba lugar a dudas de que preferiría mil veces unirse a la fiesta que aguantar a la parienta.

Con las bolsas de bebidas en las manos, entramos por una puerta camuflada que daba paso a un habitáculo más parecido a un bunker de la primera guerra mundial que a la suite de un hotel de cinco estrellas. Nadie hizo el menor gesto de contrariedad, ya que sabíamos a lo que habíamos venido y no era momento de exigir exquisiteces. Todos éramos tipos duros, incluidas las tres féminas que formaban parte del grupo.

Había dos habitaciones amplias con literas, y una suerte de cuarto de reuniones con cocina anexa, amén de un retrete escueto que tendríamos que utilizar por riguroso orden de urgencia. En el frigorífico no había más vituallas que botellas de vodka a mansalva y algunas latas de caviar beluga. De haberlo sabido, nos habríamos ahorrado el gasto, aunque de momento lo sufragaba el Estado. No quise hacerme la pregunta de lo que pasaría cuando nos dejasen con el culo al aire, lo cual no me extrañaría que ocurriese, vista la precipitación en organizar nuestra incursión en territorio ruso. Pese a las ganas que tenía de entrar en acción, y que así le había participado a la Agencia, no me habría importado esperar un poco más más para tenerlo todo estudiado con algo de previsión. Ahora daba la impresión de que tendríamos que improvisar sobre la marcha y de que, por culpa de las prisas, nuestra misión podría estar abocada al más estrepitoso de los fracasos. En el caso de mis compañeros sería peor aún porque se

lo habrían participado, a lo sumo, la víspera de la partida. Lo cierto era que tenía un mal presentimiento. Me habría gustado dar marcha atrás en el reloj del tiempo y exigir de la cúpula una organización más exhaustiva. Nos jugábamos la vida, algo que no parecía importarles lo más mínimo. Era como si hubiesen pensado que por qué no, si total no había nada que perder, máxime cuando no nos enviaban de forma obligada, sino que el ofrecimiento era espontáneo. Sí, de haber podido, habría exigido otras condiciones. Pero no lo hice, y ahora tocaba hacer de tripas corazón, contagiar un entusiasmo que estaba lejos de sentir, y poner todo mi empeño en que el grupo saliera airoso de la misión y con el deber cumplido. De no haberme autoimpuesto esa necesidad de contagiar a los demás un fervor patriótico, mi reacción habría sido sugerirles poner pies en polvorosa tan pronto se nos presentase la ocasión y aislarnos en algún lugar remoto a modo de comuna autogestionada hasta que se olvidasen de nuestra deserción y pudiéramos reincorporarnos a la vida civil.

Todo esto pasó en fracción de segundos por mi cabeza, y así como llegaron los pensamientos nefastos y pesimistas, los deseché para insuflar a la tropa un optimismo vehemente.

Puesto que el viaje había sido largo, sugerí al equipo irnos a dormir sin demora. Al día siguiente hablaríamos del próximo paso, que yo, como coordinador del operativo, no tenía todavía la menor idea de cuál sería. Un sueñecito reparador y ya se me ocurriría algo.

Tan pronto desperté, los reuní a todos en la sala.

—Bien, henos aquí. Tenemos que cargarnos a ese miserable, lo cual parece una misión imposible, pero ¿quién dijo miedo? Tengo varias ideas; sin embargo, antes de comentároslas, me gustaría que me participaseis las vuestras para contrastarlas y decidir cuál sería la más plausible.

Lo cierto era que, llegado el momento, no tenía ninguna.

—Todas son imposibles —dijo MG, una mujer de estatura digna de jugadora de baloncesto y pelo corto, a la altura de la nuca—. De hecho, solo vine aquí porque, si vuelvo viva, me prometieron una pensión vitalicia. Pero que conste que no tengo muchas esperanzas de conseguirlo.

—Pues sí que empezamos bien —me lamenté, cabeceando—. ¿Alguien un poco más optimista, por favor? Nos estamos jugando no solo la seguridad nacional, sino la supervivencia de la raza humana, si es que este impresentable decide finalmente cumplir su amenaza de soltar sus armas nucleares contra Europa, lo cual provocaría que Estados Unidos entrase en el conflicto amenazando con lo mismo a Rusia, y que China y Corea del Norte apoyasen a Rusia desde el otro flanco. Empate técnico y no sé si en igualdad de condiciones o no, pero está claro que, después de tamaña confrontación bélica, aquí no

va a quedar ni el apuntador porque…

—Pero vamos a ver —me interrumpió LM, que parecía gemelo de Trotski y compartía con el ideólogo la misma fisonomía, además de barba y gafillas redondas de intelectual trasnochado—. Vamos a ver, hombre —repitió, consiguiendo exasperarme porque intuía que entraría en bucle con la coletilla sin aportar nada. Me equivoqué. LM parecía tenerlo más claro que yo—. Lo que hay que hacer es infiltrarse de forma directa. Es decir, ofrecerse para combatir con el ejército ruso contra los fascistas de Ucrania. De hecho, tengo una lista de algunos lugares de reclutamiento que deberíamos valorar. El más cercano está relativamente cerca de aquí.

Hubo un murmullo entre los presentes.

—Si nos alistamos, nos movilizarán a saber dónde —sentenció JB, una rubia despampanante—. Tú sí que pareces un infiltrado. No serás del contraespionaje, ¿verdad?

—Haya paz —pedí juntando las manos para abortar el conato de trifulca—. Todas las ideas son bienvenidas, las ejecutemos o no. Estamos en el mismo barco. Venga, a estrujarnos esa cosa que tenemos por cerebro.

Entonces, ZP, mujer de aspecto híbrido y la única del grupo que todavía no había tomado la palabra, levantó tímidamente la mano. Me giré hacia ella y le di la venia para hablar.

—Nos estamos complicando innecesariamente. Entre el arsenal que traemos hay polonio 210. ¿Cómo dárselo? Es fácil. Uno de nosotros será su probador oficial de alimentos. ¿Quién? Está por ver. Pues bien, el elegido se toma antes que él esa papilla que desayuna, y que puede que lleve polonio, o puede que no, pero como se habrá tomado antes el antídoto, sin problema. Luego lo espolvorea con disimulo en la que se va a engullir él. Cabe en lo posible que utilicen otros agentes tóxicos, pero todos sabemos que el polonio es su preferido y que carecen de imaginación. ¿Para qué van a tenerla si ese les funciona tan bien?

Las carcajadas estoy por asegurar que se escucharon en la mismísima residencia del sátrapa. Tuve que poner orden una vez más.

—Pero vamos a ver, ZP, ¿cómo pretendes que lleguemos a ese punto?

—Agradezco la pregunta —dijo la interpelada con una sonrisa también híbrida—. La lista de aspirantes a trabajar para el presidente como probadores de alimentos es nula porque a nadie le apetece morir de esa forma. Por eso, el Kremlin utiliza a presos para tal cometido. Nadie va a cuestionar si han muerto por una apendicitis en la cárcel, ni mucho menos van a exigir que se les practique una autopsia porque los familiares saben que los siguientes serán ellos. Y como tantos perecen en tales circunstancias, las prisiones no dan abasto a

facilitarles carne de cañón, por lo que cualquiera que entra, incluso por el motivo más nimio, es candidato. —ZP hizo una pausa, miró al grupo para comprobar su reacción y, visto que no había ninguna, prosiguió—: Mi propuesta pasa por armar tal alboroto que nos enchiqueren, y estoy segura de que poco después seremos destinados a la magna misión de probar la comida del hijo de la gran putina. Creo que no estoy proponiendo nada absurdo, vamos, digo yo.

Una vez hube escuchado la retorcida explicación de ZP, tuve que reconocer en mi fuero interno que, por el momento, era la más sensata y plausible. A ver, sensata no lo era, pero no había otra.

—A mí me has convencido —dije—. Y salvo que se os ocurra otra cosa, yo voto por esta. Ahora hay que pensar en cómo organizar una farra tan gorda que nos manden al trullo, y no que se limiten a interrogarnos y luego dejarnos en libertad, con o sin cargos, aunque dudo que nos dejen irnos de rositas por las buenas.

Habida cuenta que no hubo discrepancias, di por terminada la reunión.

—Pues, hala, ¡al lío!

Después de atiborrarnos a vodka y caviar, sobre todo a lo primero, salimos sin rumbo, dando puntapiés a papeleras, escupiendo en el suelo, orinando contra las paredes y, en suma, haciéndonos visibles. También provocamos altercados varios insultando en idiomas inventados a cuantos viandantes encontramos a nuestro paso mientras caminábamos en dirección al centro de Moscú.

Fue tan inevitable como deseado que nuestro gamberrismo atrajese la ira de los vecinos, que no tardaron en llamar a la policía. Nos encontraron riéndonos a carcajadas en un parque, meando alguno sobre los bancos y en tal estado de embriaguez que hizo necesario a los agentes reducirnos y meternos en un coche patrulla llamándonos vagos y maleantes, sin que en ningún momento se les ocurriera leernos nuestros derechos.

De momento, todo estaba saliendo conforme al plan establecido.

En la furgoneta policial hicimos alardes varios de vandalismo. Yo, por ejemplo, pese a ir esposado, doblé de un cabezazo el cristal que nos separaba de los asientos delanteros, aunque fuera blindado. El dolor de cabeza fue brutal, pero lo di por bueno, si por bueno entendemos que de esa manera llegaríamos al destino que nos reservaban estas hienas.

Cantamos a voz en cuello, reímos a carcajadas, insultamos a los guardias en todas las lenguas conocidas, y cuando le escupí en la cara a uno de ellos y le dije que ojalá lo mandasen por hijoputa y por torturador a probar la papilla del Putin, fui consciente de que había dado en la diana.

Nada que ver una cárcel rusa con una civilizada. Nos aislaron, e ignoro cómo estarían los otros porque yo estaba solo en una celda, pero supuse que de forma parecida. No me dieron nada de comer, salvo una sopa aguada en la que estoy seguro de que habría escupido o se habría meado el oficial al que había soltado la maldición. La vacié directamente en un canalón del habitáculo que suponía servía para que las aguas residuales salieran de allí para que no se inundase con las crecidas del río Moscova.

De entrevistarme con un abogado ni mencionármelo. Mejor, mejor. Iba a seguir dando por saco hasta conseguir que me mandasen a donde quería. Mientras tanto, de mis compañeros de equipo seguía sin tener noticia alguna.

XVI



EL INTERROGATORIO

Después de dos días comiendo básicamente nada, un guardia abrió la celda y me condujo a una sala, supuse que para ser interrogado.

Un tipo trajeado se encontraba frente a la mesa. El golpe seco en mis hombros del guardia que me custodiaba bastó para que tomase asiento en la silla. Sin ningún preámbulo, mi interlocutor preguntó educadamente qué hacía allí y por qué había *vuelto* a Rusia.

—La madre patria, ya sabe usted —dije, amagando un sollozo que no supe si le resultaría creíble—. Llevo años fuera, trabajando por ahí, y cuando supe que Rusia estaba en dificultades, luchando contra el fascismo de Zelenski, algo me dijo en mi interior que tenía que volver y ponerme a disposición de mi país. Solo que… solo que a mi llegada me encontré con unos compatriotas que venían como yo por patriotismo y quisimos celebrarlo. Y se nos fue de las manos. Ya sabe cómo somos los rusos. El vodka entra fácil y nos pusimos un poco… no sé explicarle. Que nos pasamos de rosca, vaya. Oh, ¡lo siento tanto! Yo no soy así, de verdad. Lo que yo quisiera es hacer todo lo posible por devolver a Rusia lo que le han robado los fascistas. Si pudiera hacer algo, ¡lo que fuera!, me pongo a su disposición. De verdad que no soy así. Haría lo que fuera, hasta postularme como probador de alimentos de nuestro presidente, en muestra de lealtad.

El tipo trajeado me miró con una ceja arqueada.

—Tiene usted un acento extraño —dijo.

Sentí un conato de pánico que no dejé traslucir.

—Normal. Llevo tantos años fuera de Rusia, a mi pesar, que ahora hablo con un deje producto de mil factores que…

—Y también habla demasiado. No hacía falta que se explayase tanto. Es como si quisiera convencerme de algo. Y le digo una cosa: no soy fácil de convencer.

Traté de que la mirada que le dirigía fuese neutra. Noté que mi frente se perlaba de sudor. Me froté contra la camisa, amagando un picor, aunque solo conseguí aliviar el calor de mis orejas. Luego compuse un gesto indiferente, esperando su siguiente reacción, que no se hizo esperar.

El hombre arrastró sobre la mesa unos documentos hacia mí. Los miré de soslayo y no quise saber qué eran. Craso error. Me habrían permitido saber la información que tenían de mí. Pero mostrarme interesado habría jugado en mi contra.

—¿Dejó usted la madre patria para irse a España hace diez años? —Inquirió arqueando ahora la otra ceja.

—Por desgracia, camarada. —Al escuchar esto, arqueó las dos a la vez —. Me enamoré de una española y, como dicen allí, pueden más dos tetas que dos carretas.

La sonrisa de circunstancias con la que rematé la frase no pareció conmoverle lo más mínimo ni le hizo la menor gracia. Podría haberme pedido que le tradujera la frase, que deliberadamente solté en español, pero no lo hizo. O la conocía o le daba completamente igual lo que significase.

—¿Y sus amigos?

—¿Amigos? Ya no tengo amigos. Los de aquí a saber dónde estarán, perdí por completo el contacto, y los de España tampoco lo son porque se han posicionado en contra de Rusia en esta crisis, por lo que he renegado de ellos.

El tipo carraspeó, hizo crujir su cuello y me miró de forma inquisitiva.

—Ya, ya. Me refiero a los que vinieron con usted antes de ayer.

—No le entiendo. Si se refiere a los que me encontré de forma casual, como ya le dije antes, insisto en que no los conocía. Ni siquiera sé cómo se llaman. Se nos fue de las manos y no podría contarle nada más, aunque me torturase.

—Sabe que tenemos maneras de hacerlo, ¿verdad?

—Seguro que sí, pero perderían el tiempo. Yo me habría quedado tranquilo en España sin venir aquí a buscar problemas, así que, ¿qué necesidad tendría de hacerlo? ¿Ganaría algo con ello? Vuelvo a repetirle que me pongo a disposición de este gran país para lo que haga falta.

—No hace falta que lo repita. Nosotros sabremos recompensar convenientemente su altruismo, en el caso de que fuera eso lo que le hubiera movido a venir. Por cierto, ¿cómo va de alergias alimentarias?

—Que yo sepa, no tengo ninguna. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Que pase usted un buen día.

—Gracias. Lo mismo le deseo.

Una de las cuestiones que me repitió el JEME en la reunión previa (y única) era que, efectivamente, tendríamos apoyo y cobertura. Que, por razones obvias, ni unos ni otros sabríamos que estábamos en el mismo bando, pero que habría frases que requerirían ciertas respuestas que nos permitirían saber que hablábamos con alguno de los nuestros, puesto que estaban repartidos por doquier. He dicho frases, pero en realidad la contraseña era única. Ante la suposición de

estar frente a un aliado, deberíamos decir algo tan simple como: «Bonito día, ¿no cree?». A lo cual, el otro debería contestar: «No solo lo creo, sino que lo afirmo».

El taxista que nos condujo a la nave, por ejemplo, no era del cotarro, porque cuando nos subimos a su vehículo y solté la pregunta, contestó con un: «¿Está usted majara o qué? ¿No ve que está nevando? ¡Bonito día, dice!». Y soltó una carcajada.

Pero no dudaba de que, una vez dentro del palacio presidencial, alguno me encontraría que respondiese como tenía que responder.

El caso es que permanecí en mi celda tantos días que llegué a pensar que estaba atrapado en una pesadilla. ¿Y si, después de todo, el destino que me tenían reservado no era el previsto? Cabía en lo posible que me dejasen morir de inanición o se entretuvieran torturándome sin más, por mera diversión. De momento, seguían trayéndome algo de comida, que más bien era una bazofia inclasificable y que solo tomaba cuando el hambre me empujaba a sufrir alucinaciones que confundía con el sueño. Empecé a hacer muescas en la pared con las uñas para contar el tiempo que llevaba allí retenido. Con los cubiertos era imposible porque al ser de plástico se doblaban al primer intento. No tenía el menor contacto con nadie, ni siquiera con los carceleros, que se limitaban a darme los comistrajos por un ventanuco, sin mediar palabra.

Al mes de mi encierro, mal contado, la puerta se abrió de golpe y un chaval muy joven, pero de gesto fiero, me dio una patada mientras dormía, conminándome a seguirle.

—Vas a tener suerte, camarada —dijo con sonrisa malvada—. Tendrás hambre, ¿verdad?

Le miré con gesto inocente, no porque lo sintiera, sino porque sabía perfectamente qué significaba la frase. Él no era consciente de que era lo que yo estaba esperando.

Tuve que aguardar un rato sentado en un largo banco corrido a la entrada del edificio, con las manos esposadas por delante, mientras dos agentes con pinta de energúmenos me miraban de soslayo y cuchicheaban entre ellos. Empezaba a entrarme el sueño de puro aburrimiento cuando trajeron a JB, la rubia despampanante, y a LM, el clon de Trotski, a los que hicieron sentarse a la suficiente distancia de mí y entre ellos como para que solo pudiéramos hablar a gritos, si es que se nos ocurría tal atrevimiento. Por el contrario, simulamos no reconocernos, aunque JB me guiñó un ojo con disimulo aprovechando una distracción de los guardias. En cuanto a LM, se percibía claramente que estaba nervioso porque no dejaba de mover el pie derecho como si le aquejase el baile de San Vito. Había algo en esos círculos que trazaba en el suelo con el tacón que parecían seguir un patrón. Y entonces me percaté, haciendo memoria de los códigos

encriptados de comunicación que tenemos los espías. Mediante una compleja secuencia parecida al morse, me informó de que él y yo íbamos a un sitio, y JB a otro. Que sorprendió una conversación en dialecto checheno que mantenía por el móvil el que lo conducía hasta allí, que a su vez era cifrada, pero que él era experto no solo en dialectos rusos, sino también en desencriptar códigos, por lo que había sido tan fácil como escucharle hablar en español. Que nuestra siguiente parada no había podido averiguarla, pero que la de la rubia parecía clara: directa a los aposentos del déspota, aprovechando que su actual mujer, Alina Kabaeva, se había largado a Suiza con sus hijos tras la invasión de Ucrania. Vamos, lo que en España sería un acoso en toda regla. Crucé los dedos para que JB pudiera reducir al tirano y evitar que la violentase de alguna manera. Creí conveniente sugerir a LM que informase a JB de su próximo destino para que estuviese preparada, pero no pude porque inmediatamente el energúmeno más alto la agarró de un brazo conminándola a levantarse y seguirle al exterior. Aún con todo, el taconeo había dado para mucho.

A nosotros todavía nos tuvieron esperando un largo rato en el que eché de menos el zapateado de LM, pero los soldados no le quitaban ojo. A mí algo menos, aunque de vez en cuando sonreían con sorna y hacían el gesto de llevarse algo a la boca y soltaban estruendosas carcajadas, seguramente pensando que no estábamos al cabo de la calle. Me habría gustado levantarme, darles una patada cariñosa en los riñones y llamarles imbéciles. Me contuve, lógicamente. Había que mostrar docilidad y buen rollo, sin pasarse. Así que el que hice de imbécil fui yo. A la segunda risotada, me reí yo también, como contagiado por su alegría. Entonces el más bajito, que frisaría el metro noventa tirando por lo bajo, se puso serio y arqueó una ceja, gesto al que yo repliqué con cara de inocencia. Y en ese juego mental andábamos cuando vino otro, le dijo algo que no pude escuchar y nos hizo levantar al gemelo de Trotski y a mí después de ponernos una venda negra en los ojos. Me costaba mantener la verticalidad, ciego como iba. A Dios gracias, me llevaban agarrado por los brazos, casi en volandas.

El trayecto duró lo que me pareció una eternidad. Ignoraba si LM viajaba en el mismo vehículo que yo porque solo se escuchaba el sonido del motor y, de vez en cuando, murmullos tamizados por algún tipo de cristal que aislaba el habitáculo del conductor y el copiloto del resto.

Por fin noté un frenazo brusco que casi me hace caer del incómodo asiento propulsándome hacia delante. Una manaza se interpuso entre mis narices y el suelo. Luego el chirrido de una puerta metálica al descorrerse y la misma manaza levantándome.

Caminé bastantes metros, ayudado por mi lazarillo, sobre un suelo

de gravilla que crujía bajo nuestros pies. El sonido me ayudó a despejarme y, si no a orientarme, al menos a tomar conciencia de que había llegado a mi destino, el que fuera.

Saludos entre mi lazarillo y alguien con voz femenina, dura y marcial, donde nos detuvimos un instante. Luego más saludos, a cada poco, un aroma a jazmín procedente de lo que supuse un jardín exuberante o más bien un ambientador porque ya no sentía tanto frío, por lo que debíamos de encontrarnos en el interior de un edificio. Nuestras pisadas sonaban ahora secas, sin rastro de piedras, pareciera que devolvían el eco de un pasillo ancho y de techos altos. Podría incluso decir que se hallaba desprovisto de cuadros y enseres, tal vez un pasadizo. Un ascensor, dos o tres pisos, no sabría precisar si ascendiendo o descendiendo, y después la sensación de pisar una moqueta gruesa. Nueva detención y dos golpes en la puerta.

XVII



DE CUERPO PRESENTE

Cuando me arrancaron la venda de los ojos, creí que la imaginación me estaba jugando una mala pasada.

El mismísimo tirano estaba frente a mí, aunque a muchos metros de distancia, parapetado tras una mesa enorme de caoba en una estancia tan amplia que podría haber cobijado toda la planta de un centro comercial.

No me invitó a sentarme, tampoco me habló. Por el contrario, aparentando no percatarse de mi presencia, continuó hablando por uno de los cuatro teléfonos que tenía delante, concretamente por el rojo. Los otros eran de color azul, blanco y verde. Finalmente, colgó y reparó —o fingió reparar— en mí, que sonreí con cara de circunstancias. Entonces me dirigió una mirada afable que, no obstante, seguía pareciendo fría y calculadora. Si tuviera que ponerle música a ese momento, sin duda sería la banda sonora de la película *Tiburón*.

Hizo un ademán con la mano para que tomase asiento al otro lado de la mesa y despidió con un movimiento de barbilla a su subalterno. Cruzó los dedos bajo el mentón, esbozó una levísima sonrisa y me preguntó por mi padre. En ese momento sentí un vahído. ¿A qué padre se refería? ¿Al biológico o al supuesto?

Consideré necesario desmayarme, y así lo hice, pero solo un poco, lo suficiente para ganar tiempo.

—Lo siento, señor —me excusé, una vez repuesto del vahído—. Llevo muchas horas de viaje y pocas de sueño. Me preguntaba usted por mi padre. ¿Lo conoce o lo conoció?

—Digamos que sí —admitió.

Mi cabeza era un torbellino. Descarté de un plumazo al descerebrado de la cucaracha, e indagué mentalmente en el pasado ficticio que había creado para mí la Agencia, sin encontrar nada que vinculase a mi supuesto padre fabulado con este tío. Se suponía que había sido agricultor y apolítico, por lo que la pregunta era, sin duda, una trampa.

—Lo siento —repetí con gesto humilde—. Creo que debe de tratarse de un error. Mi padre era un simple agricultor y nunca supe que lo hubiera conocido. De ser así, me habría sentido muy orgulloso, como lo estoy ahora de estar en su presencia. Seguramente me ha confundido con otra persona.

—Los padres nunca les cuentan todo a los hijos —dijo—. El suyo fue uno de mis colaboradores más estrechos hace unos años. Le tenía gran aprecio y sentí mucho su desgraciado accidente.

Volví a hurgar en mi memoria sin encontrar algo que me permitiese mantener una conversación lógica. Nada se decía en el dossier que se autodestruyó a los quince minutos de su lectura acerca de la supuesta vinculación emocional de mi inventado padre con el sátrapa. Me cagué en la Agencia y en la madre que la parió, amén de en mí mismo por haberme embarcado en esta aventura, que, vista de cerca, era bastante más pavorosa que sobre el papel. Tenía que salir del paso de alguna manera, por lo que tiré de mis ascendientes gallegos, torciendo además el gesto en ademán emocionado.

—Ya… el accidente. Una desgracia.

El hijo de la gran putina me miraba ahora sin pestañear ni mover un solo músculo. Probablemente esperaba que me explayase al respecto para poder pillarme en un renuncio. Tenía que decir algo o no saldría vivo de allí, así que tiré nuevamente de mis ancestros galaicos.

—Preferiría no hablar de ello. Todavía es algo que me causa una enorme tristeza.

—Lo entiendo, lo entiendo —dijo cruzando los dedos bajo el mentón—. Así que nunca le habló de nuestra amistad.

—Ya le digo que no, señor. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Me habría encantado que me hubiese contado anécdotas de ambos, ya que siempre fui un gran admirador suyo. De usted, quiero decir, aunque también de mi padre. Era muy reservado y parco en palabras, ¿sabe? Apenas conversábamos. Y supongo que prefería llevar su amistad en secreto, habida cuenta la magnitud de su figura, que, como todos los grandes hombres de la Historia, concitan envidias en torno a sí. Seguro que era una manera de protegerlo de todo eso, al menos en lo que a usted le atañiese.

Acto seguido, me mordí el labio, si bien de forma inapreciable. Me di cuenta de que, si seguía hablando, terminaría por meter la pata hasta el fondo. La cuestión era que no tenía ni idea de a dónde quería ir a parar, ni para qué me había convocado. Si sospechaba de mí, tenía agentes más que cualificados para someterme al tercer grado. Tal vez le divirtiera hacerlo por sí mismo y luego dar la orden de ejecución. Noté un sudor frío que comenzaba a perlarme la nuca, y, temiendo que este se extendiese hacia la zona visible, es decir, el careto, apreté la mandíbula con fuerza para contraer los músculos y evitarlo. No obstante, era consciente de que el más mínimo movimiento, aún imperceptible, no le pasaría desapercibido al duro ex espía del KGB, que, tras un instante de silencio en el que no dejó de escrutarme, soltó:

—Así que ha vuelto, después de diez años, a la madre patria, para… ¿tendría la amabilidad de decírmelo?

—Por supuesto —asentí con vehemencia—. Se lo repito, si es que no lo hice antes: para alistarme en el ejército o lo que haga falta. Me parece fatal la respuesta que está dando el mundo a esta crisis. Al fin y al cabo, Rusia solo intenta luchar contra el fascismo de Zelenski por el bien de toda la humanidad, y quisiera apoyar a mi país de origen contra la incomprensión mundial. A excepción de China y de Corea del Norte, claro está, que ellos sí lo entienden. En fin, me pongo a su disposición para lo que considere oportuno. Y ahora que sé que usted y mi padre eran amigos, con más gratitud todavía.

Vladimir descruzó los dedos que todavía mantenía bajo el mentón y tableteó con la mano derecha sobre la mesa, curvando sus labios en un levísimo amago de sonrisa.

Me pregunté si, después de nuestra conversación, volvería a la cárcel. Eso significaría que no se habría creído nada de lo que dije. Claro que, si me destinaba a otro lugar mejor, tampoco debería bajar la guardia porque con probabilidad se tratase de un ardid. Al mismo tiempo, medité en que resultaba inquietante que se tomase tantas molestias por indagar personalmente en las intenciones de una persona anónima que, además, había entrado en territorio ruso de forma tan anómala como montando altercados. Porque la amistad con alguien inventado como era mi supuesto progenitor ruso a estas alturas resultaba evidente que no existía, como no existía este. Inspiré aire profundamente, a la espera de su próximo movimiento. Yo era un simple peón de ajedrez, y él, la reina del tablero. No el rey, que tiene menos poder y menor capacidad de movimientos. La reina lo puede todo. Putin era la reina. El puto amo.

Pulsó un botón oculto bajo la mesa, y al instante apareció el mismo subalterno que me había conducido hasta él hacía una hora escasa. No pude descifrar el código de gestos que se cruzaron, sin mediar palabra alguna, pero sí percibir que ahora, su ayudante o lo que fuera, me invitaba a seguirle con más educación y suavidad que a mi llegada.

—Volveremos a vernos —dijo Vladimirovich por toda despedida.

—Eso espero, señor —correspondí, haciendo una breve inclinación de cabeza.

XVIII



UNA PROPUESTA
QUE NO PODRÍA RECHAZAR

Nada más traspasar la puerta, volvieron a colocarme una venda negra sobre los ojos y vuelta a desandar el camino, en el supuesto de que me devolviesen a la cárcel de la que me habían sacado.

El trayecto se me antojó más corto, y de hecho lo fue. Calculé unos treinta minutos, cuando a la ida me habían parecido horas. Al bajar del vehículo me quitaron el apósito ocular, lo cual me permitió vislumbrar el contorno de un edificio militar, no una prisión.

El capitán Ivanov me recibió en la puerta, presentándose por tal nombre y grado y haciendo el saludo marcial. Lo seguí hasta una dependencia de grandes dimensiones, poblada de equipos informáticos y una mesa redonda en el centro. Me hizo sentar en uno de los extremos. Minutos después, apareció en el umbral de la misma un militar de alta graduación, a juzgar por los galones que lucía. Algunos me resultaban familiares, otros no tanto. Instintivamente, me levanté y saludé con dos dedos en la frente. Me instó a sentarme de nuevo y tomó asiento enfrente. No se anduvo con rodeos ni prolegómenos, tan solo se presentó como general Petrov.

—Por expreso deseo de nuestro presidente, y vistas sus credenciales, le proponemos unirse a nosotros en esta lucha contra el imperialismo occidental en calidad de agente del Servicio de Inteligencia Exterior. Su misión consistirá en hacer de enlace con el gobierno de España, dado que conserva la doble nacionalidad, y transmitirnos cualesquiera mensajes que puedan sernos de utilidad por conducto del resto de Europa e, incluso, de Estados Unidos.

Lo miré con gratitud, pensando como pensaba momentos antes que iban a darme pasaporte al otro barrio. Me incorporé y, con ojos que traslucían una emoción que parecía sincera, me cuadré hasta el punto de notar un crujido en mi espina dorsal.

—¡Señor, sí, señor! —Exclamé—. Daré mi vida por esta encomienda, si fuera preciso.

El general Petrov frunció el entrecejo, molesto por mi vehemencia.

—Desde este momento es considerado agente de los Servicios de Inteligencia Exterior de Rusia. Mañana recibirá instrucciones.

Tras decir esto, salió, y el capitán Ivanov me invitó a seguirle hasta la que iba a ser mi habitación, que era relativamente cómoda. No había televisión ni ordenador, pero disponía de una cama confortable

y cuarto de baño anexo. Todo un lujo, considerando mi anterior cubil.

Se me informó de que la cena se serviría en media hora, por lo que pocos minutos antes me encaminé al comedor, sin que nadie me parase por los pasillos.

Me parecía un sueño eso de moverme con total libertad por el edificio. Aún así, no quise tentar a la suerte y dirigí mis pasos a donde me habían indicado: una sala en la que había una mesa larga con cubiertos como para cuarenta comensales, ninguno de los cuales se hallaba todavía presente.

Tomé asiento en medio de un silencio sepulcral que, minutos después, se vio invadido por un montón de chavales, puesto que no eran más que muchachos imberbes casi en la recta final de la adolescencia, que soltaban risotadas y se gastaban bromas, como correspondía a su edad. Hasta que repararon en mí y me miraron como si fuera un elefante que se hubiera escapado de un zoo, tan extraña les parecía mi presencia allí. Pronto me rodearon, tomando sus sitios en la mesa corrida, creí intuir que no de forma arbitraria, sino en los que tenían asignados. El de mi izquierda me dio un codazo ostensible al sentarse, en un afán de provocación que no secundé. Por el contrario, y esbozando una amplia sonrisa, me dirigí a todos con la consabida pregunta:

—Bonito día, ¿no creen?

Los soldados se miraron entre sí y luego restalló en la estancia una carcajada general. Pero el que tenía enfrente, un chico de poco más de veinte años, con el pelo cortado al uno y una pequeña cicatriz que le recorría la mandíbula, respondió:

—No solo lo creo, sino que lo afirmo.

Los demás le dieron palmadas en la espalda, choteándose de él. Nos miramos unos instantes, los suficientes como para saber que estábamos en el mismo bando.

Cuando, terminada la cena, la mayoría se dirigió a jugar una partida de billar a la sala adyacente, busqué la manera de acercarme sin que pareciera premeditado.

—¿Tu nombre en clave?

—Fiodor. Y tú eres RJ. Ojo con estos, que están muy trastornados. Cualquiera de ellos te vendería al mejor postor. No te fíes de nadie.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Lo ignoro. Pero, insisto, no te fíes de nadie.

—¿Ni siquiera de ti?

—De mí, sí —respondió con gesto ofendido.

—¿Qué hay de JB?

—En el entorno cercano de Vladimirovich. Ella es la que tiene más posibilidades de hacerlo. ¿Dónde lo ocultas?

Me llevé la mano al oído derecho.

—Mal sitio. No sé cómo todavía no lo han descubierto. Dámelo. Será mejor para ti. Si falla JB, te facilitaremos el material.

Dudé. Había conseguido pasar controles aduaneros y policiales sin problemas. Sabía que el minúsculo hisopo con los dos compartimentos estancos estaba a buen recaudo en mi pabellón auditivo. Si se lo diera a este supuesto contacto, me quedaría sin recursos. Aún así, confié en él porque no me quedaba otro remedio. No hacerlo habría provocado su desconfianza, algo que no estaba en situación de suscitar. Hurgué en mi oreja y saqué el pequeño adminículo. Lo cogió con disimulo y, simulando lanzar un cigarro a la papelera, lo depositó con buen tino en ella. Luego me guiñó un ojo.

—Vladimir no conoció a *tu padre,* por la sencilla razón de que tu padre no existió realmente. Si te muestra alguna fotografía, niega que sea él porque solo será una artimaña. Pero, por alguna razón, parece confiar en ti. Aprovecha esa circunstancia y dile que no cuando lo creas conveniente. El tío es muy listo, pero supongo que tendrá algún punto débil.

—Ya, pero lo que yo quiero es meterle el polonio y tú acabas de quitármelo.

—Por tu propia seguridad.

Meneé la cabeza con incredulidad justo cuando dos soldados nos retaban a la partida de billar. Siempre fui bueno en ese arte, y después de vencerlos quedé convencido. Y ellos agraviados, por lo que hube de prometerles que les concedería la revancha tan pronto fuera posible

El día siguiente fue más entretenido. Ejercicios en el patio, comida, descanso, siesta, cena y partida de billar en el bar de oficiales.

Mi amigo no estaba, lo cual me produjo mal rollo y cierto recelo. Me senté a comer, y, después de mirar a los que tenía al lado y enfrente, consideré que hacer *la pregunta* otra vez sería absurdo. Aún así, al levantarme para aceptar la revancha de la víspera y comentar que el día era estupendo, alguien respondió que lo era. Miré con una ceja arqueada a quien tal cosa había dicho, dudando que lo que escuchaba fuera lo pretendido. Su mirada taladradora me convenció.

—No me preguntes porque nada tengo que decirte —susurró—. Solo me han llegado noticias de que te han reclutado para el Servicio de Inteligencia. Pero eso ya lo sabes. De todas formas, desconfía. Puede que, en realidad, no sea así y solo estén soltando sedal a ver si picas.

Sus palabras me confundieron por completo.

—¿Pero qué sentido tendría eso? ¿Por qué tomarse tantas molestias por un tío anónimo como yo? ¿Acaso *él* lo supervisa todo hasta ese

punto?

—Hasta mucho más allá de lo que imaginas. Lo más probable es que haya saltado una alerta a tu llegada y sepan más de tu vida real de lo que supones. Por eso te digo que has de tener mucho cuidado. Estamos intentando coordinar el operativo, pero no va a ser fácil. El control es brutal. Hay agentes detrás de cada esquina. Todos estamos sometidos a vigilancia. Aunque ahora pienses que gozas de libertad relativa aquí, no bajes la guardia porque es solo lo que quieren que pienses.

Luego, al percibir que algunos de los presentes nos observaban conversar, aunque sin escucharnos, soltó una carcajada, palmeándome la espalda al tiempo que me tendía un palo y la tiza.

—Tú primero —dijo—. Si eres capaz de meter la roja primero, me comprometo a convidar a una ronda a estos camaradas.

Metí la roja, la azul y todas las demás, por riguroso orden de reto. Al embocar la negra, hubo aplausos de admiración y respeto. Hube de reconocer que tenían buen perder.

Después de las rondas a las que nos invitó el que luego supe se llamaba Alexey (no sé si nombre real o en clave, pero por el que todos lo nombraban), acabamos un poco beodos, cantando temas del más rancio patriotismo ruso. Yo movía los labios con entusiasmo, sin conocer las letras, aparentándolo tan solo.

Dormí a pierna suelta hasta bien entrada la mañana, sin que nadie me despertase a cajas destempladas. Me había saltado el desayuno, pero no quería perderme la comida, no solo por el hambre que me atenazaba el estómago, sino porque quería ver a Fiodor o Alexey y pedirle al primero que encontrase que me consiguiera una copia del currículum que supuestamente era el mío y que hice mal en leer por encima y luego destruir sin haber reparado en todos los detalles con más ánimo exhaustivo.

Ni rastro de ninguno de los dos en el almuerzo. Tras coger la bandeja metálica donde pedí me sirvieran todo lo que había en el expositor y deglutirlo en una mesa con compañeros ruidosos que, afortunadamente, me prestaron poca atención, comencé a hiperventilar. Esto se me estaba yendo de las manos a pasos agigantados. Me habría dado de cabezazos contra la pared por suponer que sería más fácil. Y lo que resultaba evidente era que estaba igualmente retenido, bajo una apariencia de falsa libertad. Claro que para tener la certeza tendría que intentar algo.

Tras una breve siesta, me dirigí a la salida, no sin perderme por los pasillos un buen número de veces. Le pedí un cigarro al soldado de guardia que se encontraba en la puerta. Me lo tendió, e incluso me dio fuego. Eso sí, cuando pretendía salir fuera para respirar aire puro, me detuvo con una manaza en mi tórax en ademán de prohibición.

—Hasta aquí nada más —dijo con los labios fruncidos—. La noche puede resultar peligrosa.

—Cierto —convine—. Solo que todavía es de día. Por cierto, bonito día, ¿no cree?

—No solo lo creo, sino que lo afirmo—respondió; y luego, bajando la cabeza para susurrarme al oído—: No tengas prisa. Todo va a salir según lo planeado. En unos días serás conducido a la base secreta junto a la frontera con Ucrania. Te someterán a diversas pruebas para comprobar que eres fiable. Tú mantente firme. Y aquí tienes la información que destruiste. No vuelvas a hacerlo sin leerla bien.

Cogí el legajo que deslizó en mi mano el contacto, aspiré la última bocanada de humo y me despedí con aire marcial para dirigirme a mi cuarto.

Una vez allí, releí pormenorizadamente mi supuesto currículum. En realidad, era tan breve que podría inventarme toda una historia alrededor. Nací en Uglich, a unos trescientos kilómetros de Moscú. Mi padre fabulado era un agricultor afecto al gobierno. Falleció de un infarto fulminante cuando se dirigía a coger el tractor una mañana para sembrar el campo, y el vehículo quedó sin control a consecuencia de ello, estampándose contra el muro delimitador de la finca.

«De ahí lo del accidente», pensé. Algo de lo que tirar si volvía a tener la ocasión de encontrarme con el presidente. Pero, pensándolo bien, si el tirano conocía mi falsa biografía era porque de alguna manera había sido interceptada antes de nuestro primer encuentro. O también cabía en lo posible que sus servicios secretos la hubieran localizado buceando en internet. Quise pensar que sería esto. Lo otro podría tener fatales consecuencias para mí y mis compañeros.

Seguí leyendo. El hijo de mi padre, o sea, yo, cuando finalizó la escolarización obligatoria, fue enviado a España para continuar allí su educación, en casa de unos familiares lejanos del padre, terminando la carrera de química con buenas notas.

Eso era todo. Pero era bastante. Así que era químico, aunque todo lo que conociera de esa ciencia eran los efectos que podría producir el polonio suministrado a una persona.

Rompí en mil pedazos las hojas y las arrojé al váter. Luego oriné y tiré de la cadena. No descarté que ese pirado obligase a sus esbirros a revisar incluso lo que iba a desaguar a las alcantarillas, tan paranoico era, pero me arriesgué. Sería demasiado incluso para el más desconfiado de los mortales.

Al día siguiente tuve una información espeluznante, que me llegó por mediación de Fiodor, quien a su vez se valió de un soldado raso para transmitírmela: el sátrapa estaba tan enloquecido por su fracaso en la guerra contra Ucrania, que valoraba lanzar misiles contra toda Europa y provocar con ello que se desatase la III Guerra Mundial. Por

supuesto, el soldado no tenía la menor idea de lo que contenía la nota encriptada. Se limitó a dármela en mano, saludar con aire marcial y retirarse. Esa era una información que ya conocía antes de entrar en Rusia, pero por algún motivo todavía era solo una amenaza, algo no tan inminente como creíamos. ¿Había soltado sedal para ver si Europa y Estados Unidos reconsideraban su postura, y, al comprobar que no, estaba dispuesto a llevarlo a término? Solo pensarlo me puso el vello de punta. Era un psicópata, ¿pero tanto como para arriesgar su propia seguridad? Porque por más refugios seguros que tuviese donde poder subsistir largo tiempo, incluso varios años, llegaría un momento en el que tendría que salir, y, cuando lo hiciera, comprobaría que la Tierra se había reducido a un montón de escombros radiactivos. Loco sí, ¿pero tanto?

XIX



EL EQUIPO K

Escuché unos golpes en la puerta de mi cuarto justo cuando empezaba a entrar en la fase de sueño REM. El desagradable sonido me sacó abruptamente del sopor, y al principio no supe discernir si todavía me encontraba en Madrid con Blasa y Cristina, pues mi fantasía onírica salía por donde quería y traía remembranzas de un pasado que ya no volvería o que, cuando menos, se me antojaba harto improbable. Me incorporé con brusquedad en el lecho, sacudí la cabeza y, percatándome de mi ubicación, no sin esfuerzo, grité a quien quiera que fuese que entrase.

Era el capitán Ivanov, que, tras cuadrarse, aunque siendo yo inferior en rango no habría necesidad alguna de hacerlo, me conminó a vestirme y seguirle. A mi pregunta de «a dónde», respondió con un gesto imperioso para que me apresurase. O sea, que no tenía la menor intención de informarme al respecto. Añadió que esperaría fuera.

En cinco minutos estaba listo, un poco zombi todavía y molesto por la interrupción cuando más a gusto me hallaba, lejos de este sinsentido.

Visto que Ivanov seguía sin hablar, desistí de darle charla y caminé tras él por esos laberínticos pasillos, suponiendo que saldríamos de la base y que volverían a taparme los ojos con una venda negra para que no pudiese recordar itinerario alguno. No me equivoqué. Tan pronto como percibí el frío helador en mi rostro, al menos el que quedaba fuera del antifaz, supe que habíamos salido al exterior. El aire se hizo más intenso, y un sonido de hélices me hizo sospechar que el resto del trayecto sería en helicóptero.

Calculé mentalmente el tiempo transcurrido desde el despegue. Una hora, poco más o menos. El aterrizaje fue suave, y, si mis sentidos no me engañaban, lo hizo en una azotea.

Me asistieron dos personas para bajar de un salto de la aeronave, que, después de unos cientos de metros a pie por el interior de un edificio, me despojaron del antifaz. Estábamos nuevamente en el palacio presidencial. La sorpresa llegó cuando, al verme liberado del apósito que me procuraba la ceguera temporal, vi a LM, el clon de Trotski, y a MG, la mujer altísima que parecía jugadora de baloncesto. Nos miramos por el rabillo del ojo, sin dar muestras de reconocernos. Esto era muy, pero que muy raro. Demasiada coincidencia que nos reuniesen a los tres. Claro que si estuviésemos todos sería aún más

extraño. De JB, la rubia despampanante, ya tenía noticias, no así de ZP, la mujer híbrida. No sabía qué pensar. Pero mucho menos aún cuando nos condujeron a una sala, sobria en su conjunto, y nos pidieron que tomásemos asiento. Allí nos dejaron solos. MG iba a abrir la boca cuando arqueé las cejas disimuladamente para rogarle silencio. Era más que probable que nos vigilasen con cámaras ocultas. Captó la señal y se dio por enterada. En cuanto a LM, se mordió el labio de forma apenas perceptible y me miró de refilón.

Puede que estuviéramos en esa sala más de media hora, durante la cual nadie pronunció palabra alguna. Tal vez también nuestro silencio les hiciera sospechar a los otros, pero no había manera de saberlo, así que, ante la duda, lo mejor sería no hacer ni decir nada. Nos limitamos a carraspear, toser, bostezar y mirar al techo o las paredes. En ese rato de *impass*, decidí que, a partir de ese momento, a LM lo llamaría simplemente Trotski, y a MG, Brienne de Tarth, por su increíble parecido con la guerrera de *Juego de tronos*, o, abreviando, Brienne. Algo absurdo porque, desde luego, Brienne era mucho más largo que MG, pero para mí, harto ya de siglas impersonales, los convertían a ambos en seres de carne y hueso.

Finalmente, entró el general Petrov, que, sin más preámbulos que un levísimo arqueo de cejas, se dirigió a nosotros con una única frase.

—Ustedes tres van a formar parte del grupo Korsakov, un cuerpo de élite que será la punta de lanza de esta ofensiva. ¿Alguna pregunta?

Me quedé tan atónito que levanté la mano como si fuese un alumno en clase. Lo cierto era que quería ganar tiempo, ya que no me imaginaba a Trotski en un cuerpo a cuerpo a muerte. ¡No éramos mercenarios ni soldados curtidos! Y si él era uno de los elegidos, esto tenía que ser una táctica psicológica o algo parecido.

—Sí, yo tengo una pregunta —dije—. ¿En qué va a consistir nuestra misión? Porque, y no quiero ser descortés, pero aquí este hombre —señalé a Trotski— no parece precisamente preparado para combatir en el frente. No por nada, pero es que no tiene ni media hostia —remaché haciéndome el gracioso, aunque a Petrov no le arrancó la más mínima sonrisa.

—No todo es la lucha personal —respondió el general—. La inteligencia es primordial, y en ese campo es donde él podrá ser valioso.

—Ah, vale —dije, asintiendo con cara de imbécil. Luego, señalando a Brienne, añadí—: ¿Y ella?

—Ella tiene una envergadura física que ya quisieran muchos hombres —respondió Petrov—. Por eso también se le escogió a usted: por su complexión, y no por otra cosa.

—Vaya —protesté, amoscado y un poco decepcionado—. Creía que hacía falta algo más que músculo para ganar una guerra.

Petrov se giró hacia mí y esbozó una sonrisa fría e irónica que dejó ver parte de su dentadura.

—A ver si se aclara, muchacho —dijo—. Su compañero no le parece digno de la misión por enclenque, pero tampoco le satisface que le hayamos elegido a usted por ser fornido. ¿En qué quedamos?

Torcí el morro de forma instintiva. El general me había pillado en un renuncio y ahora no sabía cómo salir del paso. En lo único en lo que podía pensar era en que todo el plan se había ido a la mierda. Ya nos podíamos despedir de darle pasaporte mediante el polonio al miserable que estaba orquestando tamaño disparate. A lo mejor se le podría dar un empujoncito para que cayese por sus propios medios por una escalera o ventana, pero iba a resultar difícil porque veía imposible que pudiésemos coincidir nuevamente con él, o, al menos, yo.

De repente, tuve una epifanía, justo cuando Petrov ya salía por la puerta.

—Aguarde, general. Tengo que ver al presidente. En nuestra última conversación dejamos algo pendiente. ¿Cree que sería posible concertarme una cita con él?

La respuesta de Petrov fue una carcajada que todavía resonaba cuando se marchó de la sala.

Trotski y Brienne me miraron sin comprender. Fruncí el labio y no dije ni mu. Tampoco hubo tiempo para más porque, casi de inmediato, un par de oficiales vinieron a buscarnos, nos encapucharon de nuevo y condujeron al helicóptero. Lo supe por el inconfundible sonido de las hélices. Así que nos habían traído hasta aquí para nada, solo para darnos la noticia, lo cual podrían haber hecho en cualquier otro sitio. ¿Por qué en el palacio presidencial? Sin duda, para confundirnos. O porque el tirano estaba al tanto, viéndonos con cámara oculta desde allí mismo, buscando por dónde pillarnos, como buen ex agente del KGB que ve espías como él mismo por todas partes.

A punto de subir al autogiro, alguien vino corriendo, cuchicheó algo al que me tenía sujeto por el brazo y de nuevo desanduve el camino de regreso al edificio. Vuelta a quitarme el apósito al llegar a las puertas del ya conocido despacho del presidente, dos taconeos, dos golpes pidiendo permiso para entrar y allí me vi otra vez.

Vladimir Vladimirovich me recibió con una sonrisa de medio lado mientras vertía té de un exquisito samovar de plata en una no menos exquisita taza de porcelana. Hizo un gesto con la mano para que me acercase, algo que no me había atrevido a hacer hasta el momento. Me detuve ante la mesa. Él dio un sorbo al té, lo paladeó, cerró los ojos apreciativamente y me instó a tomar asiento. Me ofreció. No supe si aceptar. Finalmente lo hice y extendió otro servicio hacia mí, deslizándolo sobre la mesa como si fuera una ficha de dominó.

—Magnífico —dije tras haberme mojado los labios simplemente, por si acaso estuviera bendecido con algún tipo de veneno, y esperé a que hablase.

—¿Qué quería decirme?

—Oh, siento haber parecido ansioso —me excusé—. En realidad, era una tontería. Pero es que después de nuestra última conversación, recordé algo que me dijo. Lo del accidente, quiero decir. En ese momento, no fui capaz, pero, después de hacer memoria, y gracias a nuestra charla, rememoré la muerte de mi padre. Yo era muy niño y el suceso me dejó tan trastornado que puede decirse que mi subconsciente bloqueó el recuerdo. Pero después de aquella charla la imagen que tanto me impactó volvió a mi mente: sufrió un infarto fulminante conduciendo un tractor que se estampó contra un muro. Quería agradecerle el haberme permitido recordar. Aunque para usted carezca de importancia, para mí sí la tiene, porque es como si ese periodo de mi vida se hubiera borrado y ahora lo hubiera recuperado. De verdad que siento mucho el tiempo que le estoy haciendo perder simplemente por querer contárselo.

—¿Le gusta la caza?—Inquirió Vladimirovich como si no hubiera escuchado mis palabras.

La caza no me gustaba en absoluto. Nunca la había practicado ni me atraía en modo alguno. Tampoco sabía con qué motivo me lo preguntaba ni cuál sería la respuesta más adecuada. Opté por la más ambigua.

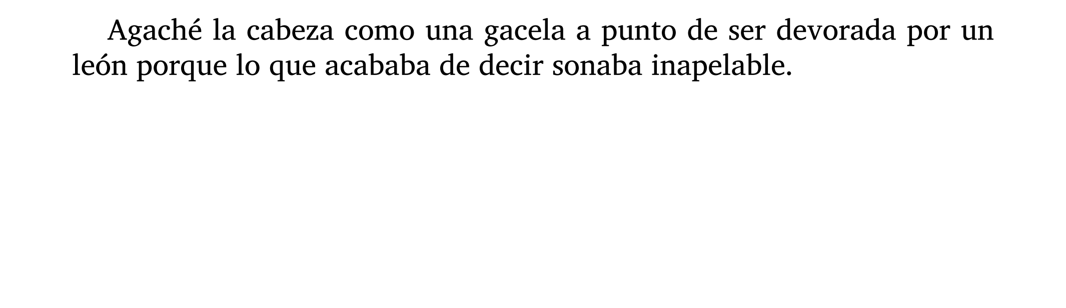
—Jamás la he practicado, así que lo ignoro.

—Entonces, salvo que sea uno de esos ecologistas rancios, puede que disfrute acompañándome a cazar osos a Siberia.

Solo pensar en ir a un lugar con temperaturas que podrían rondar los cincuenta grados bajo cero, y encima tener que disparar a animales por mero deporte, me revolvió el estómago, que seguramente era lo que él estaba esperando, pero mantuve la compostura con gesto hierático. Cuando llegase el momento, ya buscaría la manera de escaquearme.

—Gracias. Sería un honor para mí poder acompañarle —mentí con vehemencia, tragándome la bilis que me venía a la boca del esófago. Una cosa era darle escarmiento a un ser indeseable, y otra, matar por placer. Luego añadí, acompañando a mis palabras un gesto de pesadumbre: —El problema es que el general Petrov acaba de anunciarme que debo partir para unirme al equipo Korsakov, si bien ignoro con qué destino, por lo que tal vez no pueda participar de tan grata propuesta.

—Eso no será ningún problema —dijo—. Como supondrá, yo tengo la máxima capacidad de decisión, y si yo digo que usted viene, usted viene.



Agaché la cabeza como una gacela a punto de ser devorada por un león porque lo que acababa de decir sonaba inapelable.

XX



A SIBERIA

El refugio de alta montaña de Vladimir se asemejaba mucho a lo que tenía entendido había sido *El nido del áquila* de Hitler, solo que en este caso era una atalaya en los Alpes Bávaros, y el del hijo de la gran putina se situaba en algún punto indeterminado entre Yakutia y el Estrecho de Bering, en las tierras altas de la Siberia oriental. En cualquier caso, igualmente asombroso. Contra todo pronóstico, conmigo viajaron también Trotski y Brienne. Sospeché que, para él, seríamos algo así como el núcleo duro y por eso quería tenernos a su vera, estrechamente vigilados. Lo cual me conducía a la siguiente hipótesis: éramos sospechosos y le producía un placer insano seguir tensando la cuerda mientras jugaba con nosotros al ratón y al gato. Pero no éramos tontos y lo sabíamos, por lo que estábamos alerta. Me alegré de no estar solo. Anhelaba tener una forma de comunicación segura con mis compañeros para poder comentar todo esto y buscar la manera de llevar a término nuestra misión, pero por el momento no sería posible. Tal vez al aire libre, cuando saliéramos de caza.

Una vez llegamos, Vladimirovich se comportó como un perfecto anfitrión y consintió en que nos quitasen las vendas de los ojos para ofrecernos a continuación su mejor vodka, que él mismo nos sirvió del mueble-bar. Se giró hacia la cristalera, desde donde se divisaba un valle circundado de montañas nevadas, y quedó por unos instantes hipnotizado por la visión, encerrado en sí mismo.

Mientras se encontraba subyugado por su propia percepción del entorno, aproveché para comunicarme por señas con mis camaradas. La mímica era rudimentaria, y las respuestas más aún, pero pude inferir de todo ello que habría que hacer algo en esta ocasión que se nos presentaba de forma quizás no tan espontánea. Lo que saqué en claro fue que tendríamos nuestra oportunidad, de una manera o de otra. «Cuando salgamos de caza», me repetí una vez más. Con disimulo, llevándome el índice a la sien derecha, simulé masajearla como si me aquejase un dolor de cabeza intenso. Un leve cruce de miradas con Trotski y Brienne me hicieron saber que la sincronía de pensamientos era perfecta.

Vladimirovich quiso saber si el vodka era de nuestro agrado, a lo que nosotros, momentáneamente magnetizados por la corriente de sinergia, contestamos atropelladamente que sí, que era sensacional, el mejor que habíamos probado nunca. Entonces nos miró fijamente, de

forma alternativa y exasperante que iba de uno a otro y al otro, y luego en sentido inverso, y así varias veces, hasta el punto de que si yo, por ejemplo, me hubiera encontrado en otra situación menos comprometida, le habría metido una hostia que le habría dejado tirado en el suelo, por irritante. Pero no era ese el momento propicio, por lo que adopté la típica pose de espera con gesto estoico. Si la paciencia de alguno de los presentes tenía que colmarse, desde luego no iba a ser la mía. Sería la suya, que parecía empezar a entrar en ebullición. Sin embargo, tal vez por su duro entrenamiento en el KGB, el inicio de enrojecimiento facial fue cediendo para dar paso gradual a la habitual palidez. Paralelamente pareció apaciguarse también. No así nosotros, que habíamos percibido con claridad cuán cabreado estaba. Nos ofreció otro trago, que ninguno rehusó. ¡Quién habría osado atreverse! Además, qué caramba, estaba de puta madre. Y ya, con el valor calentándome la garganta, alcé mi vaso para hacer un brindis por la victoria de Rusia.

Trotski y Brienne, con los rostros congestionados por los efectos del divino elixir, me secundaron al mismo grito. Brienne, incluso, tuvo la desfachatez de guiñarle un ojo al autócrata, y, aprovechando que estaba cerca de él, chocar un hombro contra el suyo. Entonces, como si se hubiera desatado un resorte en su cerebro, respondió de la misma manera: se puso en pie con el vaso en la mano y comenzó a cantar canciones rusas que solo conocía él pero que coreamos con mucho entusiasmo. A eso le siguieron varias rondas más. Había que ser muy ruso para aguantar tanto vodka a palo seco, pero después de la sesión de karaoke sin base instrumental, Vladimirovich no estaba mucho mejor que nosotros. De hecho, empezó a hablar con la lengua gorda y a contarnos lo mucho que había sufrido de pequeño a causa de la pobreza de su familia y cómo se había empezado a postular como espía precisamente para salir de esa situación y mejorar en la vida. Que primero había empezado por delatar a sus vecinos, después continuó como enlace con la Stasi y luego fue subiendo peldaños hasta llegar a donde estaba. Aunque nos parecía deleznable lo que él relataba presa de la autocompasión, le dimos palmaditas en la espalda para animarle, puesto que empezó a llorar con mucho desconsuelo. Por un momento sentí lástima de él y vi cierto paralelismo entre su vida y la mía, pero quise creer que yo nunca podría liquidar a personas anónimas, solo a seres concretos dañinos. Aún así, quedé por un momento pensativo. Puede que no fuéramos tan diferentes. Tal vez éramos muy parecidos, solo que él tenía una visión más generalista del mal. Meneé la cabeza para ahuyentar tales pensamientos. Lo último que quería era empatizar con aquel a quien tenía que quitar de en medio. No, el Mal era él, y no debería permitirme ni por un momento comprenderlo. Entender se pueden entender muchas cosas,

pero eso no significa que estés de acuerdo. Puedes intuir los derroteros por los que deriva una mente malvada y ambiciosa, pero eso no implica que sientas simpatía. ¿Qué mal podría haberle hecho un niño ucraniano que moría en un bombardeo porque este tío hubiera decidido reunificar la antigua Unión Soviética y llevarse por delante a civiles? De repente, tanto a causa de mis reflexiones como del puñetero vodka, me entraron ganas de vomitar. Quise levantarme para echarlo fuera pero no me dio tiempo. Dejé la alfombra que tenía más cerca hecha una auténtica mierda. Le miré con temor, pero ni se había dado cuenta: todavía lloraba en el hombro de Brienne a moco tendido. Así que disimulé como pude y, aliviado por la pota, me serví otro chupito, animando a los demás a secundarme para que no decayera la fiesta. Solo Trotski, que estaba un poco al margen de la escena, lo hizo. Chocó su vaso contra el mío y silabeó que, si la cosa seguía así, lo conseguiríamos porque el tío era más vulnerable de lo que parecía, y que solo teníamos que llevarle a nuestro terreno para seguir ganándonoslo a fuerza de camaradería, algo de lo que estaba muy falto porque no tenía verdaderos amigos, salvo algún magnate tan mangante como él. Y como ninguno de ellos estaban por aquí, que supiéramos, teníamos que aprovecharnos de que había bajado la guardia y mostraba su lado humano, aunque este no fuera el del arrepentimiento precisamente, sino el de la autoconmiseración.

XXI



LA CAZA

Me desperté a la mañana siguiente con una resaca monumental como no recordaba haber padecido en años, tal vez nunca de tal calibre. La cabeza me martilleaba como si mil lanzas me taladrasen las sienes. Tan pronto fui capaz de incorporarme, vi que estábamos todos tirados de cualquier manera en el suelo. Vladimirovich roncaba como un rinoceronte, haciéndole la cucharita a Brienne. Así que se había llevado a la rubia despampanante a sus aposentos y ahora resultaba que la mujer altísima le ponía más porque le sacaría, como poco, dos cabezas de altura. De todos es sabido que a los chiquitines de talla les ponen los mujerones. Trotski se desperezó poco después que yo, y se me acercó, manteniendo cierta distancia. No habló, solo se comunicó conmigo por mímica que significaba que era «ahora o nunca». Le dije que no, que no podía ser en este momento porque, aunque pareciera fácil y cómodo estrangularle, por ejemplo, en menos de cinco segundos tendríamos encima a todo un regimiento preparado para darnos el pasaporte, y tampoco era cuestión de inmolarse como si nuestra vida nos importase un comino. Tendría que parecer un accidente, le transmití en el mismo lenguaje de signos. Bufó por toda respuesta. Era impaciente por naturaleza, aunque pareciera un tío plácido e imperturbable.

Toqué en el hombro al prohombre, conminándole a levantarse con dignidad para que su gente no pensase que había perdido los papeles. Al principio se mostró desorientado. Luego, echando una mirada en derredor, se incorporó a duras penas y me guiñó un ojo con una mirada que podría considerarse agradecida. Si sospechaba de nosotros y, habida cuenta su estado calamitoso, no habíamos atentado contra él, quizás no seríamos unos infiltrados como en principio nos había catalogado. Salió de la estancia dando tumbos, no sin antes volverse y guiñarme un ojo de nuevo con complicidad. Estaba claro que su resaca era pareja a la nuestra.

Una vez a solas, cacheteé a Brienne, que estaba grogui, para despertarla. Abrió los ojos con estupefacción y estuvo a punto de devolverme las bofetadas, pero luego fue consciente de la situación. Trotski, que parecía encontrarse mejor que nosotros, nos miraba con gesto filosófico sentado en el sillón del presidente.

—Levántate de ahí, hombre, que te va a caer un paquete —le dije—. ¿En qué coño estás pensando?

—¿Realmente quieres saber en lo que estoy pensando?

—No, mejor no me lo digas. Venga, arriba todos. Hoy se supone que toca jornada de caza, y no se puede defraudar al líder, ¿verdad?

Apenas dije esto, se abrió la puerta y un soldado nos invitó a seguirle para tomar un almuerzo ligero antes de salir de montería. Volví a notar como se me revolvía el mondongo, producto no solo del asunto de la caza, sino también de haber bebido tanto sin ingerir nada sólido la noche anterior.

Nos condujo a un comedor situado en el ala opuesta, para lo cual tuvimos que recorrer un centenar de metros. Una vez allí, vimos que Vladimirovich estaba ya sentado en el extremo más alejado de la larguísima mesa, dando buena cuenta del desayuno tardío, como si hubiese acabado de levantarse tras una plácida noche de sueño.

Ni en mis cuentos de niño hubiese imaginado que podría haber tantos manjares dispuestos en una sola mesa para tan pocos comensales. Habríamos podido tardar semanas en dar buena cuenta de todos ellos. Aún así, y pese a los rugidos de mi estómago molesto por el hambre, no creía poder ingerir mucho porque me subía una acidez a la garganta que temía me hiciera regurgitar lo que me llevase a la boca. Sin embargo, era todo tan apetecible que me lo tomé como un reto, y así, poco a poco, principiando con un té y siguiendo con unos huevos revueltos, me atreví con un *sírniki*, y, cuando quise darme cuenta, me encontraba mejor que bien. Sobre la mesa había botellas de vodka. El anfitrión hizo un gesto travieso señalándolas y mirándonos a todos, pero del primero al último rehusamos con una sonrisa. Él, sin embargo, como para demostrarnos su tolerancia al alcohol, que a estas alturas ya debería saber que sabíamos que no era infinita, cogió una de las botellas y se sirvió generosamente un vaso que bebió de un trago. Así, como aperitivo antes de desayunar, como si fuera agua. Los tres alzamos el pulgar para reconocer su hombría, pero que en realidad quería decir, entre nosotros, que lo teníamos más a nuestra merced, si persistía en su estúpida demostración de aguante.

Apenas un rato después, el presidente que quería ser mundial se levantó de la mesa, soltó un discreto eructo del que aparentamos no percatarnos por si se mosqueaba, y, sin apenas tambalearse, salió. A continuación, un subalterno nos indicó que lo siguiéramos a la armería para proveernos de armas y ropa adecuada para la excursión.

Salimos de allí pertrechados con ropa de camuflaje, botas y gorros de piel para el frío y un buen número de armas de alto calibre, como si fuésemos a la guerra, lo que, en verdad, no distaba mucho de nuestro cometido. Pesaban mucho los diferentes rifles y escopetas que portábamos, así como la munición. De los que yo cogí a discreción, apenas conocía el funcionamiento de algunos.

Subimos a un todoterreno preparado para rodar por el hielo y la

nieve que, tras un corto trayecto, se detuvo junto a una arboleda frente a la cual se divisaba una amplia zona diáfana en forma de círculo.

Además del líder mundial y nosotros tres, la comitiva rondaría las treinta personas, algunas de ellas mujeres con las que no querría medir mis puños a juzgar por sus gestos adustos y beligerantes. La agresividad que mostraban sus semblantes haría palidecer de miedo hasta al mismísimo Gengis Khan. Las armas de las que nos habíamos aprovisionado en la armería estaban bajo su custodia, dispuestas para ofrecérnoslas cuando llegase el momento.

Antes de la batida se nos ofrecería un tentempié en la cabaña, según nos informó un soldado al que le temblaba el labio inferior a causa del frío. La susodicha cabaña parecía, más bien, un trasunto del refugio por las enormes dimensiones. Al fondo de la estancia crepitaba el fuego de una chimenea, y, en el centro, sobre una mesa de madera maciza, se hallaban dispuestos alimentos como para abastecer a todo un país hambriento. En mi estómago no había sitio para mucho más, no en vano habíamos almorzado hacía apenas una hora, pero, de nuevo, a la vista de los manjares tan apetecibles, hice un esfuerzo y deglutí todo lo que tenía a mano, por si más adelante no tenía más que unas míseras gachas que llevarme al gaznate. Ganas me dieron de soltar un eructo como había hecho el prohombre poco antes, pero me contuve. Brienne estaba muy cerca de él, y ambos parecían compartir confidencias porque reían susurrando a media voz. Trotski amagó una lipotimia. No hacía falta ser un lince para percibir que la perspectiva de salir de caza le ponía malo. Tentado estuve de ponerme a su vera y darle una patada en la espinilla. A mí tampoco me seducía la idea, pero había que disimular y ser fuerte. ¿Acaso estaba buscando que le metieran un tiro en la nuca por flojo? Había que desconfiar de tanta obsequiosidad y nunca, nunca mostrar debilidad ni por fuera ni por dentro. A falta del ansiado puntapié, me contenté con esbozar una sonrisa glacial de forma tan ostensible como fuera posible para que el destinatario de la misma se percatase de que cualquier intento por su parte sería mal recibido, no solo por los esbirros del hijo de la gran putina, sino por mí mismo. Recibió el mensaje. Lo supe porque movió la cabeza haciendo crujir sus cervicales con un sonido muy molesto del que, afortunadamente, nadie más que yo pareció percatarse.

Cuando el tirano terminó de masticar y se echó al buche un nuevo trago de vodka, se puso en pie, señal inequívoca de que nos poníamos en marcha. Montamos en varios todoterrenos que más bien parecían tanques blindados del ejército. El trayecto fue breve.

Al descender de los vehículos, todos le seguíamos a prudente distancia. En cabeza iban él y Brienne, y, por lo que pude percibir, algo amartelados. Crucé los dedos para que la mujer altísima no se hubiera obnubilado con él como él parecía estarlo con ella. Aún así, no bajé la guardia. Ella le seguía el juego con tal simulación que, por un momento, pensé que era así. Meneé la cabeza: era una profesional, tan solo estaba interpretando su papel. Tuve que repetírmelo una docena de veces hasta quedar plenamente convencido de ello.

Llegamos a las inmediaciones de la zona despejada que habíamos divisado antes a distancia y nos dividimos en grupos de a cinco. El nuestro a pie de terreno, otros ocultos tras las lomas y los matorrales, y la parejita tras un parapeto de madera en el que había unos huecos por los que colar una escopeta.

A un silbido del director de batida, una rehala de galgos apareció al reclamo, ladrando con alegría. Eran hermosos esos perros, pese a su instinto depredador. O puede que las malas entrañas se debieran a un adiestramiento sistemático. Uno es uno y sus circunstancias, tanto si eres galgo como *homo sapiens*.

Nuestro jefe de sector desplegó un mapa en el suelo en el que había coloreado en rojo la zona que nos había sido asignada. Era cuestión prohibida invadir el espacio de cualquier otro cazador, y por eso recalcó con el dedo índice, casi rompiendo el cartón, que teníamos que atenernos a lo establecido. Una vez fue consciente de que lo habíamos comprendido, se llevó un dedo a los labios a la espera de que sonase el consabido cuerno que daría comienzo a la batida.

Treinta segundos después, este se escuchó con claridad desde todos los puntos.

Yo creía que, llegado este momento, quedaríamos a merced de lo que hiciéramos, pero los que nos acompañaban no nos dejaban solos ni un momento. Daban instrucciones, consejos, recomendaciones. Aprendí mucho, aunque no fuera a ponerlos nunca más en práctica.

Sonó un disparo en la lejanía. Crucé los dedos para que nadie hubiera dado en el blanco. Uno de los galgos se acercó, jadeante, y nuestro jefe de sector lo despachó con cajas destempladas. Cada vez me resultaba más molesta la situación. Ganas me habrían dado de acariciar el lomo de ese bello ejemplar y desagraviarle por el mal trato que le había dado el subalterno, pero el perro salió a la carrera con una ristra de baba colgando de las fauces y no me dio tiempo.

Se escuchó otro tiro en el lado opuesto. Ya se me venían las bilis al mondongo pensando que no uno, sino dos osos habrían sido abatidos. Tal vez osas, con oseznos aguardando por su madre en la cueva donde se guarecieran. Esta gente sería capaz de abatir oseznos y osas gestantes por mera diversión. Pero, aunque me dieran ganas de claudicar, sabía que no debía hacerlo. Estábamos cerca de conseguir el

objetivo y no podía permitirme mostrar el menor signo de debilidad. Solo podía hacer una cosa, aunque sabía que no daría resultado: concentrarme en que fallase la batida. La cabeza me dolía de intentarlo.

Un quejido atrajo mi atención porque el eco del bosque lo devolvía amplificado. Agucé la visión para orientarme hacia la fuente del sonido, valiéndome también de unos prismáticos de medio alcance, para comprobar horrorizado que, en medio de la amplia explanada, y oculto entre unos setos, había algo que se movía. Era un perro mestizo de esos que se utilizan como *sparring*, en ningún caso uno de los galgos de la rehala, mucho más valiosos. Con dificultad, a causa de los obstáculos que se interponían en mi visión, pude ver que estaba atado a una estaca y que, previendo lo que se le avecinaba, aullaba de miedo. Tan pronto fui consciente, quise estrangularlos a todos por tamaña bellaquería. Era evidente que lo habían colocado allí como señuelo para atraer a los osos, y así tenerlos a tiro de forma cómoda. Un deporte precioso este de la caza, sobre todo con tantas facilidades para no errar. Difícil habría sido hacerlo con escopetas de mira telescópica apuntando a un único objetivo desde varios lugares.

Avanzaba hacia él un oso polar que prácticamente se mimetizaba con el paisaje por la blancura de su pelaje. Odié hacerlo, pero, cuando apenas mediaban dos metros para que se abalanzase contra el desgraciado chucho, calibré la distancia, amartillé el fusil y, sin pensármelo dos veces, disparé hasta ver como el animal se desplomaba entre gruñidos y estertores. La única razón que me liberaba de los remordimientos era haber librado de una muerte segura a ese ser indefenso, aunque tuviera que ser a costa de abatir al oso. Durante unos segundos me quedé en shock, incapaz de reaccionar. Lo hice cuando el jefe de grupo me palmeó la espalda, felicitándome por la puntería.

—Aunque puede que el presidente se sienta ofendido por no haber sido el primero en dar en el blanco —añadió torciendo el morro.

El comentario me dejó pensativo y un punto preocupado, no solo por la previsible animadversión que el caprichoso y egocéntrico hijo de la gran putina empezaría a alimentar hacia mí, sino porque presumía que, además de ese desgraciado, tal vez habría otros situados en puntos estratégicos. Quise preguntarle al esbirro si podríamos rescatarlo, pero algo en su mirada hizo que me contuviese. Sabía que su destino estaba trazado. Si no en esta ocasión, perecería en la siguiente. Y llegado este punto, sí, me alejé unos metros y vomité todo lo que me había echado al coleto ese día. Nunca odié más al tirano que en ese momento.

Pronto se escuchó otro disparo. Crucé los dedos para que hubiera errado, aunque era cuestión de tiempo que se llevase por delante a

toda la familia de osos que pululasen por esos lares y no hubiesen tenido la suficiente intuición como para alejarse de allí tanto como pudieran.

Amagando malestar y habiendo demostrado que mi misión en la batida estaba cumplida, me recosté con cara de mal cuerpo que no necesitaba disimular y conseguí pasar inadvertido hasta que tiempo después se dio por terminada la jornada.

Trotski lo había intentado, disparando con pésima puntería —me atrevo a pronosticar que a propósito—, y me sonrió con una de esas sonrisas que transmiten un hondo pesar. Para un intelectual como él, esto había sido una demostración de mal gusto.

Conseguí desviar mi atención de los trabajos de subir los cuerpos a uno de los todoterrenos. Conté por el rabillo del ojo tres osos. De los perros que habían servido de señuelo no había ni rastro; probablemente los habrían dejado allí, vivos o moribundos, para alimento de los carroñeros. Sentí una nueva arcada pugnando por subírseme a la garganta. Apreté el brazo de Trotski con disimulo cuando subíamos a nuestro vehículo, sabiendo que por su cabeza pasaba lo mismo que por la mía.

Si el sátrapa tenía intención de continuar al día siguiente con una nueva jornada de caza, tendría que buscar la manera de dispararle para que pareciera un accidente, aunque en ello me fuera la vida, porque no me sentía capaz de seguir fingiendo.

De vuelta en el refugio se nos sugirió descansar un rato hasta que fuera servido un nuevo tentempié. A esas alturas, con el estómago completamente revuelto, lo menos que me apetecía era tener que confraternizar otra vez con el déspota. Un déspota que, además de otras consideraciones, se permitía disfrutar de una jornada que a él se le debía de antojar placentera mientras sus hombres se mataban en una guerra que había provocado por mera ambición. Si se hubiera ido al frente, a encabezar la rebelión y a dar la cara, si no respeto, al menos me habría provocado cierta deferencia, la deferencia que se le puede tener a un enemigo aborrecible. Pero estaba claro que era un cobarde y un fanfarrón, dando órdenes desde su mesa de despacho y completamente ajeno al sufrimiento de sus soldados, que unos por equivocación y otros por obligación, se veían en primera línea padeciendo la tortura de una guerra absurda y anacrónica.

Quise prolongar mi retiro en el reservado lo más posible, pero en mi ausencia había corrido el alcohol para celebrar el éxito de la batida, y los gritos de júbilo y los cánticos me resultaban tan insoportables que terminé por salir del cubículo para chequear la

situación.

Esta gente tenía la costumbre de cantar todo el tiempo, tanto para lamentarse como para congratularse, y la algazara resultaba molesta en grado sumo. Eché una mirada en derredor. Demasiada gente. Trotski departía con un chico joven que había visto en el campo en uno de los grupos, si bien a distancia. Tenía una mirada lánguida, como de poeta del romanticismo, y sonrisa tímida. Tal vez Trotski le estuviera sonsacando por si fuera posible contar con su apoyo logístico, tal vez simplemente charlasen de temas insustanciales. Brienne cantaba a voz en cuello con el resto y parecía bastante borracha. Desde luego, si no fuera porque se dedicaba a lo que se dedicaba, podría haber hecho carrera en el teatro. De no haber sido una de mis compañeras de equipo, habría desconfiado al punto de ella. En un momento en el que me acerqué a agarrar una botella de vodka de la mesa junto a la que se hallaba, no con intención de beber, sino de tenerla a mano como arma defensiva por si acaso, me guiñó un ojo de forma apenas perceptible pero que pude captar. Eso fue suficiente para alejar de mí el recelo.

La celebración se prolongó durante horas. Mi ira se había apaciguado, pero no hasta el punto de evaporarse. Diríamos que se había transformado en un runrún permanente, algo así como una sensación de determinación que no cejaría en su empeño hasta conseguir eliminar a ese ser nocivo. El mundo sería mejor si gente como él no existiera. Para eso había venido aquí, y no me marcharía sin cumplir mi objetivo, así me fuera la vida en ello.

Al interiorizar el pensamiento, me di cuenta de que era la segunda vez, tal vez la tercera, en que anteponía el bien común y la misión a mi propia supervivencia. Sentía una suerte de adrenalina correr por mis venas, y el pleno convencimiento de que mi vida me importaba poco si conseguía reducir a semejante elemento a cenizas. En cierto modo, lo que mi mente me trasladaba era que tenía que ser un kamikaze si quería conseguirlo. Hasta el momento, la idea había sido cargármelo y salir indemne. Ahora ya no estaba seguro de eso. La premisa se reducía a una sola hipótesis: cargármelo. Si moría en el intento, sería un riesgo asumido y que ya no me importaba. Ni siquiera incluía a los demás compañeros del equipo, de algunos de los cuales no tenía noticia. No, tenía que ser yo quien lo hiciera y como fuera.

XXII



LA RESACA

Me resultó imposible descansar mínimamente aquella noche, pues la celebración se prolongó hasta altas horas y era ya de madrugada cuando me tiré en el camastro para intentar relajar la mente y esbozar algún plan de actuación inmediato. Lo único que saqué en claro en medio del duermevela era que no había ningún plan, que no podría haberlo a estas alturas, y que, lo que tuviese que suceder, sería espontáneo y, por qué no decirlo, impulsivo. Si la decisión de inmolarme estaba tomada, aumentaba considerablemente el elenco de posibilidades. Se trataría tan solo de buscar la oportunidad para quitarlo de en medio, así cayese yo también después. Cualquier elucubración acerca de cuándo y cómo resultaba inútil. A la menor posibilidad que se me presentase, debería aprovecharla.

Apenas tomé la decisión, que ya había meditado en las horas previas, me incorporé con resolución. Todo el mundo dormía a pierna suelta. Tratándose de un refugio de alta montaña, aunque no exento de lujo, eran pocas las estancias privadas. Solo dos o tres permanecían cerradas, si bien no con llave. A través de las puertas se escuchaban ronquidos dignos de una manada de rinocerontes. Empujé con el pie la primera: estaba vacía. En la segunda dormían a pierna suelta en literas los jefes de sector de la batida, algunos con los brazos colgando por fuera. En la tercera, ¡bingo!, descansaba apaciblemente el monstruo. Junto a él, de pie, Brienne estaba a punto de asfixiarlo con una almohada. Chisté suavemente para no sobresaltarla con mi irrupción. Se sorprendió, pero, no obstante, continuó con su premeditada acción. Quise quitarle la almohada para hacerlo yo y dejarla libre de culpa, pero cualquier movimiento haría que se despertase, así que la dejé seguir. Con fuerza implacable, aplastó el inocente saco de plumas contra el rostro del durmiente, que de inmediato se despertó y comenzó a patalear, pugnando por respirar. Fue inevitable que ese afán me recordase al de una cucaracha aplastada que trata por todos los medios de sobrevivir. El tirano movía brazos y piernas de forma frenética, de manera que tuve que sentarme encima para impedírselo, mientras Brienne apretaba con todas sus fuerzas también.

Instantes después, el ser dejó de revolverse. Le tomé el pulso para comprobar que no latía. Eran las cinco de la madrugada.

Resultaba difícil comunicarse en susurros, pero conseguimos sincronizar la línea de actuación: lo primero sería buscar a Trotski, y

luego, entre los tres, meterlo en uno de los vehículos para tirarlo en cualquier lugar donde no pudiera ser encontrado. Si teníamos suerte, aún podríamos volver, acostarnos y esperar a ser despertados poco después como si no supiéramos nada.

Convinimos en que sería ella la que localizase a Trotski. En el tiempo que estuvo ausente, creí percibir un ligero movimiento del muerto. Tal vez fuera un acto reflejo *postmortem*, pero, por si las moscas, volví a sentarme, almohada de por medio, sobre su cabeza, impidiéndole cualquier posibilidad de revivir.

Cuando Brienne y Trotski llegaron, yo ya lo había envuelto en una alfombra para que moverlo resultase una tarea más fácil. No contaba con la ayuda de Trotski, cuya flacura y falta de fuerza eran más que evidentes, pero Brienne sola habría podido con él sin esfuerzo. Así que a Trotski le asignamos la tarea de vigilar y abrir paso. A cada milímetro que recorríamos arrastrando el bulto, él iba de avanzadilla y con la mano nos indicaba que el camino estaba expedito.

Cruzamos la puerta. Solo nos separaban unos metros de los vehículos que estaban estacionados delante. Hicimos un último esfuerzo para llevar el fardo al pie del primero. La llave estaba en el contacto. Abrí el maletero. Casualmente, era en aquel donde estaban los osos abatidos, una visión espeluznante. Si el karma existiera, me habría gustado que el ser monstruoso despertase y se encontrara con los cadáveres, mirándose frente a frente.

El hijo de la gran putina pesaba más de lo que parecía, pese a su pequeña estatura, pero entre los tres logramos subirlo y cerrar sin hacer ruido. Salté al asiento del conductor y arranqué con suavidad. No sabíamos a dónde ir para desembarazarnos del cuerpo, pero sería cuestión de salir de allí y buscarlo. No disponíamos de mucho tiempo si queríamos regresar con tiempo suficiente para volver antes de que nadie se percatase de nuestra ausencia. Confiábamos en el margen que nos procuraría el tardío despertar de los demás a causa de la borrachera, cuya resaca no tendría nada que envidiar a la de un buen aguardiente gallego libado con profusión.

El vehículo tenía tracción integral para deslizarse en la nieve, pero el problema era que yo no sabía usarla. Sorprendentemente, Trotski sí, por lo que intercambiamos nuestras posiciones y él tomó posesión del volante con destreza. Kilómetros después, había un desfiladero. Descendimos del todoterreno, sacamos el bulto y lo lanzamos al vacío. Luego chocamos nuestros puños con euforia. Nuestros superiores estarían muy orgullosos de nosotros cuando tuvieran noticia, si es que podíamos volver para contarlo. En este punto de mis pensamientos, me dije que ni Trotski ni Brienne merecían morir aquí; que, si ello era posible, debería salvarlos y poner mis brazos en cruz para que me acribillasen a balazos mientras ellos escapaban. Acto seguido me

reproché la estupidez: ellos habían sido informados del objetivo de la misión, que, aunque hubiera sido idea mía, conocían. Por lo tanto, erigirme como su salvador no solo sería inadecuado, sino que incluso podría agraviarlos porque eran tan kamikazes como yo. Sonreí para mí y me dieron ganas de darles un abrazo, aunque ellos no supieran por qué.

Volvimos al refugio y dejamos el vehículo donde se encontraba cuando lo cogimos prestado. Había movimiento a la entrada. Varios oficiales salían pertrechados de todo tipo de armas con cierto nerviosismo que nos hizo deducir que se habían percatado del hurto del todoterreno y salían a investigar quién, por qué y para qué.

Nos ocultamos en el lugar donde a nadie se le ocurriría mirar: justo detrás de la puerta abierta, hechos una piña, para que nuestros cuerpos arracimados ocupasen el menor espacio posible. Los militares se desperdigaron en la oscuridad de la madrugada oscura en pos de los que habían osado coger el blindado que ahora milagrosamente había sido devuelto a su posición. A través del escueto espacio que permitía visualizar la entrada entre los goznes de la puerta, comprobamos que no quedaba nadie vigilando allí dentro y aprovechamos la ocasión para introducirnos.

Con sigilo, entramos marcha atrás para evitar ser sorprendidos y volvimos a la seguridad de nuestros catres, donde simulamos dormir hasta que pareciera buen momento para despertar.

XXIII



SORPRESA, SORPRESA

Casi me da una angina de pecho al ver al tirano sentado a la mesa del comedor como si tal cosa, y a punto estuve de sufrir un infarto fulminante tras la sonrisa fría que me dirigió al entrar. Lo primero que pensé fue que había dormido más de la cuenta, y que lo anteriormente relatado había sido un sueño. Luego que sí, que efectivamente había ocurrido, pero que el tío había conseguido sobrevivir, trepar por el barranco, acostarse y esperar a tenernos enfrente para meternos un tiro en la frente. Ninguna de las dos hipótesis eran lógicas. Por lo tanto, tendría que haber una tercera.

Brienne estaba a su vera, riéndole las gracias, y Trotski, unos sitios más allá, con cara de estarle supurando una úlcera sangrante. Traté de comportarme con naturalidad y no dejar traslucir la sorpresa. Puede que su gesto glacial se debiera a que me había anticipado la víspera a dar en el blanco antes que él, porque, si lo pensaba bien, ni me había felicitado ni había hecho el menor comentario. Por el contrario, me había ignorado, lo que ya de por sí era bastante ilustrativo.

Comí y bebí como si no hubiera un mañana, soltando carcajadas por cualesquiera comentarios que soltaban los de mi alrededor. En mi fuero interno no podía estar más perplejo. La tercera posibilidad pasaba por que hubiéramos dado pasaporte a un doble o a un robot japonés de última generación. Lo del robot quedaba descartado porque, que yo supiera, los robots no pataleaban con furia cuando los asfixiaban. Así que lo de que hubiéramos asesinado a un doble era lo más plausible. Sentí que el calor abandonaba mi rostro y a punto estuve de sufrir una lipotimia, pero di un trago largo de vodka y volví a notar como el frío me abandonaba. ¿Cuántos dobles tendría este pirado? ¿Podríamos acabar convertidos en asesinos en serie de sus dobles? Por un momento, imaginé estar en una de esas salas de espejos de las ferias en las que una imagen se multiplica, imagen que además se reía con eco amplificado. Qué puta locura.

Una vez de regreso en el refugio de montaña principal, nos disgregamos. Volví a reencontrarme con mi habitación anterior. Estaba tan cansado que me tumbé en la cama y, al instante, caí rendido al sueño. No sabría precisar cuánto tiempo transcurrió hasta

que fui despertado, pero lo cierto era que el descanso había sido reparador.

El que llamaba a la puerta resultó ser el mismo chico con el que había visto departir en tono amigable a Trotski durante la cacería.

—No se fíe de los dobles —dijo—. Tiene cientos. Solo tendrá que fijarse en las arrugas de su frente, inconfundibles, que le diferencian de esos desgraciados. Eso significa que tiene las cosas muy claras, pero, sobre todo, es una forma de distinguirle de ellos. Sé lo que pasó la otra noche. Él también lo sabe, aunque no quién lo perpetró. Por el momento, pueden considerarse a salvo de sospechas.

Dicho esto, salió. Yo no sabía si debería salir también o esperar acontecimientos. Transcurrido un tiempo prudencial en el que nadie vino a por mí, la impaciencia me compelió a dejar la habitación. Sin rumbo fijo, deambulé por los pasillos, aguzando el oído, pero todo estaba silencioso. Era surrealista. ¿Qué demonios hacíamos aquí todavía? Si se nos había asignado a una misión, como nos informaron poco antes de la montería, deberíamos haber recibido ya órdenes para incorporarnos a donde fuera y para lo que fuese. Recorrí los pasillos de cabo a rabo, bajé y subí escaleras y no encontré a nadie que me interceptase. Finalmente, descendí hasta la planta baja y vi al fondo la luz que procura la claridad natural, no la artificial de las bombillas. En lo que podría considerarse la entrada principal, dos cosacos con aspecto de armarios roperos y escopetas en posición de descanso, hablaban a media voz. Al verme aparecer, las dirigieron hacia mí. Hice como si eso no me intimidase lo más mínimo.

—No se alteren —dije, levantando una mano y estirándome para parecer más alto—. Soy invitado del presidente y miembro del grupo Korsakov. No hay peligro conmigo. Solo quería respirar un poco de aire puro. Parece que el tiempo está mejor, ¿no?

—Sí, hoy ha nevado poco —dijo uno de ellos con una media sonrisa que enseñaba toda la hilera superior de dientes, chasqueando la lengua con chulería.

—Qué gran tipo este —dije—. Al presidente, me refiero.

No me pasaron desapercibidos los gestos que intercambiaron ambos. Si tuviera que describirlos, diría que eran una mezcla de estupefacción y sarcasmo. Ahí vi un resquicio por donde sonsacarles, haciéndome el gracioso.

—Que no estáis de acuerdo, ¿no? Ya veo, os cabrea estar aquí montando guardia, ¿verdad? Pues si queréis, estoy en disposición de hablarle de vosotros para que os encomiende tareas más importantes.

Rubriqué la estupidez con una risita idiota. Debían de pensar que estaba majara perdido.

Uno de ellos carraspeó alzando las cejas. El otro me miró inmutable. Ninguno dijo nada. Los dos parecían estar retándome como

los hermanos Dalton a Lucky Luke en el Far West. Calculé mentalmente los segundos que tardarían en enfadarse de verdad por mis majaderías que, dicho sea de paso, no sabía bien a qué conducirían. Tal vez solo pretendiera combatir el aburrimiento por esta situación absurda que estaba colmando mi paciencia. Solo que podría tener consecuencias fatales.

—¿Por qué no dejas de decir tonterías? —preguntó de forma retórica el más bajito, que rondaría el metro noventa y nueve, ya que más que pregunta parecía una amenaza—. Del Korsakov, dice.

Y soltaron una serie de carcajadas, a cuál más estruendosa, dándose golpecitos con los fusiles en los riñones el uno al otro, señalándome sin dejar de repetir lo del equipo de élite.

Secundé la chanza uniéndome a su algarabía, simulando encontrarlo todo divertidísimo.

El más alto, es decir, el armario ropero de cuatro cuerpos, sacó del bolsillo de su chaqueta militar una petaca y nos la tendió a ambos alternativamente. A su compañero primero, que dio un trago, volvió a soltar una risotada y me la pasó. Por precaución, amagué que bebía, haciéndolo con los labios cerrados como un sepulcro, y se la devolví tras limpiarme la boca con la mano de forma zafia, demorándome unos instantes, los suficientes para comprobar que eso me había salvado: el que me había precedido en libar lo que quiera que fuese que contenía la botellita, comenzó a sufrir convulsiones como un artista circense. Parecería gracioso si no fuera porque poco después su rostro comenzó a amoratarse y sus miembros se volvieron rígidos. De inmediato, se desplomó como un fardo, soltando espumarajos por la boca. Estaba claro: había sido envenenado. El ejecutor me apuntó con su AK-12, ordenándome arrodillarme con los brazos en la nuca mientras inclinaba el cuello hacia un dispositivo que tenía anclado al hombro. Aproveché el momento en el que tenía la cabeza girada para hacerle la zancadilla y cayó al suelo antes de poder decir esta boca es mía. No tardé ni dos segundos en arrebatarle el arma y encañonarle a mi vez. Miré a derecha e izquierda sin ver a nadie. Le obligué a salir al exterior con el fusil de asalto clavado en sus riñones, en un intento por alejarnos lo más posible. El tipo no paraba de hablar, suplicando que no lo matase, que había sido un malentendido. No sé lo que entendería el muy necio por malentendido, pero fui consciente de que no significaba lo mismo para ambos. Ni siquiera me molesté en preguntarle por qué. Lo único que dije fue que se callase o le dispararía allí mismo, con la mirada más glacial que pude dedicarle.

Recorrido un centenar de metros, comprobé que todavía estábamos a una distancia peligrosamente cercana al edificio principal, así que seguimos caminando, él delante de mí. Minutos después, alejados del recinto, le hice arrodillarse como él me había obligado a mí a hacer

antes y cantó La Marsellesa. Que sabía quién era, que tenía órdenes de vigilarme y, ante cualquier movimiento sospechoso por mi parte, liquidarme. ¿Que quién le había dado las órdenes? Que venían de arriba, dijo, señalando el cielo. Yo era consciente de que del cielo no podían haber salido, así que le partí dos dedos de la mano derecha de un culatazo para forzarle a ser más explícito. Aullando de dolor, confesó que no sabía nada más y se revolvió tratando de arrebatarme el arma. Cuando le fracturé todos los dedos de ambas manos (para qué andarse con chiquitas), soltó un aullido y se desvaneció. Me mordí el labio. Ahora tenía dos problemas. Di vueltas en círculo, tratando de buscar una solución inmediata. La primera que se me ocurrió dio resultado. Cuando le restregué por la cara, frenético, toda la nieve que me cabía en los puños, recobró la consciencia.

—Dame una razón, una sola razón para que no te mate aquí ahora mismo y tire tu cuerpo por un barranco para alimento de los osos —rugí en el tono más violento que pude. Sabía que era una amenaza de imposible cumplimiento, porque mover ese cuerpo que debería de rondar la tonelada y media, tirando por lo bajo, no estaba dentro de mis posibilidades.

Hizo el intento de hablar, pero apenas se le entendía. Rabioso, le introduje un puñado de nieve en la boca, a ver si así despertaba del todo. Balbuceó frases inconexas y volvió a quedarse grogui.

Por más vueltas que le daba, no encontraba un sentido a sus palabras. Entonces decidí recolocarlas para tratar de interpretarlas: «trampa», «traición», «yo soy», «reventar desde dentro», «castigo», «mentiras», «falso», y otras parecidas que parecían seguir una secuencia lógica. Era como si, consciente de que debía economizar sus energías, solo pudiera hablar de forma críptica.

De pie junto a ese cuerpo moribundo, creí entenderlo: tanto él como el envenenado pertenecían al grupo *Korsakov*. Por alguna razón, se habían amotinado contra el jefe supremo, tal vez porque vieran que las razones que se postulaban para la invasión como necesarias, no lo eran tanto y en sus ojos se había abierto la luz. Al fin y al cabo, los mercenarios también disponen de capacidad de raciocinio y tienen su propio código de sentimientos. O tal vez porque desde dentro se había sembrado la semilla de la discordia para que, detectado el conato de rebeldía, fueran suprimidos a manos de sus propios compañeros, encizañando a unos contra los otros con el ánimo de provocar la desconfianza. Liquidado el equipo, del que, si mi instinto no me fallaba, los dos que acababan de caer debían de ser los últimos que quedaban, crearía otro que siguiera su liderazgo sin cuestionarlo, sin criterios propios, sin salirse del guion. Como putas máquinas de matar y nada más. Y mi aparición en escena no había hecho sino incrementar la desconfianza y precipitar los acontecimientos. El

elemento desconocido que dio el pistoletazo de salida a su intento mutuo de aniquilación. Absurdo, pero no tanto conociendo la mentalidad esquizoide del presidente y sus colaboradores. En cualquier caso, retorcido, eso sí. Lo más retorcido que podría idear una mente perversa como la suya, con lo fácil que habría sido hacerles un consejo de guerra por alta traición y condenarlos a prisión permanente o, ya en el colmo de la crueldad, fusilarlos. Pero no, mucho más divertido provocar el caos desde dentro para que se fagocitasen entre ellos.

Medité si la orden —nunca la propuesta— de entrar a formar parte del Korsakov habría sido previa o posterior a conocer el amotinamiento en ciernes. Supuse que sería esto último, y eso ya no era solamente absurdo, sino disparatado y demencial, salvo que aparte de nosotros tres tuvieran ya otros miembros seleccionados para la nueva formación, en la esperanza de que no resultasen ser también unos traidores.

Por un instante, dudé. Cabía en lo posible que mi imaginación me estuviera jugando una mala pasada y que, en realidad, no hubiera sido eso lo que el esbirro había tratado de confesar. Porque imaginación había que echarle, desde luego, para interpretar vocablos deslavazados. Sin embargo, había recibido la instrucción previa suficiente en España como para poder sumar dos y dos en lo que se refería a códigos encriptados. Al fin y al cabo, nadie era infalible, y la seguridad tenía quiebras. Acto seguido, me reafirmé en la certeza de no equivocarme, máxime cuando ya un par de miembros del grupo *Korsakov* habían fallecido en extrañas circunstancias, antes incluso de nuestra incursión en Rusia, sin contar las muertes de colaboradores estrechos que, desde hacía años, venían produciéndose cada cierto tiempo y que difícilmente podrían considerarse normales, salvo que en el reinado de Vladimirovich las casualidades existieran.

Todo se me antojaba irracional e ilógico. Y lento, muy lento. Comencé a sentir una sensación claustrofóbica. Me veía a mí mismo en una rueda como las que se les ponen a los hámsteres en su jaula, siempre dando vueltas, siempre girando, sin encontrar nunca una salida a su encierro.

Miré el cuerpo a mis pies, con las manos como muñones sanguinolentos, los dedos partidos y una mueca de dolor en una boca que parecía una caverna. No hubo lugar para remordimientos. Esto era una guerra, y yo, un soldado luchando por la libertad y contra las dictaduras, fueran de la índole que fueran. Apenas boqueaba. La vida se le escapaba porque estaba al borde de la congelación. La situación era peliaguda. Arrastrarlo dentro sería una misión imposible porque no podría cargar con tanto peso. Dejarlo allí, a la intemperie, sería peor aún. Por humanidad, pensé en descerrajarle un tiro en la sien. Un

tiro certero que le ahorrase sufrimiento. No fue necesario. Cuando comprobé que carecía de pulso, me santigüé por inercia y, por qué no decirlo, algo de compasión por el traidor o traicionado, nunca sabría si lo uno o lo otro, probablemente ambas cosas.

En mi cabeza anidaba la idea general, pero no los detalles, y tampoco quise profundizar más. Lo que era, lo que estaba ocurriendo, era evidente. Lo demás era cuestión de matices que tampoco me importaban tanto. Solo tenía que concentrarme en llevar a término la encomienda que yo mismo me había impuesto y que contaba con el beneplácito de mis superiores, aunque nos hubieran dejado tirados pese a las promesas que nos hicieron de que en todo momento contaríamos con la infraestructura y los medios logísticos adecuados. Por un momento, sentí hervir en mí una honda irritación, pero deseché de mi mente tales pensamientos, que no harían sino mermar los pocos arrestos que me quedaban para no sucumbir al desánimo. Estaba solo. Y solo tendría que hacerlo.

Desanduve el camino de regreso con naturalidad. No había nadie a la entrada, que permanecía abierta. Nadie se había percatado de nada. Sorteé al envenenado, que permanecía cruzado en el suelo, con un reguero de saliva que se le había quedado congelada en la barbilla. Entré dejando la puerta entornada para que el frío helador no penetrase demasiado, alertando de alguna anomalía.

XXIV



DIAGNÓSTICO:
CIEGO Y LOCO DE REMATE

No puedo determinar cuánto tiempo pasó porque me quedé traspuesto nada más entrar en mi habitación y tumbarme en la cama, vestido como llegué, pero estaba claro que me movilizaban de nuevo. Esto era un bucle infinito, sin momento alguno de descanso. Tras los habituales golpes en la puerta, un soldado me hizo recoger a toda prisa mi escueta mochila sin dar otra explicación. Caminaba tras de mí (actitud lógica para tenerme controlado por si intentaba huir, aunque ni la ocasión ni el lugar fueran los más propicios), dándome órdenes secas y cortantes (gira a la derecha, tuerce a la izquierda, entra en el ascensor, sal, sigue recto, detente).

El ascensor había subido al menos dos plantas. Estábamos en la azotea. El frío era helador, y las hélices del helicóptero lo hacían más gélido aún. Una vez aposentado en uno de los incómodos asientos de la aeronave, me colocaron una capucha en la cabeza y al instante quedé nuevamente dormido, probablemente ayudado por la sustancia que me enchufaron, ya que fue sentir un pequeño pinchazo en el brazo y caer en estado catatónico. Entre los segundos que mediaron del jeringuillazo a la inconsciencia, deduje cabalmente que se habían terminado las tonterías conmigo y que mi próximo destino sería una sala de torturas en la que intentarían sonsacarme toda la información sobre lo que había estado haciendo en Rusia, y, de ser posible, conseguir que delatase a mis compañeros. Nada, por tanto, de entrar a formar parte del nuevo *Korsakov*, que sin duda habría sido solo un señuelo. Tan pronto me decantaba por una teoría como por la contraria. Era enloquecedor.

Suponía en mi duermevela que, si le confesase a Vladimirovich que Brienne, en realidad, no había caído rendida a los encantos de su calva prominente, a su barriga incipiente y a su pequeña estatura, sino que tenía la misma intención que yo de cargárselo, le habría deprimido mucho. De momento, no sería yo quien le abriese los ojos, aunque me habría encantado.

Evidentemente, esto tendría que ser un cómic de Mortadelo y Filemón como para conseguir infiltrarme sin levantar sospechas, cargarme al hijo de la gran putina y volver indemne a España para ser condecorado como héroe nacional. Pues bien, si iban a torturarme, no conseguirían arrancarme nada. Moriría como un mártir. Y con ese

pensamiento embriagador me dormí como un lirón.

Qué felices son los sueños, y qué mal despertar pueden deparar.

Cuando salí del sopor, que era peor que la más odiosa de las resacas de vodka que había tenido ocasión de experimentar a lo largo de esta aventura, enfoqué los contornos de mi habitáculo: un recinto de unos treinta metros cuadrados con muros de piedra de un grosor que se adivinaba inmenso, ninguna ventana ni respiradero y, como única vía de escape (es un decir), la puerta metálica con doble cerrojo. Me encontraba tirado en un banco de madera más duro que la piedra de las paredes. Eso sí, habían tenido la deferencia de dejarme una botella de agua de plástico (por si tenía sed) y un orinal para mis necesidades fisiológicas, que fue lo primero que utilicé. Agua no bebí, por si las moscas.

Primero aguardé acontecimientos pacientemente, sentado en posición del loto, tratando de hacer control mental. Horas después, acuciado por el hambre además de por la incertidumbre, ya francamente irritado, me di de cabezazos contra las paredes, en un claro intento de partirme el cráneo para irme al otro barrio sin haber dicho palabra. Luego volví a perder la consciencia, que recuperé en un momento indeterminado cuando me encontraba tumbado en una camilla, en una sala iluminada por fluorescentes que parecía una enfermería. En la estancia había varias personas, pero los contornos eran difusos y solo podía enfocar al que se encontraba más cerca. Portaba bata blanca, de donde deduje sería médico. Examinó mis ojos con un puntero que llevaba luz incorporada y frunció el entrecejo. Fuera lo que fuese lo que veía en ellos, no le gustaba.

—Siga la posición de mi dedo —dijo, haciéndolo oscilar de derecha a izquierda.

Vi el cielo abierto. En lugar de acatar sus órdenes, el movimiento de mis ojos era errático.

—Ha perdido la visión por completo —sentenció.

Yo, por supuesto, veía, pero este diagnóstico me venía de perlas. Ahora tenía que hacer algo más, para que, además de ciego, se me valorase como trastornado.

—Padre, ¡padre! ¡No puedo ver, pero sé que estás aquí! —Grité, amagando un sollozo—. Déjame coger tu mano. Estarás orgulloso de mí. Por fin he conocido a Vladimirovich, al que tanto admirabas. Oh, qué gran persona. Me dio recuerdos para ti, porque él también te apreciaba, ¿sabes? No te puedes ni imaginar lo buen anfitrión que es. ¡Es el líder que el mundo necesita!

Doblé la cabeza y simulé caer en un profundo sopor. Gracias a eso, escuché las conversaciones sin que temieran estuviera alerta.

—Este hombre está irrecuperable. Lo mejor será internarlo en un psiquiátrico a la espera de que recobre la cordura, si ello es posible

—sugirió el galeno.

El hijo de la gran putina, que no sabía que yo sabía que estaba presente, soltó un exabrupto que, traducido al español, sonaría algo así como: ¡Me cago en la puta hostia, joder!

Ni me moví, para que no se diera cuenta de que lo había entendido.

El tirano le dijo al médico que me tuviese controlado, y que al menor indicio le avisara. Que, entretanto, me ingresase en un centro de salud mental o donde le saliera de los cojones. Acto seguido, salió a zancadas dando un portazo que retumbó en toda la estancia.

El médico, por aquello del juramento hipocrático, no hizo sino devolverle una mirada fría que él ya no pudo ver. Si era adicto al régimen o no, no lo supe, pero colegí que le importaba más el bienestar de un enfermo que lo que quiera que quisiese hacer conmigo ese tío. Que no era Mengele, vaya. Y sospeché que podría ser un futuro aliado, si es que no lo era ya y yo lo ignoraba.

XXV



UN ALIADO PRESENTIDO

En esa suerte de enfermería estaba bien cuidado. Al principio, me alimentaban mediante un vial clavado en mi muñeca derecha. Un par de días después, una enfermera muy guapa, aunque no demasiado simpática, empezó a darme, cucharadita a cucharadita, una papilla sosa e insípida, hasta que se impacientaba porque la expulsaba (para hacer más creíble mi locura) y lo ponía todo perdido de vómitos.

El doctor era amable. Venía a verme dos veces al día. Me hacía preguntas: si sabía mi nombre, dónde había nacido y cosas por el estilo. Yo respondía incoherencias.

Un día le pregunté dónde me encontraba. Y él, persuadido de que mi razón seguía vagando en algún punto indeterminado, me dijo que en Rusia, en las mejores manos. Que me pondría bien y podría volver a retomar mi vida. Y en ese momento quiso saber cuál era mi vida antes de esto. No dudo que lo preguntase por curiosidad profesional, para saber si mis recuerdos afloraban, pero no terminaba de fiarme, así que seguí con la pantomima.

—Mi vida… ¿Mi vida? ¡No lo sé! No sé quien soy —lloriqueé—. No tengo recuerdos. ¡No sé nada!

El médico posó una mano en la mía con afecto y percibí que le dolía mi situación. Entonces me incorporé un poco para mirarle fijamente a los ojos y dije algo de lo que podría arrepentirme. Pero tenía que mover ficha de alguna manera. Era peor la incertidumbre.

—Quieren que me recupere para torturarme, ¿verdad?

El médico retiró su mano de la mía bruscamente. Supe en ese momento que sí, que podría tener un aliado, y que debía presionarle para cerciorarme.

—Usted lo sabe, doctor, ¿no es cierto?

—¿Qué tendría que saber?

—He visto en su actitud que no comparte los métodos de esta gente.

—No está ciego, ¿verdad? Ni tampoco loco.

Estiré mi brazo para agarrar su mano.

—Ayúdeme, por favor —susurré, aunque bien podría haberlo gritado. Me pareció que, dicho así, a media voz, sería más creíble.

Lo fue.

—Escúcheme, como se llame —dijo—. Voy a sacarlo de aquí. No entro en si es o no un elemento indeseable para el régimen, como me

han dicho. Lo único que sé es que no quiero que caiga sobre mi conciencia un acto reprobable que podría haber evitado. Ahora présteme atención. Cuando vengan a llevárselo en la camilla, no diga nada, permanezca en silencio. Le pondrán una sábana encima como si hubiera fallecido. No respire siquiera. Una ambulancia lo llevará al aeropuerto, y de allí saldrá en un avión medicalizado con pasaporte diplomático para repatriarlo a su país de origen. Yo iré con usted de manera clandestina porque también quiero salir de este lugar. Y ahora crucemos los dedos para que nada nos lo impida.

Apreté su mano con fuerza.

—¿Deja a su familia aquí, doctor?

—Afortunadamente, no. Soy viudo, y mis hijas viven en Estados Unidos desde hace años.

—¿Por qué sigue en Rusia?

—Tal vez por lo mismo que usted. No haga más preguntas.

XXVI



VUELTA AL PARAÍSO

Tapado con la sábana, percibía el movimiento de la camilla desplazándose. Luego la entrada en un ascensor que ascendía. Nueva carrera. Conversaciones que no podía discernir al principio. Después sí. Alguien preguntaba entre risas por qué tanta prisa para llevar a alguien al aeropuerto cuando ya estaba muerto. Una voz que reconocí, la del médico, explicaba a su interlocutor que él no tenía prisa, pero que el piloto de la aeronave que iba a trasladarme a Inglaterra, sí (el tío mentía bien, con aplomo). Que el finado era importante y no se pusiera tonto, so pena de provocar un conflicto internacional. Que no interfiriese más porque el avión ya estaba esperando en pista. Que, si tenía dudas, llamase a su supervisor, cosa que el subalterno se disponía a hacer para asegurarse cuando escuché a través de la sábana que me cubría un sonido tenue que reconocí como un disparo efectuado con silenciador. Deslicé el trapo unos centímetros de mi cara y vi a un tipo uniformado que yacía con trazas de fiambre cerca de la camilla, sin duda el guasón que lo había interpelado momentos antes. El autor del disparo, el enigmático galeno puesto que nadie más se encontraba allí.

Sentí como la camilla subía por una rampa, se cerraba una puerta metálica y el vehículo se ponía en marcha con celeridad. Dos minutos, tres, cuatro, veinticinco… y nos detuvimos. Sonido típico de aeropuerto con vuelos entrantes y salientes, altavoces anunciando unos y otros. Yo seguía tapado con la sábana. Más carreras. Era como una montaña rusa. El sonido ahora era mucho más fuerte. Deduje que me encontraba al pie del avión. Alguien me despojó de la sábana y me hizo bajar de la camilla. Subimos apresuradamente por la escalerilla sita al pie. Era una avioneta medicalizada con distintivo de la Cruz Roja. Se cerraron las puertas. Desde la ventanilla visualicé varios vehículos que se dirigían hacia allí para abortar la maniobra, pero el avión ya estaba rodando a pista y cogía velocidad para despegar. Salvo que pretendiesen derribarlo con un misil (algo que resultaría desproporcionado) o con alguna otra arma de largo alcance, poco más podrían hacer nuestros perseguidores. Minutos después, Moscú era una motita minúscula que se percibía desde las alturas, inocente en su magnitud de gran urbe. Expulsé todo el aire que había almacenado en mis pulmones. Volvía a España, aunque con sensación de fracaso porque no lo había conseguido, por más información de interés que

hubiera obtenido, y con la comezón de haber dejado allí a Brienne y a Trotski. Y, por supuesto, a los demás.

Tendría que volver para rescatarlos o no me lo perdonaría nunca.

XXVII



LA CRUDA REALIDAD

—Si dijera que estamos en el punto de partida, sería demasiado magnánimo—dijo el JEME con gesto de hastío—. Digamos que todo esto no ha servido para nada.

—¿Ah, no? —Protesté—. Pues mire, mi teniente general, a lo mejor solo para tener los planos y, lo que es mejor, para conocer el modus operandi de ese tipo. Y creo que de lo uno y de lo otro le puedo dar cumplida información. Pero si no le parece interesante, se la venderé al mejor postor. Eso sí, tengo que decirle algo que igual no le gusta: nos han dejado tirados allí. Muchas promesas de infraestructura y los pocos infiltrados con los que nos topamos no sirvieron de nada. No la hubo en absoluto. Si yo he sobrevivido, y espero que mis compañeros también lo hayan conseguido, desde luego no ha sido gracias a los servicios secretos españoles. Esto no habría ocurrido en Estados Unidos. ¿Qué es lo que he averiguado allí mientras intentaba que no me mataran? Muchas cosas. Pero no voy a decir ni una palabra mientras no me aseguren que volveré allí con los medios precisos para traer de vuelta a mis compañeros.

—¿Pero es que aún le quedan arrestos para ir de nuevo? ¿Es que quiere tentar a la suerte? Puede que la próxima vez no tenga tanta suerte.

—Oh, sí, le aseguro que la tendré porque usted va a darme su palabra de que esta vez harán las cosas bien y no repararán en medios.

—No puedo prometerle nada.

—¿Qué es lo que no me puede prometer? ¿Piensa dejar allí tirados, a saber en qué condiciones, a los que fueron conmigo? Perdone, mi teniente general, pero si eso es así, me atengo a lo dicho: venderé la información que tengo a la CIA. O, a lo mejor, al Mossad, ya me lo pensaré. Hoy impongo yo mis condiciones: si no tengo una respuesta mañana, antes de las doce del mediodía, quedo liberado de cualquier obligación. Y, por cierto, gracias por no darme las gracias por lo que hice.

—¿Qué es lo que hizo?

—Por lo que veo, nada. Gracias a usted por abrirme los ojos respecto a lo que significa la falta de agradecimiento del Estado, si es que está en condiciones de hablar por él, que igual no.

Finalizada la reunión cuando el JEME lo consideró oportuno tras mi último comentario, despidiéndose con un taconeo marcial sin pronunciar palabra alguna, mi autoestima estaba tan bajo mínimos y yo tan exangüe a nivel físico y emocional, que lo único que podía hacer era irme a casa a descansar un poco y limpiar las telarañas que, sin duda, después de tanto tiempo, se habrían hecho dueñas y señoras de las paredes. Aunque eso tendría que esperar a que durmiera al menos veinticuatro horas seguidas, después de ventilarme una botella de bourbon para mejor conciliar el sueño.

Casi me da un infarto al ver en la sala de estar sentada a Cristina, que en ese momento le daba algo de comer a Blasa, que se encontraba en el suelo alargando las patitas para cogerlo.

—¡Joder! ¿Qué coño hacéis aquí las dos? ¿Todavía conservas la llave que te di?

Mi sexy ex compañera y ex amante sonrió de medio lado y palmoteó el sofá dando a entender que debería sentarme a su lado. Blasa intentó disimular cualquier incomodo, más que nada para no darme explicaciones. Ganas me daban de pedírselas, por traidora. Al ver mi gesto displicente y dolido, se escondió bajo el sofá, pero poco después tiró de la pernera de mi pantalón a modo juguetón para olvidar viejas rencillas. La saqué de su escondrijo y, levantándola en vilo, la miré a los ojillos con gesto serio.

—Me has decepcionado, Blasa. Jamás pensé que pudieras irte por las buenas con esta traidora. Y lo peor es que seguro que ni me has echado en falta.

El roedor se frotó los bigotes con gesto nervioso. La deposité en el regazo de Cristina y me senté al lado. Blasa dio un grácil salto para aposentarse en mis rodillas, creyendo, la muy truhana, que en realidad hablaba en broma y podría perdonarla. Me limité a pasar mi mano por su lomo a modo de caricia y eso fue suficiente para que considerase que todo había vuelto a estar bien entre nosotros.

Cristina la miró de refilón en lo que me pareció entender un conato de celos.

—Volvemos allí —dijo, ignorando la cuestión—. Es decir, vuelves tú y yo voy contigo. No me fui porque hubiera querido hacerlo, sino obligada por las circunstancias. Lo de Blasa, eso sí que lo reconozco, fue desleal. Le *pregunté* si quería venirse conmigo y no dijo que no, pero te aseguro que te ha extrañado.

—Ya, ya, claro —principié suavemente, para después soltar una retahíla de recriminaciones en un tono de voz más elevado—. A ver, puede que esté todavía atontado por alguna de las muchas hostias que me dieron allí, o que ya esté muerto y esto sea una especie de visión extrasensorial. ¡Coño, Cris, que me dejaste para el arrastre largándote

de la noche a la mañana! Me quedé totalmente desconcertado porque no entendía nada. Y, lo que es peor, llevándote a Blasa, que seguro que llevaría años buscándose la vidilla por ahí, pero me eligió a mí, trepó por el canalón del edificio para colarse en mi casa, y yo la acogí y adopté con todo el cariño… para que después me abandonase sin más. Eres pérfida y malvada.

Cristina esbozó una media sonrisa, mirándome. Solté una carcajada. Eso de «pérfida y malvada» había sonado muy cursi, típico de telenovela mejicana. Ella se giró para abrazarme. Un abrazo sincero, como el que se da a un camarada al que tienes en gran estima y con el que te reencuentras después de largo tiempo.

—Me dijeron que tenía que hacerlo. ¿Lo entiendes?

—Pues no.

Cristina meneó la cabeza.

—Sabían que ibas a intentar algo parecido, y que yo sería un lastre.

—Pero vamos a ver, hombre, digo, mujer. Si cuando te largaste ni se me había pasado por la cabeza.

—Parece mentira que todavía no sepas cómo funciona esta gente.

—Son adivinos, claro.

—Podría decirse que sí. Por los perfiles de los agentes, o de los que lo serán en el futuro, detectan los más proclives a meterse en líos por propia voluntad. Está claro que a ti te vieron como a un activo valioso incluso antes de que tuvieras la intención de entrar allí.

—No me cuadra en absoluto. ¿Entonces por qué el JEME acaba de decirme que no ve claro que vaya a volver, y además no se haya siquiera dignado a agradecerme la iniciativa que tuve proponiéndolo y el valor demostrado al meterme en la boca del lobo? Y con esto no quiero echarme faroles, pero aquello fue más que duro. Tampoco digo que tuviera que proponerme para ninguna medalla, me la traen floja las medallas, pero entre eso y su actitud tan seca y antipática hay un término medio.

Cristina soltó una carcajada.

—¡Por eso mismo, tontito! Sabe perfectamente que eres de los que adoran los retos y desprecian los halagos. Si te hubiera dado una palmadita en la espalda, te habrías apoltronado. Vamos, que te habrías venido arriba y te habrías olvidado de todo, pensando que ya habías hecho lo que tenías que hacer. Pero te conocen, saben cómo funcionas, y son conscientes de que con su actitud despectiva provocarían el efecto contrario, es decir, que por cabezonería quisieras regresar para terminar la misión.

—Retorcido no, lo siguiente —rezongué, barruntando que algo había en ese razonamiento que no era del todo incorrecto, porque para retorcidos yo mismo.

—Anda, vamos a dormir —dijo Cristina con sonrisa pícara,

animándome a seguirla al dormitorio.

Blasa quedó frotándose el hocico con las patitas mientras nos miraba fijamente, como si supiera más de lo que daba a entender.

XXVIII



EL RETORNO

El equipo ahora era infinitamente más numeroso y preparado, tanto a nivel técnico como logístico. La red era como una telaraña y siempre tendríamos cobertura de todo tipo, así como diferentes puntos de extracción cuando existiera un peligro real de ser interceptados, que irían cambiando en función de las circunstancias. No quise ahondar demasiado en por qué antes no y ahora sí, porque si me detenía a pensarlo fríamente la indignación podría terminar por nublarme la mente. Traté de encontrar un punto de equilibrio elucubrando que, en realidad, la primera incursión habría sido de conocimiento y tanteo del terreno, y no cabía la menor duda de que la información resultó fructífera. De ahí que, en esta segunda fase, el organigrama y la táctica ofensiva estuvieran más controlados. Quise pensar que no fallaríamos esta vez.

La tapadera sería una empresa británica que, como otras muchas, acudía a la Feria de Tecnología de Moscú, evento con el que Rusia pretendía demostrar al mundo que la vida seguía girando a pesar de todo, y atraer potenciales suministradores de los materiales más avanzados. Con ello querían transmitir que la guerra con Ucrania era un simple grano en su culo sin repercusiones para el orden mundial. Como si el resto de los países fueran imbéciles. Esto, como es lógico, generaba un indudable malestar en la ONU y, obviamente, en los estados miembros de la OTAN, que tendrían sus defectos, pero idiotas no eran.

Nuestro cometido consistiría en entablar relaciones comerciales con el gobierno ruso para ofertarle productos novedosos y aún desconocidos por el resto de los países de su entorno. Si la carrera espacial había sido décadas atrás su principal *leitmotiv*, ahora lo constituía la de la cibernética en todas sus variantes. Algo muy sugestivo para alguien con semejantes pájaros en la cabeza.

Fueron cuatro semanas intensivas de entrenamiento, con horarios que no bajaban de las doce horas diarias. Terminábamos cada jornada con los ojos enrojecidos por la atención a las pantallas y la cabeza como una olla a presión. Todo ello habría valido la pena si conseguíamos convencer al gran sátrapa de que, con nuestros programas informáticos, que tendrían en exclusiva, podrían acceder a cualquier servidor y a los datos de los organismos internacionales, salvando los cortafuegos y antivirus más potentes e irreductibles. Esto

no dejaba de ser una actividad ilegal, pero era evidente que a él eso le traería sin cuidado.

La exhibición de muestreo de nuestro software pasaría por entrar a tiempo real en instituciones hasta la fecha inexpugnables. A la puesta en escena se la dotaría de la suficiente credibilidad como para impresionarle. También se había dispuesto que se trataría este tema con él de forma personal, rogándole discreción absoluta porque nos movíamos en una esfera peligrosa. La cautela que le requeriríamos sería necesaria para persuadirle de que era un negocio con apariencia legal, pero que en realidad no pasaba por los cauces oficiales. Que no podría controlarse de ninguna manera porque éramos unos genios para eludirlos. No se trataba de venderle un videojuego, sino algo muy real, y nos valíamos de la pantalla procurada por la Convención para acceder a él con apariencia de transacción lícita. Los susurros, el disimulo si veíamos cerca a alguno de los participantes, coadyuvarían a hacerlo todo más verosímil. En cierto modo era como el tráfico de armas: algo que se sabe que existe; de hecho, los países lo practican de manera oficial, pero aquí estábamos hablando de algo muy distinto, algo que podría hacer caer gobiernos simplemente accediendo a información privilegiada saltándose los cauces reglamentarios. Tendríamos que transmitirle la impresión de que éramos astutos, ambiciosos y carentes de escrúpulos. Que nos movíamos por el vil metal.

Para ello se estaba trabajando codo con codo con las organizaciones de los países aliados, a fin de pergeñar simulaciones que el putino no pudiera poner en duda.

Conocido el afán megalómano del tirano, esto no podría fallar. Ya me lo representaba salivando frente a los monitores, palmoteando de satisfacción al ofrecérsele la forma de dominar al mundo. Menudo imbécil.

El grupo lo componíamos agentes de diversa procedencia. Cristina sería una de las interlocutoras más visibles. En cuanto a mí, toda vez que físicamente podría ser reconocido por Vladimirovich, tuve que someterme a un cambio radical. Engordé veinte kilos, me rasuré la cabeza y, por el contrario, dejé que mi barba creciera de forma que ocultase parte de mi fisonomía. Unas lentillas azules hicieron el resto, así como un nuevo acento anglosajón para modificar mi ruso. Me miraba en el espejo y ni yo mismo me reconocía.

John Walker era mi nueva identidad. Cristina sería Giulia Ferrari, de nacionalidad italiana, vestida con elegancia y moño estirado en la base del cráneo para dotarla de cierta severidad.

Aterrizamos en Moscú sin incidencias, aunque las turbulencias lo demoraron casi una hora durante la que sobrevolamos Letonia para después volver al aeropuerto de Sheremétievo, donde por fin tomamos

tierra. Viajábamos en clase vip, por lo que todo resultó muy fácil. Una delegación gubernamental nos recibió a la llegada y nos condujo a nuestro hotel, uno de los mejores de la capital moscovita, con el anuncio de recogernos un par de horas después para agasajarnos con un cóctel privado a fin de irnos conociendo. Pregunté si asistiría el presidente, pero no supieron darme razón. Mi interlocutor alzó las cejas, dando a entender que lo ignoraba, pero asegurando que en cualquier momento tendríamos un encuentro con él.

Con puntualidad británica, el microbús aguardaba a las puertas del Carlton Moscow para conducirnos al ágape de bienvenida en el palacio presidencial. El salón de festejos se encontraba repleto de miembros de otras empresas participantes. A vuela pluma pude contar alrededor de trescientas personas. «Cuanta más gente, mejor», me dije.

Del tirano, ni rastro.

Me deslicé de unas mesas a otras, conversé con cuantos encontré en mi camino, cogí copas de las bandejas y me las bebí de un trago, tomé canapés y observé el panorama.

Acuciado por las ganas de orinar, busqué el cuarto de baño, para lo cual tuve que preguntarle a un camarero, que me condujo a las puertas del servicio. Mientras vaciaba la vejiga, noté una mano posarse en mi hombro. Me giré y vi a Brienne, que se llevaba un dedo a los labios para abortar cualquier intento por mi parte de hablar.

—Estoy aquí. Sigo aquí. No digas nada, solo sigue meando. El hijoputa se cansó de mí y me puso a trabajar como camarera. Al menos, no sospecha nada. De los demás no tengo ni idea.

—Hemos venido a rescataros. Formamos parte de una delegación empresarial tecnológica y de aquí no nos iremos sin vosotros.

—Me ha costado reconocerte —aseguró Brienne con convencimiento—. Espero que él no lo consiga.

—Vete, no te expongas. Estaremos en contacto. Pasado mañana es la Convención. Trata de averiguar qué ha sido de los otros. Yo intentaré tener un encuentro con *él* para darle la puntilla. Me alegro de verte.

Nos dimos un abrazo breve pero efusivo y luego Brienne se esfumó.

Crucé alguna mirada a distancia con Cristina, que conversaba alegremente con unos y con otros.

Al filo de las doce de la noche, la reunión fue languideciendo sin que Vladimirovich se hubiera dignado aparecer. Claro que también cabía en lo posible que lo estuviera viendo todo por una cámara de control remoto.

Al día siguiente, el mismo microbús nos recogió en el hotel para llevarnos a hacer una ruta turística por Moscú, en especial por la Plaza Roja, el Kremlin y la catedral de San Basilio. Nos propusieron hacer siete horas de viaje para visitar el museo Hermitage de San

Petersburgo, pero, aún a riesgo de resultar descorteses, declinamos la invitación aduciendo que tendríamos que estar frescos y descansados para el evento.

XXIX



EL CEBO

El recinto ferial estaba repleto de stands. En realidad, no era un pabellón, sino uno de los muchos inmuebles antiguos que se utilizaban como sedes de convenciones o residencias temporales. Este, dataría, como poco, del siglo diecinueve.

El Barcelona Mobile World era una auténtica mierda comparado con esto, porque aquí la modernidad del motivo del congreso contrastaba con la suntuosidad del edificio en el que tenía lugar. Si los franceses eran profusos en dorados y en estatuas que, de no ser franceses, habrían pecado de horteras y ordinarias, los moscovitas no se quedaban atrás. Había momentos en los que los rayos de sol que entraban por las vidrieras confluían directamente sobre los ornamentos y te obligaban a cerrar los ojos, so pena de padecer ceguera por deslumbramiento. Era todo tan lujoso y excesivo que daban ganas de gritar por una suerte de síndrome de Stendhal.

Me moví entre los puestos, saludando a unos y a otros, haciendo alarde de poliglotismo, interesándome por los prototipos expuestos y que tan solo me enseñaban sin profundizar en sus propiedades, ya que yo no era un potencial comprador sino la competencia. Resultaba lógico, nosotros hacíamos lo mismo en el nuestro, que, por cierto, era el más grande en tamaño y el más numeroso en miembros. Pareciera que fuésemos la nave nodriza de alguna constelación estelar.

Puede que esa diferencia fuera la que propiciase que, casi al finalizar la jornada, una mujer de mediana edad vestida con traje de chaqueta color berenjena se dirigiese a nosotros para invitarnos a una reunión privada con el presidente, que aguardaba en una sala adyacente de acceso restringido.

Tal vez el presidente no fuera el hijo de la gran putina, sino el organizador del cotarro. Pero sí, lo era. Cuando lo vi al fondo de la estancia, tuve que hacer control mental para que mis palpitaciones no me traicionasen.

Afortunadamente, la comitiva de la que formaba parte era grande. No había, por lo tanto, que temer un encuentro frontal. Sin embargo, también debería ser lo deseable por mi parte, no solo por ponerme a prueba en mi nueva coyuntura, sino también para chequear la situación y calibrar las oportunidades que tendría de quitarlo de en medio de una vez. De todas formas, estaba bastante más animoso que en la ocasión anterior, ya que me sentía infinitamente más respaldado.

Traté de mantener una actitud sosegada, la típica del que no se altera por nada, que está en paz consigo mismo y con el cosmos. Solo me faltaba vestir una túnica y repartir bendiciones de paz y amor. Cauto y distante, así debería mostrarme en todo momento. No me haría visible, a menos que el tirano lo exigiese.

Pero Vladimir Vladimirovich tenía un sexto sentido y, nada más verme, fijó sus ojos fríos en mi persona y se acercó a zancadas, alzando levemente una ceja, gesto que me produjo hondo desasosiego.

—Me recuerda usted mucho a alguien que conocí —soltó a bocajarro—. Un buen amigo mío.

Ladeé la cabeza, simulando no saber de qué me hablaba. De ninguna manera debía trasmitir el impacto que producía en mí semejante reptil. Mis ojos, de un intenso color azul por mor de las lentillas, lo miraron beatíficamente, como si fuera el Mesías que el Cielo hubiera enviado para salvar al mundo de la perdición. No le tendí una mano, le tendí las dos, que estrechó con fuerza, aunque después aflojó la presión y me miró de nuevo sin apartar la vista durante unos segundos. Supuse que sería tan solo una manera de amedrentarme, por si las moscas, no porque realmente me hubiese reconocido. Su estilo personal, por decirlo de otro modo. O puede que algo en mí le resultase familiar, aunque no fuera capaz de precisar por qué. Sin embargo, era consciente de la sagacidad del prócer, y por un momento sospeché que ni subido en unos zancos o disfrazado de mujer lograría despistarle. Todo esto, como es lógico, no ayudaba a que me encontrase medianamente tranquilo.

Vladimirovich me echó una mano al hombro, tratando de alejarme del grupo en dirección al fondo. Por el rabillo del ojo visualicé a Cristina, que se atusó el pelo, señal convenida de antemano para confirmar que estábamos pendientes el uno del otro.

Como quiera que había constantes interrupciones porque, si no era un asistente, era otro el que lo retenía, compuso un gesto de impaciencia y desagrado y me condujo a otra estancia, que cerró tras de sí, no sin antes cederme el paso, buscando intimidad para hablar. A esas alturas, yo ya estaba más que amoscado.

En una ojeada rápida vislumbré un armario de estilo que supuse guardaba en su interior un bien repleto surtido de botellas de vodka, e imaginé que se dirigiría allí antes de pedirme que tomásemos asiento en el sillón *chester* sito frente a una chimenea en la que crepitaban unos leños ardiendo.

No me equivoqué. Sacó una botella y dos vasos, que depositó con naturalidad en la mesa frente al sofá. Luego sí, me invitó a sentarme, cosa que hice. Dejé que llenase uno de los vasos, y, cuando iba a hacer lo mismo con el otro, detuve su movimiento con un gesto enérgico.

—Lo siento, no bebo alcohol —me excusé con gesto compungido.

—¿Es musulmán?

—No, no es por principios religiosos. Tan solo una insuficiencia hepática de origen genético que me impide tomar ciertos alimentos desde la infancia. Créame que me encantaría probar el vodka ruso, pero podría entrar en coma al primer sorbo.

Eso le haría replantearse si en verdad creía haberme reconocido, visto que no le había hecho ascos al licor antes.

—Qué fatalidad —dijo, frunciendo el labio—. ¿No ha pensado en hacerse un trasplante? Aquí tenemos los mejores médicos. Si quisiera, yo podría conseguir que…

Le corté con una sonrisa, moviendo las manos como un molinete.

—Qué amable. Realmente se lo agradezco, pero no se preocupe. Después de tantos años, ya me acostumbré a seguir una dieta estricta y no veo motivos para cambiarla. Después de todo, eso tampoco afecta a mi vida diaria. Además, ¡por qué no decirlo!, le temo más a un bisturí que a un tigre de bengala —sonreí con mi propio chiste, él se limitó a fruncir el labio y a esbozar una mueca—. No se preocupe, disfrute su vodka y cuénteme lo que tenía que decirme.

Vladimirovich me miró un instante, calibrando su posible equivocación. Estaba confundido, lo percibí.

—¿Realmente pueden garantizar lo que prometen? —Inquirió entrando a saco, sin establecer contacto visual conmigo, bebiendo un sorbo para aparentar que la pregunta era meramente protocolaria.

—Por supuesto. De lo contrario, no estaríamos aquí —aseguré con mi tono más convincente—. Sé que es difícil de creer si no lo comprueba, pero para eso hemos venido.

Entonces sí, me miró con sus ojillos penetrantes unos segundos que se me hicieron eternos.

—¿Y ustedes qué ganan con eso? ¿Qué pasará si su gobierno se entera?

Le miré con sonrisa socarrona.

—Todos ganamos —dije, guiñándole un ojo—. Nosotros mucho dinero, y usted, el poder absoluto.

—No ha contestado a la segunda cuestión —insistió.

—Ah, sí. Lo de que si se entera nuestro gobierno —fijé mis ojos en los suyos unos instantes, y luego los desvié porque el tío no los apartaba y empezaba a marearme—. No se enterará. Somos los mejores. Si llegamos a un acuerdo económico, le aseguro que no se enterará.

—¿De qué precio estamos hablando? —quiso saber en tono agrio.

—Usted mismo lo pondrá cuando constate lo que sería capaz de lograr gracias a nosotros —aventuré con un guiño—. Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo.

—¿No tienen escrúpulos patriotas? —preguntó de forma abierta—.

¿No les duele traicionar a su Gobierno?

—No más que a usted por aspirar a ser el dueño del mundo —solté sin pararme a medir antes la inconveniencia de mis palabras, tras lo cual sonreí como si estuviera bromeando. Para terminar de arreglarlo, añadí: —Los que nos dedicamos a estas cosas somos apátridas. Nuestro rey es el dinero. Nada importa más que eso.

Vladimirovich se mojó los labios, me miró nuevamente sin pestañear, apuró el contenido de su vaso, me dio un apretón de manos somero y se levantó sin decir nada más. Lo vi alejarse en dirección a la puerta. Salí tras él.

Antes de desaparecer de mi campo visual, le observé hablar por un minúsculo dispositivo adosado a su cuello. Estaba convencido de que esa corta conversación me atañía, y no auguraba nada bueno. Tal vez desconfiase de quienes no ponen su bandera por encima de todo y nos despreciase. Tal vez simplemente hubiera dicho a su interlocutor algo así como: «Este insensato ha vuelto. Cree que no le he reconocido. Esta vez no puede salir vivo de aquí».

Con algo de aprensión, fui a buscar a Cristina, que departía con algunos representantes del gobierno desplegando todo su encanto, ajena a mi agridulce conversación con el prohombre. Me la llevé a un apartado con disimulo.

—Este sabe más de lo que dice. Estoy seguro de que me ha reconocido, pese a mi evidente cambio físico. Lo sabe, lo sé. Sé que lo sabe.

Cristina me dio un abrazo para soslayar la conversación, mientras me susurraba al oído.

—Me ha citado dentro de una hora en sus aposentos —dijo—. Me imagino lo que pretende, aunque igual me equivoco.

Luego se separó, haciendo movimientos con las manos como si me estuviera dando una explicación, sonriendo de forma evidente para que no pareciera que estuviéramos haciéndonos confidencias. Hasta donde podíamos llegar, suponíamos que nos estaban viendo, pero no que pudieran escuchar lo que decíamos.

Puse una mano en su hombro y sonreí como si lo que iba a decir a continuación no tuviera nada que ver con lo que realmente iba a decir.

—¿Tienes todo lo que necesitas para reaccionar si se sobrepasa? —pregunté a media voz.

—No te preocupes. En todo caso, será él el que tendrá un problema si lo intenta. Sí, tengo los recursos necesarios para reducirle.

—Esa es mi chica —dije, retorciéndole la nariz con gesto cariñoso.

XXX



LA DEMO

Sin previo aviso, todos los miembros del equipo recibimos una llamada a las respectivas habitaciones del hotel a las diez de la mañana, informándonos de que en dos horas vendrían a recogernos. No preguntamos quién lo haría. Lo sabíamos. Y también para qué. Era el momento de desplegar todo nuestro arsenal para convencer al putino de que lo que le ofertábamos le haría conseguir su viejo sueño de dominar el Mundo.

Nada debería salir mal. Cada uno tenía su cometido, debidamente aprendido, y el apoyo logístico de los servicios de inteligencia tanto nuestros como de los aliados nos respaldaba.

El microbús no nos dejó a la entrada del palacio presidencial, sino que se introdujo por un laberinto de pasillos subterráneos tras bajar por una rampa. Una vez descendimos del vehículo, aún tuvimos que recorrer al menos un centenar de metros hasta llegar a la sala donde nos esperaba un nutrido grupo de personas cuya cabeza visible era Vladimirovich.

El local era enorme. Si dijera que había mil monitores, posiblemente me quedase corto. Era como cien ciber cafés reunidos en un solo sitio. El Pentágono era una ratonera comparada con esto.

Vladimirovich no se anduvo por las ramas. Tan pronto vio que entrábamos, nos saludó parcamente y de forma generalizada, sin tendernos la mano, invitándonos a seguirle a la zona central, que, como su propio nombre indica, estaba situada en el centro.

—Entiendo que puedo elegir lo que quiero que hagan. Quiero decir que, si me apetece entrar en la Casa Blanca ahora, por ejemplo, solo tengo que decírselo y ustedes lo harán como muestra, ¿no es así? ¿O prefieren hacer la demostración en otro orden?

Muy magnánimo el prohombre, casi pidiendo permiso en lugar de exigir. Resultaba evidente que en esos momentos le tocaba jugar el rol campechano y hasta un punto ingenuo, características que no se creía ni él y que, desde luego, a nosotros no nos engañaban.

El que actuaba a todos los efectos como jefe del equipo, alias Philby, sonrió dirigiéndose a él con flema británica.

—Nada de eso, presidente. Daremos comienzo como nos indique y por el orden que prefiera. ¿Qué le apetece hacer? ¿Cambiar el orden del día del Congreso de los Estados Unidos? ¿Cerrar el paso al Golden Gate por obras que en realidad no existen? ¿Sabotear la unidad central

informática del Capitolio? ¿Mandar a la papelera los archivos clasificados de la CIA? No hay nada imposible para nosotros. Solo tiene que pedirlo y le complaceremos.

Putino cerró los ojos, salivando de tal manera que, Cristina, entretanto, le puso una mano a modo de babero bajo el mentón y se dio la vuelta riendo por lo bajo sin que él pudiera percibirlo. Conociéndola, estoy seguro de que, si no hubiera resultado un gesto inconveniente e inapropiado, también le habría cogido el paquete para ver si se le ponía dura por la excitación de estar tan cerca de conseguir su objetivo soñado.

Pero el tirano prefería empezar por un punto más básico en su escala orgásmica, para así subir de intensidad gradualmente. Puede que no llegase hasta el final y que, antes de terminar la pantomima, sus pantalones presentasen un aspecto indeseado a la altura de las ingles.

—Quiero cerrar el MOMA hoy porque se ha caído un trozo del techo, por ejemplo.

Philby sonrió.

—Eso está hecho.

Tras teclear y verse en pantalla una secuencia de líneas encriptadas que desaparecían a la misma velocidad a la que se podían visualizar, finalmente quedó estática y apareció un mensaje parpadeante en el monitor.

El MOMA hoy permanecerá cerrado a causa de obras estructurales que podrían representar peligro para los visitantes. Lamentamos los inconvenientes que esto les haya podido ocasionar. Se les devolverá el dinero de las reservas si así lo desean o se les entregarán otras cuando se resuelva la incidencia.

—Aquí lo tiene. Esto lo están viendo los visitantes a tiempo real allí. Pero si quiere tener la certeza, aguarde un momento.

Philby, como un maestro prestidigitador, pulsó una tecla y acto seguido apareció en pantalla una multitud protestando, enarbolando sus tickets en la entrada, pidiendo explicaciones al sobrepasado empleado que se encontraba en la garita. Parecía tan real que hasta a mí me resultaría convincente, si no fuera porque sabía que todo era producto de la Inteligencia Artificial.

Vladimirovich se mojó los labios. Esto prometía. Le hacía tanta ilusión como le habrían hecho unos zapatos nuevos cuando era un paria.

—No está mal. Ahora me gustaría que se cortase la carretera que conduce al Gran Cañón del Colorado por un desprendimiento de tierras.

Philby tecleó e, instantes después, el mensaje que aparecía en el monitor daba cuenta de que el acceso al Gran Cañón del Colorado quedaba clausurado hasta nueva orden por un desprendimiento de tierras. No requirió visualizar de primera mano la indignación de los visitantes. Le había bastado con eso.

—Bien, pues ahora quiero tener acceso a las cámaras web de la Casa Blanca a tiempo real —dijo, al borde del éxtasis. Parecía un niño caprichoso reclamando su regalo de cumpleaños—. Pero, antes de nada, dígame una cosa: ¿esto es inteligencia artificial?

Philby ensanchó la boca cerrada sin abrirla en una sonrisa cínica casi hasta el nacimiento de sus orejas y cerrando los ojos hasta el punto de parecer un oriental. Le dio una palmada discreta en la espalda. El putino no se molestó, tan expectante estaba ante lo que podría presenciar.

—Agradezco la pregunta, presidente. Es, por supuesto, inteligencia artificial. ¿Cómo si no? Gracias a ella se puede lograr esto, consiguiendo que sea tan real que soslaye los cortafuegos y nos permita acceder a cualquier punto caliente del planeta. Y, no menos importante, obtener la información para entrar donde queremos entrar. Pero lo que ha visto es real. Quiero decir que los mensajes han sido producidos por la IA, pero el resultado de los mismos, es decir, los escenarios, la reacción de la gente, todo eso está ocurriendo de verdad. Digamos que ha sido el medio para lograr un fin. Supongo que estarán locos, tanto en el MOMA como en el centro de interpretación del Gran Cañón, buscando de qué manera ha podido ocurrir, máxime cuando ni se están ejecutando obras en el primero ni ha habido corrimiento de tierra alguno en el otro. No se preocupe, no hay posibilidad alguna de que nos rastreen. Nos hemos ocupado de eso y estamos completamente blindados.

Philby simuló hablar por un pinganillo en un aparte y luego regresó al punto de reunión.

—Será cosa de un minuto, a lo sumo —dijo, haciendo una pausa dramática para conferirle mayor verosimilitud a la representación—. Nuestra gente está en ello. Entienda que cualquier precaución es poca para evitar que nos detecten. Nosotros somos buenos, pero ellos también lo son. La Casa Blanca es, teóricamente, un territorio inexpugnable. Pero no se preocupe, que enseguida verá al matrimonio Biden cenando en el comedor. Rectifico: desayunando, dada la diferencia horaria.

Vladimirovich comenzó a dar muestras de impaciencia, que afortunadamente se vieron abortadas cuando Philby se acercó nuevamente y le indicó el monitor al que tendría que mirar. Philby sabía manejar los tiempos con destreza, como cuando se está enseñando a un cachorro y se le van dando premios con cuentagotas.

—Ahí lo tiene. Parece que el menú de hoy consiste en huevos revueltos con bacon, ensalada de frutas y tostadas con mermelada. Ambos toman café, ¿lo ve?

El putino estaba a punto de reventar de satisfacción violando la intimidad de los Biden, y no descarté que pidiera que horas después le permitiésemos verlos en la alcoba, para comprobar si Joe era tan procaz como decían o solo cuando sus objetos de deseo tenían sesenta años menos que su esposa. En lugar de eso, que se guardó para sí, dijo:

—Ahora quiero ir al Pentágono y acceder a los archivos clasificados.

En este punto, fue Cristina la que tomó el mando de la situación.

—Ningún problema, presidente —dijo, hablando con suavidad y agachándose lo suficiente como para poner su escote a la altura de las fauces de Vladimirovich, al que los ojos se le salían de las órbitas—. Pero no antes de firmar el contrato de exclusiva de la patente y de comprobar que el dinero llega a nuestra cuenta. Hasta aquí la demostración de lo que somos capaces de hacer.

—Por supuesto. Cuanto antes, mejor. Si les parece bien, esta misma tarde, a las seis, por dar un margen a mis abogados para que lo redacten.

—Nosotros traemos ya el contrato, aunque, por supuesto, pueden revisarlo sus abogados. Ah, casi se me olvida. Como sabe, a causa de la guerra con Ucrania han quedado atrapados aquí ciudadanos europeos que se están viendo en serias dificultades para regresar a sus países de origen. Por lo tanto, se hace necesario poner los medios para que puedan hacerlo, y esta es una cuestión innegociable, sin la cual no habrá firma y le venderemos la patente a otro comprador. Irán y Corea del Norte, entre otros, han manifestado su interés, pero por afinidad preferimos tener tratos con Rusia antes que con ellos. Así pues, la decisión está en sus manos, y esperamos que en beneficio de ambas partes tome la correcta. Al fin y al cabo, la contraprestación que obtendrá a cambio será infinita. Llámelo altruismo o como quiera, pero, como le digo, es una condición con la que no vamos a transigir.

Vladimirovich frunció el entrecejo, perplejo y enfadado. No se esperaba algo así. Soltó unos cuantos exabruptos, echando en falta una copa de vodka. ¿A qué venía esto? ¿Qué cojones tenía que ver la gente que hubiera entrado en Rusia, a saber con qué intenciones, con el negocio de compraventa de una patente? Probablemente ni supiese estadísticamente cuántos se hallaban en esa situación. En cualquier caso, le daba igual: su prioridad era conseguirla a cualquier precio.

—No veo qué tiene que ver una cosa con la otra, pero acepto —rumió en extremo cabreado.

—Necesitamos entonces un listado de todos los europeos entrantes

para corroborar el que traemos. Si todo está OK, el acuerdo se firmará esta tarde o mañana a primera hora. Por supuesto, después de que sus abogados lo hayan revisado convenientemente, faltaría más.

Vladimirovich, que no era tonto, se giró y apoyó una mano sobre el hombro de Cristina.

—Dígame una cosa, Giulia. ¿Por qué querría la Unión Europea negociar la repatriación de sus nacionales en el marco de un contrato privado y que, a todas luces, es ilegal?

Cristina soltó una carcajada que se me antojó deliciosa. Luego, susurrándole al oído, le dijo:

—Presidente, no hace falta que le diga que esto está al margen de la Unión Europea, como lo está nuestro posible contrato. Saben a lo que veníamos, pero desconocen el alcance. Digamos que son conscientes de que podríamos venderles un instrumento importante cuyas repercusiones ignoran, pero están dispuestos a mirar para otro lado si, en contraprestación, recuperamos a toda esa gente. Creo que la ecuación es fácil: yo te doy y tú me das. Lo que hagamos cada cual con ello ya no es cosa suya. No pregunte más. Firmamos, nos llevamos de vuelta con todas las garantías a nuestros nacionales y usted disfrutará de su poder. Al fin y al cabo, ¿qué importan unas pocas personas cuando puede dominar el mundo?

—Pues también es verdad —dijo el prohombre—. ¿A mí qué cojones me importan unos tipos sin importancia?

—Una postura muy inteligente, presidente —dijo Cristina, y me dieron ganas de besarla allí mismo. Qué coraje, la tía, y qué saber estar.

Vladimirovich se largó sin decir más, dejándonos casi con la palabra en la boca y sin habernos ofrecido un mísero vodka para amenizar el rato.

Cuando llegamos al hotel, al filo del mediodía, nos reunimos en un reservado del comedor y repasamos los que en la anterior incursión habían venido y de algunos de los cuales no teníamos noticia. En mis pensamientos estaban, sobre todo, Brienne y Trotski, pero también la rubia despampanante y la mujer híbrida. Cuando se nos facilitase la lista oficial, solo tendríamos que comprobar que todos ellos estaban incluidos, por supuesto con sus falsas identidades. El resto tendríamos que darlo por bueno.

XXXI



EL CONTRATO

A las cinco y media de la tarde nos recogieron en el hotel. El trayecto fue breve. El lugar de reunión, distinto del de la mañana. Era este un despacho enorme que, a nuestra llegada, todavía estaba vacío. Nos sentamos frente a la mesa del presidente.

La sala anexa, de enormes dimensiones, estaba llenándose de gente. Me acerqué al umbral de la puerta para comprobar si el equipo restante estaba al completo. Lo estaba, así como un buen número de desconocidos. El engranaje diplomático había funcionado con agilidad, localizando y trasladando allí en pocas horas a toda la gente. No hice el más mínimo gesto de reconocimiento hacia los compañeros, ni estos tampoco. Había que disimular hasta el final para evitar que relacionasen nuestra extravagante exigencia con las aventuras que nos habían traído a Rusia en la anterior incursión.

A las seis menos un minuto, un Vladimirovich pletórico acompañado de los que supuse serían sus asesores jurídicos, entró en el despacho donde aguardábamos, sin dirigir la más mínima mirada a los que, para él, eran daños colaterales. Le iba a encantar saber que se la habíamos metido doblada cuando se enterase. Si es que llegaba a enterarse.

Tras un leve asentimiento de cabeza, presidente y abogados se sentaron tras la mesa de caoba y él mismo desplegó sobre ella el contrato. El anexo lo constituía el listado de europeos atrapados en suelo ruso para cuya repatriación se había pactado el flete de tres aviones comerciales MC-21, en uno de los cuales viajaríamos nosotros, que despegarían tres horas después al mismo tiempo desde diferentes pistas, con destino al aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid. Los abogados no intervinieron en absoluto, una vez revisado el acuerdo, y tan solo sonreían con mirada bovina. Firmó Cristina en nombre de la empresa, y luego el putino ensartó su rúbrica. Tras el apretón de manos, Cristina le entregó un software con todos los requerimientos para que pudiese llevar a término su misión suprema de dominar el mundo. Además, le facilitó unos datos de contacto —falsos, por supuesto—, para el caso de que necesitase soporte técnico.

No obstante, necesitábamos ganar tiempo, no fuera a ser que mientras salíamos de ese infierno se percatase de que le habíamos engañado como a un chino. Se le informó de que la migración del programa se habría completado a partir de la medianoche de aquel

día. No había que ser un lince para adivinar que a las doce y un minuto estaría intentando ya acceder a los archivos clasificados del Pentágono. Para cuando tomase conciencia de que todo había sido una gran mentira, nos encontraríamos a salvo, muy lejos de sus misiles de largo alcance y de su ira por haber sido burlado.

Tan listo que era y resultaba que la ambición le nublaba la mente.

Pero no podía irme sin más. Había venido a cargármelo dos veces y había fracasado. En esta ocasión no fallaría.

Por eso, tras firmar el contrato y estrechar manos de recíproca felicitación, aproveché el revuelo que se organizó mientras todos abandonaban la sala para quedarme a solas con él, que era el último en hacerlo. Le toqué el brazo con suavidad e hice un gesto con la cabeza rogándole aguardase. Supuse que la curiosidad pudo más que su prudencia y se giró sorprendido por el atrevimiento.

Tras cerrar la puerta, y haciendo uso del factor sorpresa, utilicé mis dos manazas para atenazar su cuello mientras aplicaba presión en la carótida con el fin de detener el flujo de sangre al cerebro, lo que le provocaría un derrame fulminante. La maniobra le cogió desprevenido y no osó moverse, consciente de que, si apretaba un poco más, sería hombre muerto. Quise despedirme de él como de un viejo camarada.

—Tenías razón, Vladimir Vladimirovich, sí que nos habíamos conocido. Eres un buen fisonomista, y eso que resultaba difícil reconocerme porque estoy muy cambiado. En fin, no quiero cansarte con prolegómenos porque tengo algo de prisa. Solo sugerirte que reces todo lo que sepas porque será lo último que te llevarás de este mundo que quisiste dominar como el monstruo que eres. ¿Sabes qué? En algún momento llegaste a caerme bien, sobre todo en esas sesiones de vodka y canciones patrióticas insufribles. Incluso llegué a pensar que tú y yo nos parecíamos un poco. Pero no, tío, no nos parecemos en absoluto.

Cuando estaba a punto de apretar la arteria de forma irreversible, tuve una epifanía que instintivamente dejó mi dedo letal en suspenso.

—Lo siento, cambio de planes. Matarte sería muy fácil y no me llevaría ni un segundo, pero, por el contrario, llevarte ante la Corte Penal Internacional para ser juzgado por crímenes de guerra sería más justo para los millares de civiles inocentes que has asesinado con esta invasión absurda. No tienes la menor opción de salir indemne de eso, y sí todas las papeletas para ser condenado a prisión perpetua. Así que vas a hacer todo lo que te diga para que salgamos juntos de este sitio sin que tus esbirros me metan una bala al doblar la esquina. Recuerda que tengo tu punto vital bajo mi mano, y, por si pretendieras jugármela, me acompaña una *nueve milímetros*. Puede que tus centinelas me abatan, es algo que tengo asumido, pero te habré llevado por delante.

—Antes muerto que juzgado —silabeó entre dientes con rabia.

A continuación, y en un acto rápido que con seguridad tendría ensayado, extrajo del bolsillo de su pantalón una pastilla que se tragó en menos de lo que canta un gallo. Su cuerpo se deslizó de mis manos y cayó al suelo fulminado. Me recordó el final de Hitler. Ahora se encontrarían ambos en el infierno para charlar de sus cosas.

Lo arrastré hasta la mesa del fondo, sentándolo en una posición que pareciese lo más natural posible y salí de allí con aparente tranquilidad.

—El presidente me pide le diga que no le pasen llamadas ni lo importunen al menos en una hora —dije con un guiño al guardia que se encontraba apostado a unos metros de la puerta—. Está ocupado con una llamada.

Para cuando hallasen su cadáver y los forenses le practicasen la autopsia, ya estaríamos muy lejos de allí.

Tan pronto como aterrizamos en Madrid, sentí unos deseos enormes de volver a casa y recuperar a Blasa, que había quedado al cuidado de una hermana de Cristina a la que, curiosamente, no solo no le horrorizaban los roedores, sino que se había encariñado con ella. Esperaba no tener que luchar nuevamente por su custodia, aunque me lo puso un poco difícil porque confesó que sus hijos, de cinco y siete años, dormían con ella y la habían rebautizado como Manuelita. Fue Cristina la que borró de un plumazo sus sueños de adoptarla para siempre, bajo la promesa de que podrían venir a verla siempre que quisieran. Por si albergasen alguna esperanza, apostilló que Blasa era nuestra, casi como nuestra hija, y que por ese motivo no podríamos renunciar a ella.

Ya en el apartamento, tomando una pizza que habíamos encargado por teléfono y que compartimos los tres, sonó el teléfono. Lo cogió Cristina y, tras colgar, me dirigió una sonrisa enigmática antes de hablar.

—Era de la Agencia. Que disfrutemos del relax porque la próxima semana nos vamos a Pyongyang a *convencer* al amado líder antes de que siga entrenando a su heredera para que le suceda en el cargo.

Me quedé pensativo unos instantes. Visto el éxito, no íbamos a tener un momento de respiro en lo que nos quedase de vida útil laboral para neutralizar a todos los tiranos que todavía quedaban en la Tierra.

—¿No estarás pensando en proponer llevar a Blasa como agente infiltrada, ¿verdad? —pregunté por quitar hierro al asunto.

—Ni se me ha pasado por la cabeza —repuso Cristina—. Se la comería en un *wok*.

—Tendremos, pues, que arriesgarnos a dejarla con tu hermana otra vez y a que a la vuelta no nos la devuelva ni a punta de pistola.

—Anímate, que al volver igual nos conceden el Nobel como a Obama.

F I N



SOBRE LA AUTORA



Mercedes de Miguel (Madrid, 1963), es licenciada en Derecho por la Universidad Complutense y diplomada en Práctica Jurídica por ICADE. Ejerce como Procuradora de los Tribunales en la provincia de Pontevedra desde 1.991.
Ha colaborado como articulista en ciudadrealdigital.es y también ha publicado diversos relatos cortos humorísticos en la revista GOLG DIGEST.

Otras obras:

La mente del asesino, 2011; Tormenta, 2012; De lobos (divergentes), 2015; Misterio en el tanatorio, 2016; Caminos convergentes, 2017; La Virgen de los Leggings, 2017; Cincuenta, 2018; La vida secreta de los Brandon, 2019; La extraña curación de Marta, 2020; El último hombre, 2021; Vida de Suso, 2022; Un tipo normal, 2023.

ÍNDICE